

ae



LA MALDICIÓN GITANA

Harry Crews

Presentación Kiko Amat
Traducción Javier Lucini

Lectulandia

Marvin Molar nació con piernas diminutas de renacuajo (no miden más de ocho centímetros). Sus brazos de elefante lo compensan. Cincuenta y seis centímetros de diámetro y tan fuertes que es capaz de mantenerse en equilibrio sobre la punta de un solo dedo. De hecho, se gana la vida con ello. También es sordo; y mudo. Pero lo peor de todo es que sobre él pesa la maldición gitana: «¡Que encuentres un coño a tu medida!». Y el coño que encuentra es el coño de Hester, que en principio es una chica normal.

Hester insiste en mudarse al Fireman's Gym de Al Molarski donde Marvin lleva viviendo desde que le abandonaron siendo un bebé. Marvin se resiste. Al Molarski también. Los dos boxeadores sonados que viven y entrenan en el gimnasio se quedan estupefactos y excitados ante la idea de una nueva inquilina. Pero lo que Hester desea, Hester lo consigue, y así queda listo el escenario para la catástrofe.

«Lo importante de Crews es, se lo prometo, su escritura. Sus historias, sus personajes. Su economía de palabras. La dureza elástica de sus frases, cómo vuelan las páginas una detrás de otra, sin afectación, adverbios ni trolas de cobarde ni fanfarria de catedrático. Crews nunca alardea. Nunca trata de impresionarnos. Solo entrega algo puro y cierto y lleno de vida, a la vez que deja un rastro de sangre, mucosidad e intestinos en el camino. Una historia sensacional y aterradora. Cuernos, tullidos, celos, sordomudez, boxeo, rareza, compañerismo [...] Crews decía que anhelaba escribir veinte libros porque entonces se aseguraba que habría dos que valdrían la pena. Que serían excelentes y excepcionales. Pues bien: este es uno de esos dos». Kiko Amat.

Lectulandia

Harry Crews

La maldición gitana

ePub r1.0

Castroponce 28.09.18

Título original: *The Gypsy's Curse*
Harry Crews, 1974
Traducción: Javier Lucini
Diseño de cubierta: Editorial

Editor digital: Castroponce
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Aplastando el punto blando
Harry Crews y *La maldición gitana*

Una presentación de Kiko Amat

Hace unos días tuve que abandonar la lectura de un libro, *Corre, conejo* de John Updike, porque el escritor comparaba la polla del protagonista con «la espada de un ángel». Tras leer aquello lancé el libro de punta a punta de la habitación, como también hace Marvin Molar, el protagonista de *La maldición gitana*, en un momento airado de la novela. No será necesario recordarle al lector que ninguna polla es como la espada de un ángel (lo sé, porque he visto unas cuantas). Incluso si las espadas de ángeles existieran y conociésemos sus características en cuanto a arma blanca y de fuego (a la vez), sería recomendable controlar la compulsión de compararlas a órganos sexuales masculinos. Hay una línea que separa la metáfora audaz de la mera estupendosidad, y es obvio que aquella imagen obedecía tan solo al deseo del escritor de hacerse el lírico y el cuco. Y yo, como lector y escritor, detesto lo cuco. Lo melindroso. Las mentiras y los lacitos. Las chavalas *Amelie* y los gilipollas con pitos angelicales. Todas esas frases engoladas y mirad-mi-pluma-enhiesta de Styron y Roth.

Harry Crews, el autor de *La maldición gitana*, escribe muy distinto al tipo que escribió lo de la espada, y a los otros dos sujetos que acabo de nombrar. «Si vas a escribir, por el amor de Dios», dijo en una entrevista, «intenta desnudarte. Intenta escribir la verdad. Intenta sumergirte en toda la falsedad, todas las excusas, todas las mentiras que te contaron». Crews es la personificación del coraje crudo en narrativa. Consigue con sus palabras lo que pocos autores han alcanzado a realizar: mostrar la belleza que se oculta en lo sucio, violento y terrible. Agarra el horror y, sujetándolo bien fuerte, nos muestra el humor y éxtasis y piedad y amor que se ocultan tras sus espaldas. Muchos autores confunden vulnerabilidad y sentimiento con cursilería y afectación. Crews no. «Me sentía violento y al mismo tiempo indefenso», confiesa Marvin Molar, el protagonista de esta novela, quizás leyendo los labios de su creador. En otra entrevista, Crews parafraseaba (libremente) a Hemingway al afirmar que «hay un punto blando en todos nosotros que hay que asesinar, aplastar, exorcizar, antes de poder escribir la verdad». Se trata de eso: aplastar el punto blando. Matar lo relamido. Mostrar el beso con llagas. Arrancar lo que es cierto y explicarlo de forma dura y hermosa. Aunque duela. Aunque la gente deje de hablarte. Aunque quedes como un pirado. Ser escritor es eso, nada más.

Los críticos de Crews siempre le afean que «fuerce» la aparición de seres grotescos en sus novelas. Gente extraña. Los a-normales. Marginados. Freaks, pobres de pedir, monstruos, culturistas embotados en anabolizantes, *vets* mutilados, amaestradores de halcones, boxeadores sonados, un tío con un pie gigante o el protagonista de esta historia: Marvin Molar, un sordomudo que habla y también anda con las manos, porque nació con piernecitas flácidas, y que se gana la vida como atracción de feria. Y que tiene unos brazos así de grandes, como panes gallegos. Crews siempre responde a esa crítica diciendo que a) el mundo donde él creció (Bacon County, Georgia), estaba lleno de gente así y b) en todo caso le fascinan los freaks, porque no pueden adecuar su deformidad al entorno, como el resto de

nosotros; camuflarla tras una fina capa de convención social, modales o cosmética elemental. El reflejo de su monstruosidad se les lanza a la cara en cada minuto de su existencia. Por tanto (esto lo digo yo), los freaks son los humanos que mejor se conocen. No pueden engañarse, pretender ser otra gente, como hacemos los demás en mayor o menor medida, para no volvernos locos del todo.

La maldición gitana es uno de mis dos libros predilectos de Harry Crews (junto a *Una infancia*), y Marvin, el funambulista cabecicubo con manazas de excavadora, uno de sus mejores protagonistas. Al propio Crews le gustaba mucho esta novela, y la consideraba un puto triunfo. Lo es. Por si alguien no lo ha leído antes: el personaje principal no habla, y su única forma de comunicación es mediante lengua de señas. No voy a adentrarme en una disección técnica, no teman, pero digamos solo que conseguir que un personaje de estas características se relacione activamente con su entorno, y viceversa, es un maldito milagro narrativo.

«El mundo es un lugar de mierda y hay ocasiones en las que resulta muy difícil no amargarse», afirma Molar. Y también: «dos cosas a propósito de mí: no soy un amargado y no engaño a nadie». *La maldición gitana* es un libro que apesta a destrucción inminente, poblado por gente dañada y teñido de odio indeleble que, asimismo, rebosa humor (el momento en que los niños sordomudos le preguntan a Molar con lenguaje de señas «¿Y cómo haces para cagar?» y «¿Alguna vez te has tirado un pedo en la cara de alguien?»), valor y contagioso aguante. Hallamos estos atributos en la perspectiva vital de Marvin. En la cómica susceptibilidad (y debilidad) de Al, el dueño del gimnasio y padre adoptivo del protagonista. En la forma en que los sonados, memos, malparidos y desgraciados del libro se las arreglan para ir tirando, de algún modo. *La maldición gitana* es un triste canto (sin sermoncitos) a la supervivencia de los raros de nacimiento.

Y Hester. El «coño a medida» de Marvin, por no decir personificación de la maldición del título. *She is trouble*, como dirían tantas canciones, tantas novelas *hard-boiled*. La mezquina, manipuladora y bastante envilecida Hester. «Hester era normal», nos dice Marvin, «aunque, eso sí, tenía cierta tendencia a la amargura». Y como todas las personas amargas, Hester quiere amargar a los demás, porque puede permitírselo (tiene «unas piernas estupendas») y se le antoja. *Misery loves company*, que dicen los ingleses. Hester quiere matar cosas por el placer de verlas morir. Es una excelente villana de libro. Nada plana, con origen y razones de peso. Quizás ella no te guste, quizás no la invites a tu boda, pero lo más posible es que entiendas de dónde procede su rabia. Y la de Marvin. Y la del resto de personajes.

En un prólogo para otro libro de Crews (*El cantante de Góspel*) aduje algo que, ahora lo veo, podría interpretarse como fascinación por (sonido de trompetas de *peplum*)... ¡La leyenda de Harry Crews! Ese Hombre Peligroso. Las peleas, los *blackouts*, las parrandas que terminan sin dientes y con un tatuaje de más (que no querías, ni recuerdas cómo te hiciste); los huesos rotos, el kárate, los Marines, el peinado mohicano y el escaso respeto por la academia. Su cuna más que proletaria,

de pura mendicidad granjera. El niño muerto. Algunos de los fans de Crews lo son (o lo parece) por una adoración algo imprudente del estilo de vida y biografía convulsa del autor, pero les garantizo que yo no soy así. Admito que prefiero a mis autores con existencias no lineales, nada de colegio-universidad-literatura, algo más vividos y magullados, que hayan pasado algunos años con las manos sucias y el traje de faena manchado, en un par de peleas y un par de países. Porque, como dice Crews, «para haber comprendido algo así necesitas haber tragado mucha mierda en el mundo».

Pero lo importante de Crews es, se lo prometo, su escritura. Sus historias, sus personajes. Su economía de palabras. La dureza elástica de sus frases, cómo vuelan las páginas una detrás de otra, sin afectación, adverbios ni trolas de cobarde ni fanfarria de catedrático. Crews nunca alardea. Nunca trata de impresionarnos. Solo entrega algo puro y cierto y lleno de vida, a la vez que deja «un rastro de sangre, mucosidad e intestinos» en el camino. Una historia sensacional y aterradora. Cuernos, tullidos, celos, sordomudez, boxeo, rareza, compañerismo y un final que se ve venir desde la primera página pero no por ello deja de ser un puñetazo en la nariz del lector.

Crews decía que anhelaba escribir veinte libros porque entonces se aseguraba que habría dos que valdrían la pena. Que serían excelentes y excepcionales. Pues bien: este es uno de esos dos.

Kiko Amat, marzo del 2017, Barcelona.

La maldición gitana
Harry Crews

Este libro es para
JOHN CIARDI y
BYRON JASON CREWS,
dos tíos cojonudos.

Lo que más me gusta es ir a donde nunca he estado.

DIANE ARBUS

Primera parte

1

Para que conste, llamadme Marvin Molar. Digo que me llaméis Marvin Molar porque ese no es mi verdadero nombre. Es solo como me hago llamar. Mi verdadero nombre no lo sé. Nadie lo sabe. En realidad hay gente que sí lo sabe, pero no tengo ni idea de dónde estará ahora esa gente. Al Molarski me crió y me llamó Marvin, y ese nombre es lo único que tengo. Pero me deshice del «ski» para llamarme solo Molar, Marvin Molar. Me dije que ya tenía demasiadas cosas en mi contra sin necesidad de añadir lo de polaco, que es lo que es Al.

Vivía arriba, en los cuartos que había en la parte trasera del Fireman's Gym, con Al, un chaval de Georgia llamado Leroy y Pete, un exboxeador profesional de setenta tacos, sonado y negro. El chaval se ocupaba de limpiar el gimnasio y fingía estar entrenando para otro combate. El negro conducía el coche y hablaba solo. Yo hacía lo que podía para arañar algo de calderilla en las reuniones del Rotary Club, en los centros comerciales y en cualquier lugar donde quisieran ver mi número.

Al era el dueño del gimnasio que, por cierto, no tenía nada que ver con el cuerpo de bomberos. Solo el nombre: Fireman's Gym. Seguro que siempre se había llamado así, aunque no me atrevería a asegurarlo. Al no hablaba mucho. Yo llevaba allí toda mi vida (desde bebé), pero no tenía ni idea de cómo habían acabado siendo así las cosas porque Al apenas hablaba y yo solo podía comunicarme a través de las manos o escribiendo lo que quería decir en un papel, por lo que era fácil ignorarme, si eso era lo que querías. Claro que la mayor parte de la gente no quería eso. La mayor parte de la gente me prestaba muchísima atención, casi todos menos Al. Él no hablaba mucho y te podías dar con un canto en los dientes si se dignaba a mirarte. Miraba algo próximo a ti. Nunca a ti. Una de sus artimañas favoritas era fijar la mirada en tu oreja izquierda. Se quedaba mirándola y parecía que estaba como pasmado, como si sus ojos no enfocasen y estuviese un poco chiflado, lo que probablemente no se alejaba mucho de la realidad. Con todo lo que le había sucedido tenía licencia para estar como una cabra.

Yo tenía motivos de sobra para estar amargado, pero no lo estaba. Y tampoco es que estuviese tan mal como sonaba. En realidad, en muchos sentidos, estaba rematada y jodidamente mal, pero no tan mal como sonaba; ni, para el caso, tan mal como pudiera parecer por mi aspecto. Una de las cosas que hago es leer. Leo mucho. No soy un retrasado. Hay quien se piensa que sí, pero no. Es fácil pensar que un tipo que no puede hablar ni oír es un retrasado, pero quien pensara eso de mí estaba muy equivocado. La pared que se alzaba por encima de mi cama estaba cubierta de estantes repletos de libros. Y me los había leído; no eran simple decoración. Yo no era como Pete, nada que ver con Al o el chico de Georgia llamado Leroy que sí era un poco retrasadillo después de todos los golpes que había recibido en la cabeza. No soy tan listo como me gustaría (¿quién lo es?), pero soy todo lo listo que puede llegar

a ser alguien que tiene todo el derecho del mundo para estar amargado.

El día que ella llamó era domingo y los domingos eran para mí un poco diferentes al resto de los días de la semana, aunque no mucho. Los domingos no tenía que ponerme a entrenar hasta las nueve, en lugar de a las ocho. Por eso seguía en la cama. Al abrir los ojos aquella mañana vi lo mismo que veía todas las mañanas. La nota que me dejaron mis padres.

Estaba en uno de esos marcos dorados que la gente compra por cuatro perras en el Woolworth para enmarcar los diplomas del instituto de sus hijos. De ahí mismo procedía, del Woolworth. El marco, no la nota. Al lo compró. Y yo leí la nota aquella mañana como cada mañana. Bien sabe Dios que no tenía por qué leerla. La llevaba viendo en la pared desde que me instalé allí, ya hacía dieciséis años. Para que conste, esa es mi edad, dieciséis. El 21 de enero cumpliré diecisiete. Hemos decidido que el 21 de enero es mi cumpleaños. Aunque no lo sea. No es más que el día en que mis padres me abandonaron en las escaleras del Fireman's Gym. La nota estaba prendida a la manta que me envolvía.

Al dijo que era una manta muy buena, para nada de las baratas. Una manta de primera. Y la nota estaba mecanografiada, lo creáis o no. A mí me supera, lo de que estuviese mecanografiada. Se había puesto amarilla tras el cristal del marco, pero se podía seguir leyendo desde la otra punta de la habitación. Esto es lo que ponía:

SOMOS DE TU GENTE NORMAL Y NO PODEMOS SUPORTARLO. NO PODEMOS SUPORTARLO Y PUNTO. SEAS QUIEN SEAS, TE ESTAREMOS MUY AGARDECIDOS SI CUIDAS DE ESTO EN BEZ DE NOSOTROS PORQUE NOSOTROS YA NO PODEMOS SUPORTARLO MÁS.

GRACIAS,

LOS SUYOS

PD. NO POEDE HABLAR

Y allí estaba yo bajo aquella manta, un niño bastante grande, ya probablemente con tres o casi cuatro años. Eso se lo saqué a Al. Aunque no sea de mucho hablar, en estos dieciséis años me las he ingeniado para sacarle de vez en cuando algunas cosas. Y una es que ya tenía tres o casi cuatro cuando me encontró en las escaleras. Así que, que quede entre nosotros, no tengo dieciséis. Probablemente sean diecinueve o veinte, pero como ya dije, Al contabilizó a partir del día que me encontró. Y si él decía que ese iba a ser mi cumpleaños, ¿qué podía hacer yo al respecto? Habría sido fácil amargarse, pero yo no. Tenía cosas mucho mejores que hacer que amargarme. Aunque miré mucho esa nota. Me rompía el corazón que hubiese palabras mal escritas. Mecanografiar una nota para abandonar un bebé y escribirla mal. Hay en eso algo que te revuelve de mala manera. No podía tratarse de gente muy leída. Incluso puede que fuesen un poco retrasados, como Leroy o el negro. Me dolía en lo más

hondo, pero cabía esa posibilidad.

Recuerdo cuando sonó el teléfono. Pude sentirlo por toda la habitación. Se transmitió por el suelo desde la mesita que había junto a la puerta hasta mi cama. Al estaba frente a los fogones dándome la espalda preparando unos huevos con beicon para él, Leroy y Pete. A mí no se me permitía comer hasta después del entrenamiento matutino. Ni siquiera en domingo. Su espalda se puso rígida como un muro. Sabía que yo podía sentir la vibración del teléfono. Apartó la sartén del fuego y se dirigió a la mesita junto a la puerta. Después de tocarse la oreja deforme con el auricular, se volvió y se quedó mirando un punto situado encima de mi cabeza, por la primera balda de libros. Le miré los labios. Pero no se pronunció. Se quedó como pasmado y distante. Saqué la mano de entre las sábanas y pregunté quién era. Yo ya lo sabía y él ya sabía que yo lo sabía, pero aun así se lo pregunté, solo para fastidiarle un poco. Miré su boca hasta que, al final, dijo: «Es ella».

—Pregúntale qué quiere —dije.

Se llevó el auricular a la boca y giró la cabeza para que yo apenas distinguiese la comisura de sus labios.

—Marvin me acaba de decir que te diga que en este momento no puede hablar.

Bajé un libro del estante inferior y se lo lancé con todas mis fuerzas. Chocó contra una fotografía de Al posando en traje de baño en la cubierta de un acorazado de la marina. Al alzó la vista lentamente y clavó sus ojos de anciano en la fotografía que había caído al suelo. Acto seguido, me miró la oreja izquierda. Lo hizo con mucha lentitud, como todo lo que hacía.

—Si vas a mentir —dije—, gira la cabeza del todo.

—¿Has dicho que Al miente? —me preguntó.

Siempre se refería a sí mismo en tercera persona. Creo que se pensaba que eso le hacía parecer más aterrador, y así era.

Yo repetí:

—Si vas a mentir, gira la cabeza del todo. Puedo leerte la comisura de los labios. Hasta puedo leer cómo mueves la barbilla.

—Al no miente —dijo.

—Puedo hablar, preciosa —le dije a Al—. Sabes que me encanta hablar contigo.

Al repitió lo que le dije al teléfono, ahora con sus ojos muertos y serenos perdidos entre la mata rizada de vello negro que cubría mi fantástico pecho.

Miré la boca de Al. Dijo:

—Anoche no viniste.

—Sabes que si hubiera podido, lo habría hecho —dije.

—¿Y hoy vas a venir?

—Claro —dije—. En cuanto acabe de entrenar. Me llevará Pete.

Leroy había llegado y se había detenido en la puerta, mirándonos a Al y a mí, trasladando una y otra vez sus ojos parpadeantes de mis manos al rostro de Al. No podía leer los labios ni el lenguaje de signos, probablemente no sabía ni escribir,

aunque esto no lo sé seguro, pero lo que sí sé es que creía que había una especie de magia en lo que hacíamos. Nunca se lo oí decir, pero sé que pensaba eso. Leroy me tenía un poco de miedo y si nos veía hablar mucho rato con las manos empezaba a ponerse gris, como si fuese a vomitar. Pero yo le ignoré. Me centré en la boca de Al hasta ver los labios de Hester. Su maravillosa lengüecita puntiaguda, toda húmeda de saliva mentolada, en la boca de Al.

—Te gusta, ¿verdad? —dijo ella.

—¿Acaso no estuve a punto de desmayarme? —respondí.

—¿Quieres repetir esta tarde?

—Joder —dije.

—Te lo haré de maravilla —dijo ella.

—Como siempre.

Al y yo nos miramos, cada uno en un extremo de la habitación. Sus ojos siempre se volvían planos e inexpresivos cuando le utilizaba para hablar por teléfono. Era casi como si no prestase atención, aunque tenía que pasar por él. Pero yo sabía que estaba atento. A Al no se le escapaba casi nada.

Al final ella dijo:

—¿Se lo preguntaste ya?

—¿El qué?

—¿Se lo preguntaste?

—Hablaremos de eso más tarde —dije—. Cuando llegue a la playa.

—No se lo has preguntado.

—Ahora tengo que dejarte —dije.

—Pregúntaselo antes de venir, ¿me oyes?

—Tengo que dejarte, cariño. Adiós.

Al colgó el teléfono. Regresó a los fogones, su espalda rígida de nuevo como un muro aunque estuviese moviendo los brazos entre las cacerolas. Le lancé otro libro, pero esta vez con cuidado de no derribar nada. Tampoco era cuestión de tocarle las pelotas más de la cuenta.

Cuando el libro impactó contra la pared, Al esperó cerca de un minuto antes de volverse muy lentamente y fijar la mirada en mi oreja. No se pronunció. Leroy ya se había sentado en la mesa y me miraba las manos. Llevaba viviendo allí solo un mes y me miraba las manos cuando me expresaba como si en cualquier momento fuesen a transformarse en conejos.

—¿Ha dicho adiós? —pregunté.

Se limitó a mirarme. Podía ver la grasa chisporroteando en la sartén a sus espaldas, produciendo estrellitas azules en el fuego. Por fin, dijo:

—Sí.

—Pues dilo —dije.

Se volvió hacia el fogón, meneó la sartén y luego me miró por encima del hombro.

—Adiós —dijo.

—Muy bien —dije—, pues adiós.

Pero él ya había girado la cabeza y no me vio.

Me incorporé en la cama, cogí la cinta de nailon que colgaba de un gancho de la pared y me dispuse a amarrarme las piernas. Veréis, es por esto que la gente (mi familia, supongo, claro que nunca he estado muy seguro ni he sido capaz de crérmelo) que me abandonó en las escaleras del Fireman's Gym no le preocupó que pudiera levantarme y largarme, a pesar de todo lo grandote que era. Estas piernas con las que nací no se las desearía ni a un perro.

Se me daba muy bien nadar aunque dejé de hacerlo el día en que aquel niño de cinco años que estaba junto a la piscina me dijo que parecía un renacuajo. La parte superior de mi cuerpo no tiene nada que envidiarle a nadie, pero en el agua mis piernecitas van dejando un rastro como, bueno, como de renacuajo, supongo. Para que conste, miden solo siete centímetros y medio y aunque parezca que carecen de huesos, los tienen. Son insensibles, pero huesos hay. En un par de ocasiones he pensado en hacer que me las corten, pero nunca me he decidido. Es que son mis piernas, aunque no me sirvan para nada. Las mantengo dobladas hacia atrás, adheridas a las nalgas con una cinta de nailon, y ando con las manos. Mi número va precisamente de eso, equilibrio sobre manos, todos los trucos que me enseñó Al. Puedo hacer casi todo lo que hacéis vosotros sobre vuestras piernas. Y he de decir que mis brazos, en caliente, pueden llegar a alcanzar los cincuenta centímetros de circunferencia, y no sé lo que sabréis vosotros de brazos, pero un par de brazos de esas dimensiones hacen que la gente se detenga a mirar por la calle.

Me deslizo de la cama y me dirijo hacia la fotografía de Al que tiré de la mesa con el libro. Me equilibré sobre una sola mano, recogí la fotografía y la volví a colocar en su sitio. Daba igual dónde mirases, tanto en el Fireman's Gym como en las habitaciones donde residíamos, por casi todas partes veías fotografías de Al en bañador o en mallas de lucha, por lo general con cuatro hombres colgándole de cada brazo, con un coche pasándole por encima del pecho o de pie sobre una plataforma con una vaca no muy grande colgando de un arnés enganchado a sus dientes o algo así. De joven fue durante seis años campeón de lucha de la Marina de Estados Unidos y nunca lo superó. Se pasó el resto de su vida haciendo pedazos pelotas de tenis, doblando monedas de diez centavos con sus temibles dedos, retorciendo clavos rieleros y, sobre todo, haciendo que la gente se cagase de miedo. Además de sus fotografías, había clavos rieleros doblados como rosquillas, mazos de cartas con pedazos del tamaño de un pulgar arrancados de una esquina y monedas de veinticinco centavos dobladas en forma de u por todas partes. Las manos y las muñecas de Al eran una pesadilla.

Después de poner los libros en su sitio, fui y me encaramé a una silla. Al ya había puesto la comida sobre la mesa y Pete avanzó arrastrando los pies y hablando con dos asistentes invisibles, asegurándoles que si le podían frenar la hemorragia de la boca él

acabaría con aquel payaso en el siguiente asalto. Se atragantó con la sangre, tosió y se sentó junto a Leroy, que tenía un trozo de pan en cada mano y se dedicaba a batear los huevos por todo el plato. Al guarda en su corazón un sitio especial para los boxeadores, por lo fácil que es joderles la cabeza.

Sabe Dios de dónde se sacó a Pete; ya estaba aquí cuando llegué, en el mismo estado en que se encuentra ahora. Pero el chaval de Georgia, Leroy, llegó de la calle hará cosa de un mes. Llevaba una bolsa de lona y lo que parecía una gorra de ferroviario. Al estaba sentado en el taburete dentro de la jaula donde guardaba las toallas, el aceite para masajes y los suplementos nutricionales Hoffman. Allí era donde casi siempre te lo podías encontrar cuando el gimnasio estaba abierto. A veces no se movía del taburete en cinco o seis horas. Yo estaba practicando en las anillas cuando el chaval entró. Se detuvo al final de las escaleras y permaneció inmóvil. Se quedó un buen rato mirando a los fanáticos de las mancuernas que hacían pesas en la parte frontal del gimnasio, donde la luz era mejor. Luego se fijó en Al sentado tras la reja de acero. Se acercó y se plantó ante la puerta abierta de la jaula.

Colgado de las anillas, les observé.

—Soy boxeador. Me llamo Leroy.

Al no le miró. Tampoco le dijo nada.

—Pensaba entrenar aquí —dijo el chaval.

Al casi le dio la espalda y miró hacia el otro extremo del gimnasio como si la idea de un boxeador entrenando allí no se le hubiese pasado jamás por la cabeza. Pero había un ring justo donde estaba mirando, sacos, una pera, combas y demás material colgado de la pared.

—Tengo algo de pasta —dijo el chaval.

Se llevó la mano al bolsillo trasero y sacó un monedero negro. Lo abrió y hasta desde mi posición en las anillas pude ver el fajo de billetes enrollados. Al no dirigió la mirada ni al dinero, ni al monedero, ni al chaval.

—Acabo de llegar en autobús del condado de Bacon, Georgia —dijo el chaval. Miró la bolsa de lona que llevaba en la mano—. Peleo con quien sea. No me importa.

Se quedó ahí, desplazando el peso de un pie a otro, y me fijé en que tenía cicatrices en las cejas. Dejé de mirar, adopté la postura de la cruz de hierro y aguanté hasta que empezaron a bailarme unos puntos negros frente a los ojos y me llegó el agudo silbido que suelo oír cuando estoy a punto de perder el conocimiento. Creo que procede del torrente sanguíneo de mi corazón.

Al final volví a mirar y el chaval estaba diciendo:

—[...] y los domingos enganchaba la carreta y marchaba de granja en granja para enfrentarme a cualquiera que quisiera ponerse los guantes. A veces, en un solo domingo, podía llegar a los treinta o a los treinta y cinco combates. —Hizo una pausa, volvió a bajar la mirada hacia la bolsa y el monedero que seguía intentando mostrarle a Al—. Peleo con quien sea.

En ese momento, Al se levantó y le puso la mano en el hombro. Recuerdo cómo

se estremeció bajo aquella mano. Los dedos de Al medirían unos veinte centímetros (te pensarás que estoy exagerando, pero no), cerca de veinte centímetros. Podía agarrar un balón medicinal como si fuese una naranja, y recuerdo el modo en que el chaval desvió la mirada para fijarla en la mano plantada sobre su hombro como si se tratase de una serpiente de cascabel. Pero también percibí lo mucho que el chaval quiso aquella mano, lo mucho que deseó que fuese su mano. Y, joder, eso puedo entenderlo.

Al aún no le había mirado ni le había dirigido la palabra, al menos yo no le había visto hacerlo, y señaló al fondo del gimnasio, donde estaba el cuarto de las taquillas y las duchas, la puerta por la que siempre se escurrían pequeñas nubes de vapor, y medio empujó al chaval en esa dirección. El chaval miró y murmuró algo así como (no pude entenderlo exactamente): «Se lo agradezco», y se encaminó hacia allí, pero Al le retuvo con fuerza del hombro y le arrebató el monedero de entre sus dedos. Se tomó su tiempo para inspeccionarlo y luego lo vació, sacó todo el dinero y volvió a sentarse en el taburete para contarlo con mucha lentitud. El chaval se quedó mirándole y fue entonces cuando Al se dignó a mirarle por primera vez. Fue para devolverle el monedero vacío. El chaval lo sostuvo un momento y después se dirigió a las taquillas. Al cabo de un rato salió con su gorra de ferroviario y con un traje de baño amarillo, deportivas negras y calcetines también negros de nailon. Dedicó el resto de la tarde a darle caña al saco de arena. Yo tenía actuación en el Centro Comercial de Springfield y cuando el negro me trajo de vuelta al caer la noche había otro catre instalado en nuestra vivienda y el chaval estaba profundamente dormido de cara a la pared.

Muy propio de Al Molarski. Arrebatarte lo único que te queda en el mundo y ofrecerte un lugar para dormir.

Ya casi habían acabado de comer. Pete se había limpiado meticulosamente la boca y las manos con la manga de la camisa y Leroy estaba encajándole sus buenos ganchos y directos al último trozo de yema de huevo que le quedaba en el plato. Leroy se pasaba la vida lanzando ganchos y directos por ahí. También lo hacía al dormir.

Al se levantó de la mesa. Los otros dos lo imitaron. Era la hora del entrenamiento y yo estaba impaciente por acabar. El resto del domingo solía tenerlo libre, a no ser que tuviese actuaciones por ahí, y esa tarde, a las siete y media, solo tenía el bolo para los boy scouts del sótano de la Iglesia Baptista, el resto del día me pertenecía.

Me bajé de la silla y, sobre mis manos, seguí a los demás por el pasillo hasta la sauna. Siempre me doy un bañito de vapor para calentar antes de ponerme a entrenar. Iba en calzoncillos y me los dejé puestos. Al me sujetó la puerta al pasar, entré y me subí a un banco de madera. El vapor se mantenía suspendido en capas onduladas bajo la bombilla amarilla del techo. No pasó ni un minuto y los tres entraron desnudos, uno detrás del otro. Al y el chaval eran del mismo color, no blancos sino más bien grisáceos, como si les hubiesen machacado con algo hasta adquirir ese tono. El negro

resultaba púrpura bajo la luz, y el vapor le dejaba el cuerpo como rociado de gotas de aceite. Rodé sobre mi espalda y Pete se inclinó sobre mí para frotarme el pecho, darme tirones y golpearme suavemente los hombros. Dientes blancos sobre púrpura cuando hablaba al inclinarse sobre mí. Aparte de sí mismo se imaginaba que era a la vez su propio asistente, su entrenador, el árbitro, el tipo contra quien boxeaba y, a veces, alguien que vete tú a saber quién coño era. A sus espaldas, Al se había reclinado con los ojos cerrados y permanecía completamente inmóvil salvo por las manos, que se acariciaba, lenta y suavemente, como una chica. El chaval, sentado a su lado, encadenaba ganchos y directos al vacío. No podía leerle la nariz, pero sabía que estaba resoplando.

—Machácale el cuerpo, el cuerpo —decía Pete. Sus viejos puños rotos conservaban el ritmo de boxeador al aporrearme el estómago—. Fuerte al cuerpo —gimoteaba como en una cantinela—. Se viene abajo, machácale la cabeza, a por la cabeza.

—Ese negro no lo tiene todo en su sitio, ¿verdad? —dijo Leroy.

Al continuaba frotándose las manos en el aire húmedo sin decir nada.

—Me está machacando la cabeza, me está machacando la cabeza —dijo Pete—. Tengo que esquivarlo, tengo que zafarme —dijo, lleno de pánico ante la tremenda paliza que estaba encajando—. Me está buscando el ojo con el pulgar, me estás dando cabezazos. —Como árbitro, Pete permanecía tranquilo en medio de los puñetazos, el sudor y el dolor.

Leroy concluyó:

—Ese negro no lo tiene todo en su sitio.

A Leroy le dieron un buen meneo en el último y único combate profesional que llegó a disputar y de aquel combate salió sonado, si es que no vino sonado ya de casa. Sonado a los diecisiete. Esa es su edad, más o menos la mía, pero yo siempre lo consideré un niño por culpa de aquel tremendo meneo que le metieron. Allí todos teníamos razones más que suficientes para estar amargados.

Los labios de Al se movieron y pude sentir las leves vibraciones rechinantes de su vieja voz arruinada recorriendo las baldosas.

—Al conoce a Pete —dijo.

Leroy entrecerró los ojos para ver bien a través del vapor.

—¿Cómo?

Al seguía con las manos entrelazadas. Ya no se las frotaba. Simplemente las tenía entrelazadas.

—Al conoce a Pete —dijo.

Pude ver cómo el rostro del chaval se esforzaba por entenderlo.

—De acuerdo —acabó diciendo.

Las manos de Al volvieron a moverse de forma relajada. Es lo que hacía, o bien no se dignaba a contestarte, o bien te respondía con tanta demora que ni siquiera te acordabas de lo que estabais hablando.

A Al una vez le pasó un coche por encima de la cabeza. Me enteré por el álbum de recortes que guardaba en el pequeño baúl de cuero que escondía bajo su cama. Sus demás álbumes andaban por el gimnasio, pero ese no. Ese contenía un extenso artículo recortado del periódico del día que le arrollaron la cabeza. Incluía foto. Puede que lo ocultase porque le había contado a todo el mundo que lo de su oreja deforme era de cuando se alzó con el título del campeonato de lucha de la Marina de Estados Unidos. Pero no era así. Era de cuando le aplastaron la cabeza.

Veréis, se suponía que aquel coche tenía que pasar por encima del tablón que se había colocado en el pecho, pero el conductor o bien cometió un error, o bien estaba borracho, puede incluso que hasta lo hiciera a propósito (porque de eso hay también mucho en el mundo), fuese por el motivo que fuese, el caso es que allí se quedó el viejo Al con la cara aplastada, medio espachurrada en el barro bajo la rueda de un Hudson Hornet. Alguien hizo una fotografía justo en el momento en que el coche le pasaba por encima de la cabeza. Con la boca abierta, pero con los ojos cerrados. Joder, gritando. A veces lo sacaba a escondidas de aquel baúl que ocultaba bajo su cama y me pasaba la tarde mirando aquella rueda sobre la cabeza de Al.

—Ahí le duele, ahí le duele —dijo Pete aferrándose a mí, trabajándose el plexo solar—. Arrincónalo. Arrincónalo con un par.

Su vieja voz de negro se empalmó. Olía la sangre. Había estado poniéndome los brazos a tono. Él amaba aquellos brazos. Me trabajaba los brazos a conciencia. Para entonces yo ya estaba desatornillado y listo para ponerme en marcha. Había calentado y estaba preparado para ponerme manos a la obra. Él estaba llegando al final del combate, a lo grande.

—Está jodido —dijo Pete.

Acto seguido, Pete se respondió: «Estoy jodido».

—Va a besar la lona —dijo Pete.

Y Pete se respondió: «Voy a besar la lona».

Y, en efecto, besó la lona. Y en cuanto lo hizo se inclinó sobre sí mismo y se puso a contar los segundos.

—Uno. Dos. Tres...

No esperé a que acabase y me incorporé sobre mi fantástico trasero. Directamente frente a mí, en el otro banco de madera, Leroy me miraba, aturdido. Tenía los ojos vidriosos. La boca entreabierta, rota de dolor. Se había perdido en la voz de Pete hasta quedarse fuera de combate. Sucedió todo el tiempo. Era una de las razones por las que a Leroy no le gustaba Pete. Vi cómo sus ojos fueron recuperando el foco hasta fijar en Pete una mirada larga y sombría.

—Ese hijoputa no lo tiene todo en su sitio —dijo Leroy.

Al me aguantó la puerta al salir y me dirigí por el pasillo al gimnasio. Estábamos a mediados de julio y no había aire acondicionado. Un enorme ventilador daba vueltas en el techo, pero nadie sentía que hiciese el menor efecto. Aunque chirriaba. Eso sí. Podía sentir el chirrido en el suelo cada mañana, en cuanto Al lo ponía en

marcha. Solo lo había instalado allí arriba para poder señalarlo cuando alguien le decía que faltaba aire en el gimnasio y que tendría que hacer algo al respecto.

Los demás me siguieron, envueltos en sus toallas, dejando un rastro de agua en el suelo. Al sacó el taburete de la jaula metálica y se sentó. Pete y Leroy se situaron junto a él, uno a cada lado. Pete procuraba situarse lo más lejos posible de Leroy desde la mañana en que este se excitó al verme entrenar y le encajó un gancho directo al corazón, un impacto que le hizo caer como muerto, y eso mismo pensé yo, que lo había matado, hasta que me incliné sobre él y vi que tenía los ojos abiertos y que se estaba diciendo a sí mismo que permaneciese tumbado hasta ocho, al mismo tiempo que contaba los segundos.

Me puse a entrenar como siempre, apilando los ladrillos. Es un bonito espectáculo. Lo incluyo en mi actuación, pero en realidad no es más que el final de mi calentamiento. Lo que hago es apilar dos columnas de diez ladrillos. Aparte del equilibrio, lo único que se precisa es la capacidad de sostenerse con una sola mano. Me acerco a la pila, cojo un ladrillo con cada mano, camino con los ladrillos hasta ponerme delante de Al y dejo los ladrillos en el suelo con una separación de unos sesenta centímetros. A continuación regreso, cojo otro par y los pongo encima de los dos primeros. No tiene mayor complicación hasta que uno llega al quinto nivel, porque Al no solo me hace apilarlos, también hace que me suba encima. Al llegar al quinto nivel tengo que estirarme desde el suelo y alcanzar la parte superior de la pila mientras me mantengo haciendo el pino con una sola mano. Más o menos es en ese momento cuando Leroy comienza a excitarse de verdad. En el quinto ladrillo es cuando comienza a fintar, con un hilillo de baba colgándole de la comisura de los labios. Más o menos cada dos minutos lanza ese gancho.

Y el chaval sabe pegar. Otra cosa no, pero eso sí que lo tiene, el gancho y una cabeza de hierro fundido. Es lo que casi hizo que lo matasen en el combate que le apañó Al, o quizá sería más acertado decir que le amaño Al.

Leroy llevaba cinco días en el gimnasio, barriendo y ordenándolo todo delante de los fanáticos de las pesas, entrenando en el saco de arena todas las tardes con su bañador amarillo y sus deportivas, y seguía durmiendo en el catre que había en la parte de atrás, cuando Al salió de su jaula a eso del mediodía y le dijo que le había conseguido un combate el viernes contra Millard Fillmore.

Leroy reaccionó como si le acabasen de decir que tenía sentido común. Los ojos le brillaron, le entró un pequeño tic nervioso en las manos y cuando trató de hablar lo único que fue capaz de hacer fue darle un puñetazo al negro en el brazo y decir: «Viernes. Viernes noche».

Ya estábamos a miércoles y con eso ya podéis ir haciéndoos una idea del tipo de combate que se trataba. Me figuré que el tío que tenía que enfrentarse a Millard Fillmore habría estirado la pata, o lo mismo no se vieron capaces de mantenerlo sobrio hasta la fecha, por lo que el Griego, el propietario del Catherine Street Arena, había llamado a Al, que siempre estaba pendiente y conocía a todos los que estaban

ansiosos por recibir una buena tunda. Si Leroy no hubiese estado en el gimnasio, Al le habría mandado al negro.

Joder, compartieron vestuario, Millard Fillmore y Leroy. El primer combate, el que le tocaba a Leroy, estaba programado para las ocho y cuarto, y salimos del Fireman's Gym a las siete en el Dodge con Pete al volante y Al y yo en el asiento de atrás con Leroy. Nada más llegar entramos por la puerta trasera y cruzamos un pasillo hasta un vestuario muy estrecho que no mediría más de cuatro metros de largo. Había una mesa y dos taburetes.

Millard Fillmore estaba sentado a un extremo de la mesa dándonos la espalda mientras un tipo que parecía salido de una novela de Budd Schulberg le vendaba las manos. Llevaba un sucio sombrero de fieltro ladeado y bien encajado que le cubría casi toda la frente y un puro frío capturado entre unos dientes con muy mala pinta. Daba la impresión de que no había probado bocado desde el invierno. Nos detuvimos en la puerta unos segundos pero, como ni se dignaron a alzar la vista, Al agarró a Leroy del hombro y podría decirse que lo llevó a rastras hasta el otro extremo de la mesa. Leroy parecía un poco aturdido, pero le brillaba el rostro, dejó su bolsa en el suelo y sacó el bañador amarillo y las deportivas.

Se suponía que iba a ser un combate de pesos semipesados, pero Leroy jamás en la vida había pesado más de setenta kilos y Millard Fillmore parecía superar los noventa. Con eso también os podréis hacer una idea de la clase de sitio que era el Catherine Street Arena del Griego. Di con un taburete y me senté junto a una taquilla rota. Al ya le había vendado una mano a Leroy cuando Millard se giró y miró hacia el otro lado de la mesa. A mí fue a quien miró más, así que le mandé a ahogarse en su propia mierda. A veces hay una cierta satisfacción en lo de hablar con las manos. Aunque, en realidad, no mucha. Millard apartó a su mánager y se levantó de la mesa. Era patizambo, tenía un poco de tripa y caminaba principalmente sobre los talones. Tenía la cara azulada de cicatrices. Se quedó mirando a Leroy y al final logró que Leroy se sonrojase.

—Me llamo Millard Fillmore —dijo.

Al continuó mirando la pared del otro extremo del cuarto por encima del hombro de Millard sin pronunciarse. Leroy dijo:

—Yo Leroy Johnson.

—¿En cuántos combates has participado, hijo? —preguntó Millard.

—Oh —respondió Leroy—. Yo... en un montón. Ni idea.

Millard buscó con la mirada a su mánager antes de volver a centrarse en Leroy.

—¿Ni idea?

—Verás —dijo Leroy—, lo que hacía era enganchar la carreta y...

Millard se agachó hasta casi rozarle la cara.

—¿Enganchar una puta carreta? ¿Una *carreta*? —Miró a su mánager—. Joder, George...

George se cambió de lado el puro antes de decir:

—No ha participado en ningún combate.

Entonces Millard se giró hacia Al.

—¿La primera vez del chaval y le dejas que se enfrente a mí?

Los ojos de Al se volvieron por un segundo hacia el rostro de Millard antes de volver a fijarse en la pared.

—Al sabe lo que hace.

—Así que lo sabe, ¿eh? —dijo Millard—. ¿Y quién cojones es Al?

—Al es él —dijo Leroy, volviéndose a poner colorado.

Pete, con la mirada clavada en el suelo al otro extremo de la mesa, se puso de repente a contar:

—Uno, dos, tres, cuatro...

Millard se volvió de nuevo hacia su mánager.

—George, ¿de dónde los has sacado?

George se encogió de hombros.

—Se saca de donde se puede.

Millard giró la cabeza sobre su cuello fibroso y se quedó un buen rato mirando el techo, luego dijo:

—Mira, chaval, huevos con jamón, eso es lo que es, ¿lo pillas? A lo que voy es a que con lo que vamos a sacar ahí fuera apenas te va a llegar para pagarte el desayuno, ¿vale? Yo he librado más de cien combates. La revista *Ring* me puso en el décimo puesto cuando tenía veintidós años, ¿entiendes? De todas formas, ¿tú cuántos años tienes?

—Diecisiete —dijo Leroy.

—Joder, George —dijo Millard, para enseguida añadir—: Mira, Leroy, tú y yo vamos a salir ahí fuera y vamos a bailar un vals de seis asaltos. ¿Pillas lo que te estoy diciendo? Si te lo tomas con calma, será coser y cantar. Todo irá bien.

Al volvió a empujar a Leroy contra la mesa y se puso a vendarle la otra mano.

—El boxeador de Al no baila ningún vals —dijo.

Millard, que se estaba dirigiendo de vuelta al otro extremo de la mesa, se detuvo y miró por encima del hombro:

—Y cuando salgas de aquí esta noche, chaval, hazte un favor a ti mismo y líbrate de esta pandilla de zombis.

—Entreno en su gimnasio —dijo Leroy.

—Apuesto a que sí —dijo Millard Fillmore—. Apuesto a que sí que lo haces.

Al, Leroy y el negro gritaban y se desgañitaban como descerebrados. Siempre lo hacían cuando llegaba la parte de mis ejercicios que empezaban a doler de verdad. Yo no les miraba, pero sentía el zumbido ascendente de sus voces por las paredes del gimnasio que luego descendía por las cuerdas de las anillas sobre las que me mantenía suspendido haciendo la pose de la cruz de hierro. Permanecían muy

callados cuando apilaba los ladrillos y cuando hacía mis lumbares, incluso seguían sin hacer demasiado ruido cuando emprendía mis diez viajes de ida y vuelta por las escaleras del gimnasio, pero cuando llegaba el momento de hacer lo de los dedos, por lo general, empezaban a murmurar, no tardaban en alzar la voz y por fin se ponían a soltar alaridos. En principio, la única razón por la que podía hacer lo de los dedos era porque, prácticamente, no pesaba nada. La gente nunca se cree que solo peso cuarenta kilos. La chica que me telefoneó aquella mañana pesa quince o veinte kilos más que yo, claro que ella tiene casi sesenta centímetros de cintura, lo mismo que yo de brazo. Si te paras a pensarlo un momento, te será más fácil creerte lo de mis dedos.

Hacía el pino con las manos planas y luego me elevaba sobre la punta de los dedos. Diez dedos. Al momento, recuperaba la posición inicial y volvía a alzarme, pero esta vez sobre ocho dedos. Luego sobre seis. Luego sobre cuatro. Era izarme sobre dos y todo el gimnasio se ponía a retumbar con sus voces. Al final me inclinaba hacia un lado y me sostenía sobre la punta de mi súper-dedo. Es el dedo medio de la mano derecha y una vez que lograba el equilibrio me ponía a girar y a girar sobre el dedo, lento y sin pausa, como el mecanismo de un reloj. Eso les volvía locos. En cada vuelta, les veía, invertidos: Al, Pete y Leroy jaleándose a grito pelado, Al tirando el taburete y ligeramente babeante, los tres agitando mucho los brazos y pateando el suelo. Y después ya no se calmaban hasta que acababa el entrenamiento.

Aun sabiendo muy bien lo que me estaba diciendo, yo miraba desde donde colgaba de las anillas hacia donde estaba Al, justo debajo, con los puños apretados, la cara colorada y surcada de venas hinchadas.

Gritaba:

—¡Al te quiere, Marvin! ¡Al te ama, hijo!

Lo hacía cuando te dolía. No recuerdo un solo día en que dejara de hacerlo. A sus espaldas, Leroy y Pete entrenaban y se gritaban el uno al otro. Millard Fillmore acabó con el poco equilibrio y la coordinación que le pudiesen quedar a Leroy, así que Pete se zafaba de todo lo que Leroy le lanzaba y, al mismo tiempo, le daba instrucciones.

—¡Crochet con la izquierda! ¡Crochet con la izquierda! ¡Combina, combina!

Al Molarski exclamaba:

—¡Al te quiere, Marvin! ¡Al te ama, hijo!

Leroy gritaba:

—Pelearé con quien sea, me da igual.

Pete rogaba:

—¡Golpea y retrocede! ¡Golpea y retrocede!

Pete agarró a Leroy de los hombros y le hizo girar. Leroy, desequilibrado y perdido, alzó la mirada hacia mí, en las anillas, con la misma expresión aturdida que cuando volvió a su rincón tras el tercer asalto con Millard Fillmore. El primer asalto fue un vals, tal y como Millard dijo que tenía que ser. Fue tan lento que el público les abucheó con el mismo poco entusiasmo con el que Leroy y Millard se movieron por el ring. Algunos les lanzaron cacahuetes y chapas de cervezas. Leroy volvió a su

rincón, su cara resplandeciente con una sonrisa enmarcando su protector bucal. Al introdujo el taburete entre las cuerdas y Leroy se sentó.

Al se inclinó sobre Leroy y le dijo:

—A Al no le gusta nada.

—¿Eh? —dijo Leroy.

Al le abofeteó.

—Me has dado una bofetada —dijo Leroy.

—No te han dado tan fuerte en toda la noche —dijo Al—. A Al no le gusta nada.

Yo estaba sentado al borde del ring contemplando cómo el viejo y arrugado rostro de boxeador que se gastaba Al se iba acercando cada vez más al chaval.

—Reviéntalo —dijo Al—. Tienes que reventarlo. —Estiró el brazo, le agarró de la oreja y se la retorció, se la retorció bien fuerte—. Le dijiste a Al que boxeabas. Dijiste que combatirías con quien sea. Así que sal ahí y reviéntalo. Déjalo para el arrastre.

—Reventarlo —dijo Leroy. No se trataba de una pregunta; simplemente se lo estaba repitiendo.

Salieron al segundo asalto con la misma lentitud que en el anterior. Yo sentía las vibraciones de los mismos abucheos desencantados. Millard Fillmore ni siquiera prestaba atención. Creo que se avergonzaba de que al final le estuviese sucediendo eso, verse en un ring con un chaval de diecisiete años medio sonado con un bañador amarillo. A mí me pasó lo mismo la vez que fui a hacer mi número de equilibrista en una sala llena de soldados paraplégicos. No más que otra muestra de lo que podía sucederte en el mundo. Así que Millard ni siquiera prestaba atención y le pilló desprevenido el mejor golpe del chaval, su gancho demoledor. Como dije antes, Leroy tenía solo dos cosas, el gancho y una cabeza de hierro fundido. También fue bueno que contase con esa cabeza, de lo contrario Millard en lugar de sacudirle de lo lindo, lo habría matado. Con Pete en el rincón gritando: «¡Combina! ¡Combina!», el primer gancho le hizo doblar las rodillas a Millard y el segundo le reventó la nariz y apagó por un momento la luz de sus ojos contraídos. Millard Fillmore se tensó, arrinconó a Leroy y le retuvo contra las cuerdas mientras se sacudía la cabeza. En cuanto se despejó condujo a Leroy de vuelta al centro del cuadrilátero y durante los tres siguientes asaltos se dedicó a molerle a palos como si no hubiese un mañana. En dos o tres ocasiones sostuvo a Leroy con una mano mientras le reventaba con la otra. Pero cada vez que regresaba tambaleante a su rincón, Al le empapaba la cabeza con agua, le abrazaba y le decía a gritos: «¡Al te quiere, Leroy! ¡Al te ama, hijo!».

Y Leroy mostraba su sanguinolento protector bucal con una sonrisa aturdida mientras escudriñaba a Al a través de la pequeña hendidura que aún se mantenía abierta en su ojo izquierdo. En el quinto asalto, cuando Millard Fillmore le hizo girar la cabeza tres cuartos con un derechazo elevado, Al se precipitó al ring entre las cuerdas, se puso a horcajadas sobre Leroy y comenzó a gritarle a la cara: «¡Al te quiere, Leroy! ¡Al te ama, hijo!».

Al final logramos poner a Leroy en pie pero en ningún momento conseguimos que hablase, ni siquiera en el camino de vuelta al Fireman's Gym, y se fue a la cama todavía grogui, el rostro cortado e hinchado como una col sanguinolenta.

Deshice la postura de la cruz en las anillas y descendí al suelo por la cuerda de cáñamo. Me tumbé boca arriba hasta que se me normalizó la respiración antes de decirle a Al que le dijese a Pete que fuese a por el coche.

—Tienes que comer —dijo Al.

—Comeré en la playa —dije yo.

—Al no quiere que comas esas porquerías.

—Bueno, es domingo —le dije.

Leroy nos miraba las manos.

—A Al no le importa.

—Y no solo de pan vive el hombre —le dije.

—Come carne —dijo él—. El pan es malo.

Al, en muchos sentidos, era un cabrón bastante estúpido, un auténtico idiota.

—Me zamparé un filetazo —le dije.

—Pete, trae el coche —dijo Al—. Marvin se va a la playa.

Me alcé sobre mis manos y me dirigí a las duchas. Después de entrenar me sentía estupendamente, caliente y duro. No veía el momento de hallarme en el Ocean Club, sobre las tremendas piernas de Hester.

2

Hester era normal. Como diría Leroy, lo tenía todo en su sitio, dos brazos, dos piernas, la colección completa de dedos y todo lo demás, aparte de que podía hablar, oír y ver sin problemas. Aunque, eso sí, tenía cierta tendencia a la amargura. Sus padres eran sordomudos y su primera lengua fueron los dedos. Podía leer los labios tan bien como cualquiera, incluyéndome a mí. Pero tenía tendencia a la amargura, y lo más probable es que no me hubiese liado con ella de no haber sido por sus tremendas piernas. Tenía unas piernas gloriosas y yo no podía dejar pasar eso por alto.

Hacía un día estupendo, así que me puse mis gafas de sol al abandonar el paso elevado que llevaba de Clearwater a Clearwater Beach. Seguro que habréis oído hablar de Clearwater Beach. Es una de las mejores playas (yo creo que la mejor) de Florida. Está del lado del Golfo de México, justo encima de Tampa, y en cuestión de agua y arena no puede pedirse nada mejor. Lo único es que en esa parte de Florida no hay mucho donde mojar el churro, y lo poco que encuentras suele ser defectuoso. Sobre todo viejas. Y me refiero a viejas de verdad, ochenta y cinco, noventa, de ese palo. Y aunque no hay nada de malo en tirarse a una vieja de vez en cuando, convertirlo en dieta habitual acaba por ser deprimente. Al menos para mí, lo mismo a vosotros no os pasa. No sé si estaréis al tanto o no, pero esta parte de Florida (St. Petersburg, que está al final de la carretera, Tampa y Clearwater) es un enorme geriátrico al aire libre. Da igual dónde mires, están por todas partes, palmándola como moscas. A veces se dejan caer unas cuantas universitarias, pero no es algo con lo que puedas contar, salvo en vacaciones. Aunque a mí no me importa en absoluto, porque, como ya os he dicho, yo tengo a Hester y Hester tiene unas piernas de infarto.

Cuando Pete redujo la marcha y aparcó frente al Hotel Clearwater Beach, hasta donde alcanzaba la vista, solo se divisaban vejstorios dorados. Los llamo así porque lo único que les gusta hacer a esos viejos es tenderse al sol y tostarse como si fuesen lonchas de beicon. Se jubilan, vienen aquí y compiten por ver quién pilla antes un cáncer de piel.

Siempre estaban ahí esperando cuando yo llegaba. Conocían el coche y aunque no alcanzaban a verme en el asiento de atrás, al abrir la puerta y poner las manos sobre la acera, sus decrepitas cabezas se despegaban de las toallas y se giraban hacia mí como si se hubiesen pasado toda la mañana ensayándolo. Todas esas cabezas alzadas, los cuellos retorcidos, los ojos decolorados por el sol escudriñándome mientras avanzaba por la arena. No recuerdo si os lo he dicho ya: soy un lector voraz de revistas tipo *Time*, *Harper's* y *Atlantic Monthly*, y últimamente he leído un montón acerca de la jubilación forzosa, pero os juro por Dios que si pasáis una temporadita cerca de estos vejstorios dorados no se os pasará por la cabeza la jubilación forzosa, os acabaréis planteando la muerte forzosa. Se pasan todo el santo día tendidos al sol

con sus pieles escamosas contaminando la puta playa. Joder.

Avancé por la arena procurando no mirar a ninguno porque en el momento en que lo haces se te ponen a hablar como loros. Están tan condenadamente aburridos y ávidos de conversación que se las trae bastante floja que los puedas oír o no. Y con sus decrepitas bocas derrumbadas es imposible leerles los labios. Esa es una de las cosas buenas de Al Molarski, puede que tenga setenta y dos tacos, pero conserva casi todos sus dientes. Puede que gracias a todas esas vacas y cosas que levantaba enganchadas a su dentadura.

El Ocean Club quedaba a unos cien metros de la playa y antes de superar la mitad del trayecto vi a Hester salir al porche. Se estaba mamando una cerveza bien grande, pero en cuanto me vio la dejó en la barandilla junto a las escaleras y se lanzó a correr hacia mí por la arena. Arqueé un poco más la espalda y me aparté el pelo de los ojos para poder verla correr. Antes de conocerla llevaba siempre el pelo corto, pero a ella le gustaba largo así que me lo dejé crecer. Cuando estaba sentado no me molestaba, pero era un incordio cuando tenía que andar haciendo el pino. Sin embargo, todo lo que Hester deseara merecía la pena. Me detuve y la miré, toda tetas, caderas y muslamen bombeante corriendo por la arena con su resplandeciente bikini negro. Nunca me saciaba de sus piernas. En ocasiones podía pasarme la tarde entera lamiéndole las rodillas. Joder, al sol toda ella era como un único músculo restallante.

Cuando llegó a mi lado me cogió por la cadera, me estrechó entre sus brazos, hundí la cara entre sus muslos y restregué la nariz por su vientre. Me alzó del suelo, me volteó y me besó, su boca aún caliente y jugosa con sabor a cerveza. Andaría por los sesenta y cinco kilos y derrochaba entusiasmo suficiente para seis personas. A veces había que andarse con ojo porque podía hacerte daño.

—Estás estupendo —me dijo—. Menudos brazacos.

Se apartó unos pasos para que le viese la boca. Como estaba de nuevo sobre mis manos no podía responderle bien, así que le dediqué una sonrisa y le guiñé un ojo. Ella me devolvió el guiño y me hizo un pequeño mohín de succión con los labios. Me sentía de maravilla andando a su lado por la playa. Tras el entrenamiento, tal y como ella misma había constatado, mis brazos, mi espalda y mi pecho se veían primorosamente inflados bajo la camiseta ajustada y los pantaloncitos morados con cremallera al fondo. El sol me pegaba fuerte en el culo.

—¿Se lo preguntaste? —dijo ella.

Me limité a mirarla antes de realizar un pequeño giro sobre mis manos para intentar distraerla.

—Veo, por la cara que pones, que no.

Ella desvió la mirada hacia el blanco Golfo sin olas en el que dos veleros inmóviles recortaban sus diminutas siluetas contra el horizonte. Me dio la impresión de que me estaba hablando. La parte posterior de su cabeza le tensaba levemente el cuello, aunque con evidente virulencia. Puede que hasta estuviese gritando. Cuando se volvió a mirarme tenía moteada la piel de las mejillas, pero sus ojos se veían

tranquilos y firmes.

—Ni siquiera se lo has preguntado —volvió a decir—. Lo mismo es que no me quieres allí. Lo mismo es que no me quieres, sin más.

Miré impotente sus tremendas piernas y la odié.

—No entiendo qué problema puede haber —dijo ella—. Él ya convive con un negro y un puto idiota.

Me dejé caer en la arena, me sacudí las manos y dije:

—No entiendes nada. Hago lo que puedo.

—Estoy más que harta de oír eso —dijo ella—. Es lo que siempre me sueltan mis padres y tú y todo el mundo. ¿Qué importa que se haga lo que se pueda si a mí no me vale? A mí me la suda que hagas lo que puedas, solo me interesa si me vale, y no me vale.

Ya casi habíamos llegado a la barandilla donde había dejado su cerveza. Volví a dejarme caer sobre la arena.

—No soportarías vivir donde vivo.

—Pues no me va a quedar más remedio que aguantarme con lo que sea —dijo ella—. Me han echado de casa.

—No me lo creo —dije yo.

—¿No te lo crees? —dijo ella—. ¿No te lo crees? ¿Y se puede saber qué coño es lo que te tienes que creer? Dicen que ya no puedo seguir viviendo ahí. Punto. Se acabó. —Se puso a contemplar durante unos segundos los barcos que se dibujaban en el horizonte—. Me has jodido el día. Contaba con que se lo hubieses preguntado.

—Bueno, pues no —dije—, porque sabía muy bien cuál iba a ser su respuesta. Y, por si te interesa, tampoco es que tú hayas hecho una puta mierda por arreglarme el día.

Volví a alzarme sobre las manos.

—A tomar por culo —dijo ella—, vamos a tomarnos unas cervezas.

Rescató su vaso y lo vació al cruzar el porche. No era ni mediodía, pero ya había una banda de rock-and-roll (dientes resplandecientes y codos oscilantes) dándolo todo sobre la pequeña plataforma alzada al fondo del local, la pista de baile estaba hasta arriba de gente bailando, dando vueltas y contoneándose. Me quedé un rato mirando al chaval de la batería y al de la guitarra eléctrica, si me concentraba podía llegar a escucharlo todo: el chisporroteo de las escobillas, los gemidos de la guitarra y hasta los pies descalzos de los bailarines deslizándose sobre el suelo arenoso de la pista.

Nunca fui capaz de hablar (tengo un agujero en el paladar), pero el oído lo perdí a los diez años. Al me había llevado a una recepción para actuar ante un montón de ancianos con flores prendidas al pecho y mucho flotar de cabellos azulados sobre cráneos empolvados. Me hizo subir sobre dos sillas inclinadas, en equilibrio sobre las dos patas traseras, con una mano en cada respaldo. El suelo estaba encerado y, justo cuando logré equilibrarme, una de las sillas resbaló, me precipité como un saltador

olímpico y me di de bruces contra el suelo de terrazo. Al incorporarme resultó que todos aquellos viejos habían roto a aplaudir exhibiendo sus destellantes dentaduras postizas, yo me senté sobre mis posaderas y me puse a observar aquella ovación (debieron creer que la caída formaba parte de la actuación porque a juzgar por su entusiasmo les había parecido la hostia), pero no pude oír nada. De pronto me vi sumido en el silencio más absoluto, como si estuviese a quince metros bajo el agua. Y desde entonces vivo en este silencio. Pero sé cómo suenan la mayoría de las cosas, así que si me concentro un poco puedo recordarlas hasta lograr que suene en mis oídos.

El equipo sordomudo de voleibol estaba al fondo, a la derecha de la plataforma donde tocaba la banda, y vi que Herby levantaba las manos de la mesa para decirme:

—Acerca tu culo y tómate una cerveza, pequeño engendro deforme.

Herby es más bajito que yo y tiene piernas. Un puto bromista, pero juega que te cagas al voleibol. Herby, por supuesto, no puede hacer remates, pero es capaz de colocar el balón tan bien como cualquiera del equipo. Hester me puso una mano en el culo, al andar haciendo el pino le quedaba más o menos a la altura de la cintura, y me guió entre las mesas y los bailarines hasta el fondo del local. Cuando me encuentro en medio de una multitud no puedo ver lo que se me avecina y soy blanco fácil de borrachos o de quienes no estén mirando, y si no tengo cuidado puedo acabar en el suelo, pisoteado. Sobre todo en un sitio como el Ocean Club que, además, está hasta arriba de gente defectuosa.

Herby ocupaba mi silla cuando llegamos a donde estaban todos sentados, pero se levantó y me la cedió. Él, por lo menos, tenía cierto sentido de la decencia. Había una jarra de cerveza en la mesa y Hester me sirvió un vaso. Acercó una silla y me besó en el cuello. Siempre estoy deshidratado después de entrenar, así que le metí un buen trago y observé a la gente que bailaba. Esa es una de las cosas que siempre he lamentado: no poder bailar. De vez en cuando salía a la pista con Hester y nos movíamos un poco con ella bien apretada a mi culo. Pero nunca me gustó porque es algo que no puedo hacer bien. Siempre hay algún gilipollas que te pisa los dedos o que se choca contigo haciéndote perder el equilibrio. En realidad, se me da muy bien el tango. Pero ¿dónde te van a poner un tango? Me duele decirlo pero el rock-and-roll es demasiado para mí. Lo de menear el esqueleto, no puedo.

Herby estaba intentando hablar conmigo, pero yo ignoré sus manos, hice como que no le veía dedicándome a besar a Hester. Ella me acarició la espalda, me agarró una mano y la puso sobre sus fantásticos muslos.

—¿Quieres venir a mi casa después del partido? —dijo ella.

—¿No decías que te habían echado?

—No dijeron nada de no poder follar. Dijeron que no podía vivir.

Herby extendió el brazo y me dio un toque en la nuca. Le miré.

—¿La han echado? —preguntó.

Ese es el problema de tener que utilizar las manos para hablar, cualquier hijo de puta con un par de ojos puede enterarse de lo que dices.

—Así es —dijo Hester—. Pero no me importa.

—¿Y dónde vas a vivir? —le preguntó Herby.

—Oh, en cualquier parte. —Me miró—. No me preocupa. Tengo amigos.

Vi lo que estaba sucediendo. Vi lo que estaba a punto de suceder. Hester sabía lo que yo sentía por sus piernas, por ella, por el hecho de que lo tuviese todo en su sitio. Cuando la conocí yo estaba saliendo con una chica bastante guapa, pero con la espalda desviada. Es el problema de los sordomudos, que casi siempre tienen otra cosa mal: son bizcos, enanos, albinos, calvos, no tienen piernas o les pasa alguna otra cosa muy chunga que ni te imaginas. Una vez me fui a la cama con una señora sordomuda y cuando le bajé las bragas resultó que era hermafrodita, con su diminuta polla encogida y sus huevos colgando junto a su glorioso agujero. Claro que no me achanté. Es muy jodido echar un polvo cuando tienes mis deficiencias, no es como para ir por ahí rechazando ofertas. Así que le aparté las pelotas y me puse a ello.

Pero Hester era otra cosa. No solo podía ver y hablar, tenía un cabello abundante que se cortaba a lo casco y mirarle las tetas hacía que te doliese la boca, por no hablar de sus piernas, rectas, largas y fuertes como las de un velocista. Si la dejaba marchar, volvería a verme enganchado a espaldas retorcidas y a engendros medio cegatos. Suspiré y me froté los ojos con la punta de los pulgares. La vida a veces resulta abrumadora, coño.

Hester me atrapó la cara entre sus manos y me obligó a mirarla.

—¿Qué le pasa a mi bebé?

—No he comido —dije—. Necesito tres huevos y un buen filete.

Hester alzó la mano para pedirle el filete a Arnie, dueño del Ocean Club, sordomudo aparte de marica, pero dejó la mano en alto, vi que le cambiaba la cara y supe que acababa de entrar por la puerta Aristóteles. No tuve ni que mirar para saber que se trataba de él. Me bastó con verle la cara a Hester, no una cara lo que se dice bonita, pero fuerte, fuerte porque había vivido lo suyo. Y lo suyo no era poco. Lo suyo había sido, entre otras muchas cosas, Aristóteles Parsus. Fueron amantes. Ella nunca me lo contó, pero yo lo sabía. Aristóteles vivía en Tarpon Springs, a unos treinta kilómetros costa arriba, una colonia de griegos sorbedores de aceite de oliva que vivían de la pesca de esponjas, sea eso lo que cojones sea. Mayormente, me da que todo ese tinglado que se han montado no es más que una trampa para turistas consistente en alinear unas embarcaciones viejas y cochambrosas en el muelle y cobrarles un dineral a las señoronas de Iowa por subir a bordo y verles hacer el imbécil con las esponjas.

Me di la vuelta y por encima de las cabezas de los bailarines vi a Aristóteles en la entrada, alto, moreno y grasiento, con su dentadura de cerca de estacas y un polo rojo, blanco y azul, jugueteando con una pelota blanca de voleibol. Su equipo había entrado con él y andaban por ahí tomándose el pelo en comandita, todos peripuestos como el propio Aristóteles, con su polo y sus pantaloncitos azules. Cuando compró la equipación le dije que me parecía buena idea que se dotasen así de un poco de clase

puesto que, como jugadores, no tenían ni pizca, lo cual no era del todo cierto. Nuestros equipos estaban casi a la par.

Toqué las magníficas piernas de Hester. Ella me miró.

—Ve a decirle a Arnie que me traiga ya el puto filete —le dije—. Me estoy muriendo.

Aristóteles hablaba con Arnie con una mano mientras hacía girar la pelota blanca de voleibol en la punta del dedo índice de la otra. Cuando Aristóteles se ponía a hablar con Arnie no podía ganarse su atención ni Dios. Hester cruzó la pista de baile con esos andares que tenía, como si fuese sobre cojinetes, se inclinó por encima de la barra y le habló a la cara. Arnie se volvió y escribió la comanda en la rueda giratoria de la ventanilla que daba a la cocina. Aristóteles le puso la mano en el hombro y le dedicó una de sus sonrisas de valla de estacas.

—¿Cómo te va? —preguntó.

—Bien... es... y... suficiente —respondió ella.

La gente que bailaba arremolinándose en la pista no dejaba de interponerse entre mis ojos y sus manos. Me aferré a la mesa y me alcé sobre el respaldo de la silla para intentar ver mejor.

—... un aspecto estupendo —dijo Aristóteles.

—Gracias, Ari —dijo Hester, poniéndose muy seria.

—Es una puta pena que yo nunca pueda... salvo los domingos —dijo él.

—Sí —dijo ella—. Yo... sí.

—Muy bien —dijo él—. Por mí de lujo.

—Estás listo para... y... —dijo ella—... un remate.

Un joven hispano come garbanzos que no dejaba de hacer el molinete con los brazos de un lado a otro de la pista me impedía leerles bien las manos. El hijo de puta llevaba una camisa amarilla y zapatos a juego. Siempre me la han sudado bastante los putos hispanos y me da la impresión de que la mitad de Cuba ha acabado en Tampa, todos con sus camisas amarillas y sus zapatos a juego, oliendo a garbanzo.

—Enseguida te lo traerán, nene —dijo Hester, acercando una silla a la mía—. Arnie ha dicho que les meterá prisa.

—Intimas mucho con el griego ese —le dije.

—¿Perdón?

—No sé cómo aguantas a ese gilipollas —añadí.

—Lo conozco desde hace un montón —dijo ella—. Aparte, ¿aguantar qué? Solo estábamos charlando.

El camarero, un chaval llamado Bill, me trajo la comida. Venía servida sobre una enorme bandeja con las iniciales OC inscritas a un lado. Para ser marica, Arnie manejaba un local con mucha clase. Corté un trozo de carne y mastiqué.

—Nunca me han gustado mucho los griegos —dije.

—Él no está mal —dijo ella.

—En ningún momento he dicho que él esté mal. Lo que he dicho es que nunca me

han gustado los griegos. En cualquier caso, ¿de qué hablabais?

—Solo me ha preguntado que cómo estaba.

—Puede que sea griego —dijo Herby—, pero bailar, baila.

Herby estaba sentado al otro lado de la mesa con una chica muy guapa que tenía la frente quemada y arrasada por el acné. Se llamaba Sarah y podía hablar, pero había perdido la audición a los quince.

—No creo que debas ponerte celoso solo porque sea un tío guapo —dijo Sarah.

—Aquí nadie tiene celos de nadie —dijo Herby.

—Es guapo —dijo Sarah—. Se la chuparía sin pensármelo.

—Tú se la chuparías hasta a una estatua de Napoleón —dijo Herby.

—¿Y qué coño se supone que significa eso, Herby?

Ella mascaba chicle y bebía cerveza al mismo tiempo. De vez en cuando se metía en la boca otra tableta y daba otro trago a su cerveza. Era de la peor especie. Ambos eran de la peor especie. Yo devoraba mis huevos tratando de no mirar hacia la pista de baile que había sido tomada por Aristóteles y su equipo de voleibol. Pero allí, al otro lado de la mesa, no pude evitar distinguir el destello difuminado, rojo, blanco y azul, de sus polos, como tampoco lo tiesa que se había sentado Hester a mi lado, y mi nariz quedó de pronto corrompida por el olor a aceite de oliva.

Ya había dado cuenta del filete y de los huevos así que no podía hacer otra cosa que mirar la pista de baile, y allí estaba Aristóteles, una figura giratoria y espasmódica atrapada en una suerte de baile encorvado y obsceno, mano a mano con su mejor rematadora, una chica muy alta de polo y pantaloncitos azules que bailaba con la cabeza echada hacia atrás y la boca muy abierta, impulsando la lengua de manera compulsiva sobre su barbilla. De los labios le colgaban brillantes espumarajos de saliva.

Al otro lado de la mesa, la chica con la frente arruinada alzó la mano y dijo:

—Se la chuparía ahora mismo.

—Sería mejor que cerrases el pico —dije yo.

—Totalmente de acuerdo —dijo Herby—. ¿Por qué no lo dejas un rato?

—Deberíais intentar no ponerlos celosos —replicó ella—. Cualquiera puede medir un metro ochenta y bailar así.

—¿Por qué no te callas un rato? —dijo Herby—. Si ni siquiera eres capaz de arreglarte esa frente.

La banda estaba enloqueciendo. Siempre que Aristóteles se ponía a bailar, se exaltaban. No quiero quitarle mérito, las cosas como son; aun siendo griego, sabía bailar. Pero ¿qué coño tiene de genial saber bailar? Basta con disponer de un par de piernas.

Mantenerse en equilibrio, eso ya es otro cantar. Desde luego tienes que disponer de brazos, pero no basta con eso, tienen que ser unos brazos muy especiales. Todo tiene que ser especial. Hasta los pelos del oído medio tienen que ser especiales. La disciplina ha de ser especial. Nadie se ha puesto jamás a hacer equilibrio sobre sus

manos por accidente. Y nadie lo ha conseguido al primer intento.

Y puede que por todo eso hice lo que hice. Como que me vi en la obligación de hacerlo. Me refiero a que sentía a Hester sentada toda tiesa a mi lado, y aquel gilipollas dándolo todo en la pista, demostrando quién era, no sé si me seguís. Posé las manos en la mesa. La música palpitaba en la madera. Era eso lo que estaban bailando, el ritmo en la madera que se transmitía por el suelo hasta sus pies. Probablemente no habría más de media docena de personas en el garito (y Hester, por supuesto, era una de ellas) que pudiese oír la música. Pero todos la sentíamos, zumbando en los vasos, en la cerveza, y sobre todo latiendo en el suelo.

Eché una última mirada a la pista, completamente tomada ahora por Aristóteles y su equipo de voleibol, y con las manos bien plantadas sobre la mesa me impulsé junto a Hester y me puse en equilibrio haciendo el pino. Fue tener las caderas en el aire y sentir a través de la madera que la música vacilaba. Me incliné lo más lento que os podáis imaginar hasta posarme sobre una sola mano y bajo la palma, en la mesa, la música perdió tres compases.

La banda que había contratado Arnie era de lo más respetable, pero tampoco podían oír lo que tocaban. Eran de la Escuela Excepcional de Música Miffit, de St. Petersburg, un lugar donde enseñaban música a los sordomudos (y a veces también a los que, aparte de eso, eran ciegos). Pero desde mi punto de vista, tocar un instrumento es solo un poco mejor que bailar. Si algo tiene, es que hay un montón de gente que no puede hacerlo. Pero en cambio, si eres capaz de aguantarte sobre cuatro dedos de una sola mano, puedes llegar a joder a equipos bailones de voleibol enteros. Ahora ya no se percibía ninguna vibración de la banda a través de la mesa. Nada en absoluto. Y cuando pasé de cuatro dedos a tres, todo se detuvo. Pero yo seguía sintiendo a Aristóteles dando giros y encorvándose, ya sin demasiado entusiasmo, en la pista.

Todo el mundo me estaba mirando a mí. Lo sabía. El Ocean Club al completo había dejado de moverse porque, me cago en la puta, sostenerse sobre un solo dedo es un puto milagro. Tiene que cooperar hasta la última célula de tu cuerpo. ¿Y qué es la sonrisa de valla de estacas de un griego sorbedor de aceite de oliva comparado con esto? Nada. Una puta mierda, eso es lo que es, lo cual constituía un buen punto de partida.

Empecé a girar. Lento, al compás de la respiración, comencé a dar vueltas sobre dos dedos (el pulgar y el índice) de una mano. El rostro de Hester resplandecía como una lámpara mirándome desde su sitio. Y el de Herby también pasaba ante mis ojos, contemplándome como Pedro debió admirar a Jesús. Oh, estaban orgullosos de estar sentados allí, ya lo creo que sí. Entonces apareció el rostro de Sarah y sus ojos me atravesaron como si fuese transparente, enfocando un punto situado más allá de donde yo giraba lentamente acercándome al punto culminante de mi número. Su desagradable frente arrasada estaba colorada, inflamada, como si estuviese a punto de sangrar o de estallar, y supe que no era a mí a quien miraba, sino a Aristóteles, que

debía estar cerca, justo detrás de mí, en la pista de baile.

Cuando perdí de vista su rostro en el giro, me topé con las caderas flacas y huesudas de Aristóteles Parsus. Me detuve. Se me acercó. Se inclinó para situar su rostro frente al mío. Su boca invertida junto a mis ojos me pareció enorme. Nuestras narices casi se rozaron.

—Vaya numerito de chimpancé —me dijo. Al principio no le entendí. Sus palabras me llegaron invertidas. Luego invirtió la mano.

Yo alcé la mano libre (como si fuese a decir algo), pero lo que hice fue rascarme el culo, con parsimonia.

—Eso sigue siendo un numerito de chimpancé —dijo. Todo su equipo de voleibol, rojo, blanco y azul, había formado un frente a sus espaldas y me miraban furibundos.

Comencé a hacer una flexión con una sola mano, tan lento que al principio ni se dieron cuenta de que me estaba moviendo. La mesa tembló ligeramente por el esfuerzo. Percibí el pitido de la sangre en mi corazón. Enseguida sentí el tacto de la mesa en la barbilla y antes incluso de volver a elevarme hacia la posición inicial, una rugiente y totalmente espontánea salva de aplausos sacudió la mesa sobre la que me sostenía. Había cerrado los ojos para no perder la concentración y al abrirlos me encontré con todo el Ocean Club invertido aplaudiendo, entrechocando vasos y pateando el suelo. Hasta el equipo de voleibol de Aristóteles (todos menos la espigada rematadora) aplaudía y sonreía.

—Siempre tienes que joderlo todo, ¿no es así? Puto engendro —dijo él, con la mano tan rígida que casi no podía ni expresarse—. Puto engendro.

Yo estaba muy tranquilo. Me sentía bien. Muy despacio, como si fuese Al, como si mis dedos conversasen entre bostezos, dije:

—Nunca me han gustado los griegos. ¿Por qué no vuelves al lugar del que saliste?

—¿Y tú por qué no sales a la arena a jugar al voleibol? —me dijo.

—Por mí no hay problema —le respondí. Arqueeé la cintura, le restregué el culo en la cara y salté de la mesa para aterrizar sobre las manos. Más aplausos sacudieron el suelo bajo mis dedos y la banda arremetió con lo que no podía ser otra cosa que una ovación. El Ocean Club al completo me siguió por los escalones hasta la arena. No podía sentirme mejor.

3

Estábamos tumbados en la cama de Hester, su madre estaba sentada al otro lado de la pared, bordando manoplas de cocina. Ya estaba allí cuando llegamos una hora antes, sentada en el rectángulo de luz que proyectaba el sol por la ventana abierta, en el mismo lugar en el que me la encontraba siempre que iba a casa de Hester. Era una señora diminuta de piel cetrina que nunca se desembarazaba de su toca azul ni de sus gafas de montura metálica. Sus dedos bordaban con inmensa lentitud. El sol hacía saltar pequeños destellos del dedal y la aguja. Miré hacia otro lado, por si querían decirse algo. Respeto la privacidad. Pero me da que nunca se habían dirigido la palabra.

—Hoy has estado de la hostia —dijo Hester.

—Tú tampoco has estado mal —dije yo.

Las persianas estaban bajadas y en la habitación apenas había luz para hablar. Yo estaba tendido panza arriba y tenía a Hester encima, apoltronada a cuatro patas. Los dos en pelotas y ella con la piel quemada, casi negra, salvo por el triángulo de piel blanca que lucía en el culo, del tamaño de un pañal de bebé, y en las dos tetas que colgaban sobre mi cara como dos conos de helado.

—Oye —dije—, sabes que tengo que ir a actuar para esos boy scouts.

—Hay tiempo —dijo ella.

—No mucho —dije yo.

—Yo te llevo —me dijo—; hay tiempo de sobra.

No nos fuimos de la playa hasta casi las cinco. Me había apostado doscientos dólares con Aristóteles al mejor de tres partidos. Ganamos uno cada uno y el del desempate duró casi dos horas. Hester condujo su Volvo abollado por las calles de Clearwater como si se hubiese vuelto loca, con su parte de las ganancias asomando por la parte superior del bikini.

—No llegaremos a tiempo —dije.

—¿Y no te encanta?

Gruñí.

—Sí —dijo ella—. Te encanta.

Los dos veníamos bien lubricados de la playa. Ahora la tenía sentada encima. Encima mío. Traté de pensar en otras cosas. En lo de la playa. En el cielo. En el partido.

—Y sin hacer trampa —dijo ella—. Me cago en la puta, sin hacer trampa.

La respiración le silbaba en la garganta.

Y así es. Jugué limpio. Cuando nos disponíamos a jugar, cuando Aristóteles tuvo a todo su equipo en posición a un lado de la red y Herby, Hester y los demás estuvieron listos al otro, yo me subí a la torre de los socorristas, desde donde siempre arbitraba, y alcé la mano para que diese comienzo el partido. Ambos equipos, ahora

rodeados de ancianos, me miraban fijamente desde sus respectivas posiciones sobre la arena ardiente. Hester, que había ganado a cara o cruz y por tanto le correspondía el saque, golpeó con fuerza, la pelota proyectó un arco por encima de la red, Aristóteles la alcanzó en la línea del fondo, se la colocó a su mejor rematadora y el partido se puso en marcha.

Encima, sentada en mis caderas, Hester comenzó a rotar muy despacio. La pared quedaba a escasos centímetros de la cama y ella la miraba con expresión soñadora, los ojos vidriosos enfocados a miles de metros de distancia, mucho más allá de la pared. En el partido había estado prodigiosa, cubriendo casi todo el campo, colocando bolas, haciendo remates, lanzándosela a Aristóteles al cuello, plantándole cara al otro lado de la red, sin ceder un centímetro. En la arena, los ancianos devoraban sus sándwiches, bebían Coca-Cola en vasos de papel y vitoreaban a Hester.

—No creo que pueda aguantarme —tuve que decir al final.

—Seguro que sí —dijo ella. Sus dedos lentos deletrearon las palabras con progresiva lentitud—. ¿Te acuerdas de cuando te pusiste a rotar?

—A rotar —dije.

—En el Ocean —dijo ella—. Sobre la mesa.

—Pero ahora ni estamos en el Ocean ni soy una mesa —dije—. Y no creo que pueda aguantarme.

Ella continuó girando encima mío, de un modo delicioso y terrible.

—Le jodiste el coco —dijo ella—. Le freíste el coco de mala manera.

—Le freí el coco —dije—, le freí el coco.

Ella me oprimía con brusquedad. Yo la perdía, se me escapaba lo que me decía o intentaba decirme.

—Solo por eso hemos ganado —dijo ella—. Verte dar vueltas así, en equilibrio sobre dos dedos, lo dejó fundido. Cuando paró la música y todo el mundo se puso a aplaudirte y a gritar, supe que lo teníamos agarrado por los huevos. Que no podíamos perder.

Hester saltó frente a Aristóteles Parsus en el punto de partido y remató la bola contra su cabezota griega. Yo estaba sentado en lo alto de la torre de los socorristas con mi Timex apoyado en la barandilla y cuando le clavó la bola al griego entre los ojos y Hester se hizo así con el segundo punto de los dos que se precisaban para ganar, lancé el salvavidas del socorrista entre los dos equipos. Aristóteles Parsus se quedó paralizado, mirándolo en la arena, entre Hester y él. En la frente, por encima del puente de la nariz, le estaba brotando un bulto del tamaño y el color de una mandarina. Alzó la vista para mirarme.

—Quédate con la pasta —dijo.

—Te estamos todos muy agradecidos —le respondí.

—No te hagas el listillo —me dijo—. A nadie le gustan los listillos.

—A nadie le gusta perder —dije yo.

—Tú perdiste al nacer —dijo. Me sostuvo la mirada durante un largo instante de

silencio—. Engendro. Eres un engendro que solo sabe hacer cosas de engendro.

Hester escuchó nuestra conversación. Todos la escucharon. Sonrió a Aristóteles Parsus.

—Marvin Molar es capaz de hacer algunas cosas de engendro verdaderamente increíbles —dijo.

Las nalgas lubricadas de Hester dejaron de revolverse sobre mi cadera. Tenía la mirada fija en la pared. Sus ojos ya no miraban al infinito. Un leve nudo de ira se le había asentado en el puente de la nariz.

—¿Qué pasa? —pregunté. Aunque ya lo sabía.

—Joder —dijo—. Esta puta casa.

Alcé el brazo y posé la palma de la mano en la pared junto a la cama. Sabía que iba a encontrármela llena de nudillos golpeando desde el otro lado. Era su madre. Así se comunicaban (ella, su madre y su padre), a través de golpes en las paredes y los suelos de la casa. Discutían entre sí en todas las habitaciones de la casa. Código morse. Hester decía que se había criado así. Me dijo que a su padre no le gustaba discutir cara a cara con nadie de la familia. A veces pienso que tuve suerte de que me abandonasen en las escaleras del Fireman's Gym. Incluso algo así puede llegar a ser una puta bendición.

—Joder —volvió a decir ella—. Esta casa.

Alzó la mano y se puso a aporrear la pared. Yo no sé morse, pero sí sé que lo que dijo nunca debería decirse a una madre.

—¿Qué quiere? —pregunté.

Hester se inclinó hacia adelante para lamirme el cuello. Sus ardientes tetas con forma de cono me rozaron el pecho.

—Quiere saber qué estamos haciendo —dijo Hester.

—¿Y qué le has dicho?

—Le he dicho que acabaremos enseguida —dijo.

—Que acabaremos ¿qué? —pregunté.

—Que acabaremos y punto.

Siempre he sabido que hay cosas peores a que te dejen tirado en unas escaleras. Hester se había agachado y me lamía el cuello pero yo seguía con la mano en la pared.

—Tu padre está en casa —dije.

Eché la cabeza hacia atrás para que pudiera verle la boca.

—No soy sorda —dijo. Tenía los labios tensos, furiosos.

Su padre se había unido a su madre al otro lado de la pared. La aporreaban de manera continuada, apremiante.

—Por Dios —dije. Lo que ella me hacía había adoptado el ritmo de lo que ellos le estaban haciendo a la pared.

—Papá quiere saber si nos apetece una taza de té —dijo ella.

—Por Dios —dije yo.

—No te preocupes —dijo ella—. Les he callado.

—¿Qué les has dicho?

—Les he dicho que no me gusta hablar con la boca llena.

Esa era Hester. En su línea. Os dije que tenía tendencia a mostrarse amargada. Pero lo mismo dio, porque aquello no les detuvo. Siguieron con el golpeteo. Y ella contestándoles. Diciéndoles —lo admitió— lo que estábamos haciendo. Describiéndoles su lengua. Sus finos dientes. Entrando en todo tipo de detalles a propósito de piernas entrelazadas y espaldas arqueadas. Hablando de cómo habíamos empezado a sudar.

Al final, yo también me puse a aporrear la pared. No para comunicarme con nadie —yo no sé morse—, sino porque no pude evitarlo. Hester me había empotrado en un rincón y empecé a golpear la pared con el puño y a dar topetazos con la parte posterior del cráneo.

—Quieren saber qué estás diciendo —dijo Hester.

Yo solo pude fulminarle con la mirada, amarla y rogarle con los ojos que no parara.

—Dicen que no te entienden, que tendrías que hablar más despacio.

Para entonces yo ya me había puesto a golpear la pared de yeso con los dos puños y con la parte superior de la cabeza. Ella me había forzado a sacudidas hasta la esquina opuesta de la cama. Y ahí es donde todo acabó, con los cuatro golpeando a tientas la pared.

Cuando dejamos de aporrear, sus padres también pararon. Me quedé tendido en silencio escuchando el silbido de mi sangre. Ella se sentó al borde de la cama con los ojos de nuevo extraviados, perdidos en una zona intermedia. Los dos relucientes por el sudor. Estaba oscureciendo en la habitación. Extendí la mano y le toqué la cintura. Cuando me miró hice un movimiento hacia la mesilla de noche donde había dejado mi Timex.

—¿Qué hora es? —pregunté.

Ella consultó el reloj y luego me miró, pero no dijo nada.

—La hora —dije—. Sigo teniendo lo de los boy scouts. Están esperando en el sótano de la iglesia. Me prometiste que me llevarías.

No dio señales de haber visto lo que le acababa de decir. Pestañeó rápidamente un par de veces y se quedó con los ojos cerrados. Se llevó la mano al corazón y solo entonces habló presionándose la blanca carne del pecho.

—Te mentí —me dijo.

—¿Cómo?

—En el Ocean —dijo ella—. Te conté una mentira.

Entonces, como comprenderéis, no quise seguir con la conversación. En aquel mismo instante quise darla por zanjada. Acababa de echar un polvo, casi me había sacado los ojos a lametazos, me sentía bien y no quería hablar del tema porque sabía que hablar del tema solo podía acabar haciéndomelo pagar. Si una mujer te folla y

luego (cuando sigues tumbado en la cama) se te pone a hablar de cosas serias, puedes estar condenadamente seguro de que te lo van a hacer pagar. Y yo no quiero pagar, por nada. Tal y como lo veo, sin piernas, sin oídos y con un agujero en el paladar, bien sabe Dios que ya he pagado más que suficiente. Así es como yo lo veía.

Siguió mirándome. Tuve que decir algo.

—¿Oh? —dije al final, esperando que lo dejara estar, sabiendo que no iba a ser así.

—Te dije que Aris... que Aristóteles y yo solo hablamos.

No dije ni mu. Tenía la esperanza de que su viejo se pusiera a aporrear de nuevo la pared, lo que fuese.

—No solo hablamos —dijo ella—. Hace un tiempo, fuimos amantes.

Me incorporé sobre mi trasero y comencé a atarme las piernas.

—Eso ya lo sabía —dije—. No te preocupes.

—No me preocupa —dijo ella—. Solo quería que supieses cómo están las cosas.

—Muy bien —le dije.

—Fuimos amantes y me ha dicho que si me han echado de casa puedo irme a vivir con él. En su barco esponjero.

—No te gustará vivir en un barco esponjero —dije—. Un puto griego es lo peor de lo peor.

—En algún sitio tengo que vivir —dijo ella.

—Correcto —dije—, y yo tengo que llegar al sótano de la Iglesia de los Primeros Baptistas. Al se va a cabrear. Está patrocinado por la Liga de las Mujeres Votantes y son cuatrocientos dólares.

—No te importa, ¿verdad?

—Por supuesto que me importa —dije—. Cuatrocientos dólares son...

Ella dijo:

—No me refiero a eso.

Sabía perfectamente que no se refería a eso. Y de pronto me vi incapaz de seguir eludiendo el pago. Sabía lo que me estaba pidiendo y sabía que si tenía que pagar, acabaría pagando.

—Mira —dije—, no tendrás que vivir en un puto barco esponjero.

Su rostro se iluminó. Se la veía tan joven.

—¿No? —dijo.

—No, si tú no quieres —dije.

—No quiero —dijo ella.

Cuando salimos de la habitación, sus padres nos esperaban sentados junto a la ventana. Su madre bordando sus manoplas de cocina. El sol se había largado. Su padre vestía un mono azul de canalé y botas. Nunca supe en qué trabajaba pero, fuera lo que fuese, tuvo que ser algo muy duro. Tenía el rostro arrugado y cuarteado por la intemperie y las manos pesadas se le habían quedado agarrotadas de por vida. Lucía la misma piel grisácea que su mujer y, al igual que ella, daba la impresión de que algo

le producía un intenso dolor en lo más hondo, puede que un nódulo intestinal. Me deprimieron un huevo. Siempre me las ingenié para no intimar con ellos largándome a toda hostia de la casa en cuanto acababa de darme un meneo con Hester. Además, es fácil no mirar a nadie cuando tienes que desplazarte sobre las manos y, siendo mudo, si no les miraba no les oía. Claro que aquel día fue diferente. Miré en su dirección y vi que el anciano sujetaba una especie de rama nudosa a la que había dado forma de bastón. Sonreí, asentí y me dirigí hacia la puerta. Sentí que el bastón golpeaba dos veces el suelo con fuerza. Me detuve y le miré.

—¿Os apetece un poco de té? —me preguntó.

—Ya te dije antes que no —dijo Hester.

El anciano seguía sin quitarme ojo de encima. El bastón tenía un aspecto hostil, pero yo sabía que todos tenían un bastón como ese para transmitir los mensajes que se enviaban por la casa. Era la primera vez que me topaba con el anciano, pero ya había visto el bastón de Hester y Hester me lo había explicado todo. El caso es que aquel señor siguió mirándome y sentí una pena horrible por él. Me senté en la alfombra para poder hablar.

—Se lo agradezco de veras —le dije—, pero no tengo tiempo. Tengo sesión de equilibrismo.

—¿Equilibrismo? —preguntó.

—Para los boy scouts —aclaré—, en el sótano de la Iglesia de los Primeros Baptistas.

—Con que tienes una pequeña función, ¿eh? —preguntó.

—Por Dios, papá —dijo Hester—. Como si te importara.

—¿Nunca le has contado lo de mi número? —pregunté.

Hester no me respondió. Dirigió la mirada al techo y resopló hinchando los carrillos.

—Creo que es estupendo que tengas un número —dijo él.

—Gracias —dije yo.

La madre de Hester, muy lentamente, como si no dominase muy bien el lenguaje de signos, dijo:

—Yo también pienso que es estupendo.

—Gracias —le dije.

Me di cuenta de que tenía artritis y de que por eso no hablaba mucho. Me sentí mal. Todo ese tiempo cepillándome a Hester y jamás les había dirigido la palabra, deliberadamente, porque tenían una pinta tan lamentable que me deprimía. Allí sentados, parecían un par de cadáveres. El mundo es un lugar de mierda y hay ocasiones en las que resulta muy difícil no amargarse.

—Me encantaría que algún día me lo contases —dijo él.

—Él no quiere hablar de eso —dijo Hester.

—No tengo inconveniente —dije yo—, pero ahora llego tarde. De verdad. —Alcé mi Timex—. Los boy scouts esperan.

Me alcé sobre las manos y cuando ya estaba en la puerta volví a sentir el golpeteo del bastón y me di la vuelta para verle decir:

—Buena suerte para esta noche.

Tuve que sostenerme sobre una sola mano para darle las gracias.

En el Volvo, dije:

—Joder, Hester, no parece que te haya echado a patadas de casa.

—Es complicado —dijo ella.

—Me ha parecido un buen hombre.

—Yo nunca he dicho que no fuera un buen hombre.

—Entonces, ¿por qué nunca le contaste lo de mi número?

—Joder, ¿y por qué debería contarle algo así? No surgió, y punto. No hablamos mucho.

—Llevar a casa a alguien como yo seguro que da de qué hablar. Coño, sé la pinta que tengo.

—No somos una familia muy unida. Al viejo le gusta aporrear su morse con el bastón y la vieja tiene los nudillos destrozados.

—De acuerdo —dije—, pero a mí me ha parecido que te quieren.

—Marvin Molar, el famoso telépata. —Eso lo dijo con la voz y estaba siendo amarga—. ¿De dónde te sacas que me quieren?

—Por cómo te miran —dije—. Lo sé por su apariencia.

—Las apariencias engañan. —Ella frenó de golpe en un semáforo en rojo—. ¿No estarás echándote atrás? ¿No estarás retractándote de lo que dijiste acerca de que no tenía por qué vivir en el barco esponjero?

Eso era exactamente lo que tenía en mente, pero sabía que no me convenía reconocerlo.

—Ni se me había pasado por la cabeza —dije—. Pero tienes que entender que quien manda en el Fireman's Gym es Al Molarski.

—¿Alguna vez te ha dicho que no puedes llevar una mujer?

—Nunca se me ha ocurrido preguntárselo. Supongo que siempre he sabido que no puedo llevarme una mujer a vivir al gimnasio. Por Dios, Hester, no puede haber una mujer viviendo en un gimnasio de hombres ¡Y convivir con otros tres hombres!

—Me dijiste que dos están sonados.

—Coño, los tres están sonados, pero siguen teniendo polla.

—Ya he visto pollas antes —dijo ella—. Las pollas no me asustan. —Detuvo el coche junto al bordillo—. ¿Por qué lado de la iglesia se entra?

—Aquí me vale —dije—. Y eso que has dicho sobre las pollas que has visto es un comentario de mierda.

—He tenido más pelotas en mis manos que Willie Mays —dijo ella, vanagloriándose de su descaro.

—Hester —le dije—. Eres la hostia.

—La hostia de buena —dijo ella—, créeme.

La iglesia era una de esas fortalezas baptistas, un inmenso cúmulo de granito con cerca de diez chapiteles, un bloque cuadrado, vidriera y una cartelera negra plantada en el exterior con frases bonitas y el menú semanal. La frase bonita de esta semana era: ENTRA Y TEN TU FE ALZADA, que me pareció bastante lamentable y me da que era fruto de malos hábitos de lectura, de leer a los Wallace del mundo: Wallace Irving, Irving Wallace y Wallace Wallace. Debajo del oficio del Alzamiento de la Fe ponía lo que el predicador iba a hacer el domingo, algo titulado «Una lección de amor», y debajo la concurrencia que había asistido últimamente. Suficiente para hacer vomitar a Dios.

Me equilibré sobre una mano y dije:

—Ya estuve aquí una vez, cuando lo pagaba la agencia Ford. Te gustará. Son de los nuestros.

—¿De los nuestros? —dijo ella.

—Un batallón especial de lobatos sordomudos.

—Habla por ti —dijo ella.

—Tienes razón —dije—. Siempre se me olvida que tú lo tienes todo en su sitio.

—Se te olvidan muchas cosas —dijo ella.

—¿Y qué se supone que significa eso?

—Nada —dijo ella.

Al sótano se accedía por detrás de un enorme seto recortado en forma de cruz. Desde abajo se deslizaba una luz amarillenta y en medio de aquella luz había dos señoras gordas y cinco niñitos dándose coscorriones entre sí y comunicándose con las manos. Subieron las escaleras de granito y salieron al césped a recibirme.

La más gorda levantó la mano como uno de esos indios falsos de Hollywood y deletreó muy lentamente, como para idiotas.

—Estamos muy...

—Yo puedo hablar —dijo Hester.

—Oh, ¿usted puede? —dijo la otra señora.

Pareció decepcionada. Las dos señoras me miraron.

—Y este debe de ser él —dijo una de ellas—. El famoso señor Molar.

Me sostuve sobre una mano y dije:

—Dile que me llame Marvin Molar. Dile que es mi nombre artístico.

Hester se lo dijo.

—¡Toma, mira eso! —dijo la señora—, hasta puede con una sola mano.

—Señora —dijo Hester—, Marvin Molar puede hacerlo de maneras que usted ni se imaginaría.

Ambas señoras se quedaron mirando estupefactas a Hester. Los cinco lobatillos habían dejado de darse mamporrazos y se habían quedado inmóviles detrás de los enormes traseros de las señoras y no dejaban de deletrearme cosas como: «¿Y cómo haces para cagar?» y «¿Alguna vez te has tirado un pedo en la cara de alguien?». Me parecían niños completamente normales, y con esto quiero decir que me acojonaban.

Los niños te apedrean, te linchan, te sueltan a los perros. Esa ha sido mi experiencia con los niños, como ya os contaré luego.

Me limité a alzar la mirada hacia ellos para decirles:

—A vuestras madres se las follaron unas cabras. Por eso no podéis hablar ni oír como la gente normal.

Eso les calmó un poco. Retrocedieron un paso formando un pequeño grupo compacto, sin dejar de mirarme.

—... y esta es Alice Chalmers. —La señora más gorda, la que parecía estar más o menos a cargo, se estaba presentando a sí misma y a su amiga. Hester dijo que se llamaba Hester.

—Creo que lo mejor sería que... —Se puso a decir una de las señoras, pero me perdí la mayor parte de lo que dijo porque había oscurecido y no podía verle la boca.

Entramos y nos encontramos con un jefe scout delgaducho que estaba tratando de despertar el interés de quince fierecillas por los nudos. En lugar de hacer nudos se estaban atando unos a otros y el jefe scout, que no podía mantener su atención porque no le miraban, estaba plantado ante ellos con la cara pálida empapada de sudor, pretendiendo que lo tenía todo bajo control y que todo marchaba a pedir de boca. Le recordaba de la última vez que monté mi espectáculo en aquel lugar. Cara suave, como de chica, y manos nerviosas llenas de pánico. La vez anterior insistió en que le dejase medirme con una cinta métrica para adoctrinamiento de los scouts. «Solo para que sepan tus medidas», me dijo. Y le dejé hacerlo. A los chavales, por supuesto, les importaba una mierda lo que yo pudiera medir, pero él pareció disfrutar. La única forma de haber interesado a aquellos lobatos habría sido permitirles que me ahorcasen con la cinta métrica. No, ni se os ocurra hablarme de críos. Ya me los conozco.

El jefe scout nos vio —mejor dicho, me vio a mí— y dejó caer su cuerda. Se abalanzó sobre mí y se inclinó para mirarme a la cara. Tuve miedo de que me hiciera perder el equilibrio.

—... inmensamente agradecidos —estaba diciendo—. Estamos agradecidísimos y muy honrados.

Los lobatos estaban sentados en sillas plegables de metal. Había un podio frente a las sillas y tras el podio un escenario no muy alto, de no más de medio metro con cortinas a los lados. Hester y yo nos sentamos en la primera fila mientras las señoras y el señor Robert, el jefe scout de cuyo nombre me había olvidado hasta que se lo vi decir a una de las señoras, me presentaban. Bueno, más que presentarme lo que hicieron fue presentar su noción de hasta dónde podía llevarte el trabajo duro con un poco de aplicación y esfuerzo. A los críos, como siempre, se la sudaba y se pasaron casi todo el rato intentando amarrarse entre sí a las sillas con los trozos de cuerda. Como los niños eran demasiado pequeños para estar muy puestos en la lectura de labios, o por cualquier otra razón que desconozco, la señora más gorda me presentó primero (moviendo los labios en cámara lenta y de un modo exageradísimo, como si

se estuviese dirigiendo a una asamblea de disminuidos mentales) y luego el señor Robert lo repetía con las manos.

—Algunos no somos tan afortunados como otros, pero los que no lo somos tenemos que recordar que ser afortunado es una mera cuestión de fortuna y comprender que la única diferencia entre ser afortunado y ser desafortunado no es más que un *des*, y que jamás debemos desmoronarnos ni desmotivarnos por un simple prefijo.

Se calló, entrelazó las manos entre sus descomunales tetas y esperó a que las manos aterrorizadas del señor Robert intentasen transmitir lo mismo que ella les acababa de soltar a los niños que, de todas maneras, ni miraban. Después de que él lo hiciera lo mejor que pudo, la gorda añadió que todos nosotros teníamos una tara y que con el trabajo duro, la perseverancia y la creencia en Dios Todopoderoso, las taras podían transformarse en ventajas.

Pues bien, os pensaréis que me quedé sentado sin dar crédito o mosqueado por las gilipolleces que soltó aquella gorda, pero no fue así. Estaba más que acostumbrado a que la gente hiciese exactamente lo que ella hizo. Me tengo muy bien aprendido que para los gilipollas soy un pretexto viviente para hablar de lo maravilloso que es nacer con un agujero en el velo del paladar, sin piernas y, por encima de todo, de lo maravilloso que es perder la audición por haberte estampado la cabeza accidentalmente contra el puto suelo.

A mi lado, Hester alzó la mano y me dijo:

—Es una señora rara. Las dos son muy raras.

Yo le respondí:

—No son más que dos típicas señoronas cristianas y estadounidenses haciendo las buenas obras de la noche del domingo.

Finalmente las dos señoras y el señor Robert se volvieron hacia mí sonriendo como dementes y aplaudiendo como si no hubiese un mañana. Los niños seguían a lo suyo, entretenidos en las sillas con sus cuerdas. Ninguno aplaudió, ni siquiera cuando las señoras intentaron animarles a hacerlo, pero en cuanto me bajé de la silla y me alcé sobre mis manos, se quedaron sumidos en un hosco silencio y dejaron las cuerdas debajo de las sillas. Yo sabía de qué se trataba. Entre ellos se había corrido la voz de que había dicho que sus madres follaban con cabras. Aunque solo fuese por eso, me respetarían. Así son los niños.

En lugar de ir paso a paso me lancé de lleno a la parte más bestia. Con los niños no conviene joderla. Te lanzan cosas. Así que me tumbé de espaldas, me arqueé y, haciendo el puente, me sostuve solo sobre mi cabeza, sin manos. Es una rutina espectacular y bastante efectista. Solo se requiere un equilibrio perfecto. Los lobatos no aplaudieron, pero se pusieron más derechos y se deslizaron al borde de sus asientos. Sus caras luminosas, del revés y salvajes, inclinadas hacia mí desde sus sillas metálicas. Desvié la mirada hacia Hester. Parecía aburrida. (Por supuesto, ya me lo había visto hacer docenas de veces). El señor Robert, que había recuperado su

trozo de cuerda y se dedicaba a retorcerla sobre sus rodillas, miraba a los niños y saltaba a la vista lo contento que estaba por tener finalmente algo (yo) con lo que entretener a esas criaturitas tan lindas.

Tuve una infancia sin niños. Al me puso un profesor particular sordomudo que, además, era un fanático de las pesas y entrenaba en el Fireman's Gym. Me pasé meses enteros sin ver a un solo niño. El profesor trabajaba conmigo tres horas al día y, a cambio, Al le proporcionaba todas las vitaminas y suplementos alimenticios ricos en proteínas que quisiera, aparte de dejarle utilizar las instalaciones del gimnasio a su antojo, y también le decía al negro que le diese un masaje gratuito todos los miércoles y los sábados.

Más adelante, hará once años, cuando ya tenía cinco, seis o siete tacos, a Al se le desgarró un huevo y tuvo que ir al hospital. No quería dejarme solo con Pete, que por aquel entonces ya estaba tan sonado como ahora, así que cuando uno de los fanáticos de las pesas que frecuentaban el gimnasio (no el profesor, porque estaba soltero, era un hombre amargado y, de todas formas, odiaba a los niños) se ofreció a llevarme a su casa durante cuatro días porque tenía una familia numerosa, seis criaturas enormes, dos de ellas niñas, y uno más apenas se notaría, Al se lo agradeció y me mandó a padecer cuatro días que a punto estuvieron de acabar conmigo y de los que aún no me he recuperado. Sentí aquellos cuatro días en la parte posterior del cráneo al ver al revés a aquellos putos lobatos que solo se quedarían satisfechos si les dejaban llevarme al cuarto de atrás para torturarme. Aunque no lo habrían llamado tortura, sino juego.

Cuando a Al se le hernió el huevo, el fanático de las pesas que me llevó a su casa era un tipo, como suele decirse, normal, con niños, como suele decirse, normales. Me refiero a que tenían todo en su sitio, lenguas, tímpanos, piernas y todo lo demás. Ese «todo lo demás» fue lo que estuvo a punto de matarme.

Veréis, ellos podían hablar y yo no. Y su padre era incapaz de leer los labios, las manos o lo que fuese. Os podéis imaginar lo que ocurrió. Sabéis perfectamente lo que ocurrió. No tengo ni que contarle, ¿verdad? Jugaron conmigo.

—¿Qué está tratando de decir esta cosita? —preguntó el padre, después de que me las ingeniase para arrastrarme por el pasillo hasta el salón—. ¿Qué intentas decir, pequeñín?

—Quiere seguir jugando un poquito más —dijo una de sus dos hijas, muñecas gruesas y cabeza en forma de bala, persiguiéndome por el pasillo.

Recordad que en aquella época podía oír. No podía hablar porque el agujero en el paladar era de nacimiento. Pero en aquella época aún no había perdido el oído a causa del trastazo que me metí entre las sillas. Así que hice lo que habría hecho cualquiera. Alcé la mirada hacia el padre de la niña, me puse a sacudir la cabeza y traté, muy lentamente, de comunicarle con las manos que sus hijos me estaban matando.

—La cosita está sacudiendo la cabeza —dijo. Llamó a su mujer para que viniera desde la otra habitación—. Mira como menea la cabeza esta cosita.

—¿Qué querrá? —preguntó su mujer.

—Ni idea —respondió el hombre.

—Quiere jugar en el cuarto de atrás —dijo su horrible hija.

—Exacto. Quiere jugar —dijo el niño mayor y más despiadado, que acababa de salir de la cámara de tortura para unirse a su hermana.

Me agarraron de las piernas, que en aquellos tiempos eran como dos cuerdas, y me arrastraron de vuelta al dormitorio. Los otros cuatro niños me esperaban dentro. Por aquel entonces los antebrazos ya me medían sus buenos treinta y cinco centímetros de circunferencia, pero ellos eran seis y yo solo uno, así que lo único que pude hacer fue quedarme tendido boca arriba y ver qué era lo siguiente que me tenían preparado.

—No volváis a dejarle escapar —dijo una de las chicas.

—Puede arrastrarse por la alfombra más rápido de lo que os pensáis —dijo su hermano.

—Lo increíble —dijo el niño más pequeño en edad y tamaño— es que se le puedan clavar alfileres y ni siquiera grite.

—Vamos a divertirnos de lo lindo con esta cosita —dijo una de las niñas—. Desnudadle.

Y eso hicieron. Y lo único que yo pude hacer fue intentar decirle luego a su padre que sus hijos me estaban matando. En la mesa a la hora de la cena o cuando vino a darnos el beso de buenas noches (para mí las noches eran peores que los días). Me ponía a agitar la cabeza y hacía todo lo posible por transmitir con mis dedos algo que él pudiera entender. Y él les decía a sus hijos: «Esta noche, cuando apaguéis la luz, dad gracias a Dios, arrodillaos y dad gracias a Dios por ser seres humanos normales».

Cuando apagaron la luz, intentaron matarme.

Al final los scouts se pusieron a aplaudir y a golpear las sillas metálicas con los puños. Me gané hasta el último dólar. Dos cosas a propósito de mí: no soy un amargado y no engaño a nadie. Si me pagan para entretener a un público, por mis huevos que los entretendré aunque me reviente una tripa. Siempre dispuesto a tomar riesgos, si es necesario. Me refiero a un riesgo real que el público sepa que no forma parte del número.

Estaba en equilibrio sobre una sola mano en lo alto del asta de la bandera. Eso fue lo que hizo que los scouts rompieran a aplaudir y a aporrear las sillas. El asta de la bandera era una de esas gangas portátiles de dos metros cincuenta con una pequeña base redonda que podías colocar en cualquier parte. Aunque hay que decir que la base era inestable y el asta demasiado endeble para soportar cuarenta kilos. Al fin y al cabo, no estaba hecha para soportar nada más pesado que una bandera. Ahora el asta nos estaba aguantando a mí y a la bandera, y oscilaba y temblaba sobre su base insegura mientras yo me aferraba a la cabeza de águila que formaba una especie de

capuchón metálico por encima de la bandera.

Seguía sosteniéndome sobre una sola mano cuando me di cuenta de que las señoras estaban hablando de mí. No se me da bien leer bocas invertidas, pero alguna palabra suelta pillo de vez en cuando, sobre todo si se trata de mi nombre. Vi cómo se formaban las palabras «Marvin Molar» en el orondo mentón de la señora de la liga sufragista y, a continuación, vi cómo emergía su corta lengua, rosada y babeante, para lamer el lugar del que habían surgido aquellas palabras y, como por arte de magia (como si las palabras hubiesen recorrido flotando el corto espacio que separaba sus caretos y se hubiesen estampado en su destino) «Marvin» y «Molar» se formaron también en el mentón de su amiga. Dejé de sostenerme en vertical sobre una sola mano y extendí el cuerpo paralelo al suelo (la cadera apoyada en el codo) para poder ver bien lo que estaban diciendo. Di con la zona más endeble del asta y la doblé deliberadamente hasta casi partirla. Los lobatos se volvieron locos, pero el señor Robert no parecía muy convencido. Creo que no consideraba muy patriótico eso de hacer equilibrios sobre el asta de la bandera.

—Vaya, se ha subido como un chimpancé —dijo una de ellas.

Ah, señora, ¿a que sí? Cómo me gustaría tenerla aquí arriba del revés con su enorme culo en pompa, a dos metros cincuenta del cemento.

—Es que es un chimpancé —dijo la otra señora—. Tiene sangre simiesca, seguro.

Tengo el culo púrpura como el de un babuino. Me siento sobre dos puntos de mis nalgas del tamaño aproximado de unas monedas de cincuenta centavos. Lo único que se precisa es un equilibrio perfecto.

—¿Crees que podrá hacerlo? —preguntó una de las señoras.

Su amiga me miró y dijo:

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

—Seguro que puede.

—¿Te refieres con la chica?

—Por supuesto que me refiero con la chica.

—No es su hermana, eso seguro.

—Oh, sí que puede. Ni lo dudes. Mi cuñado tuvo un accidente de coche, se quedó parálítico de las piernas y puede hacerlo.

—Siempre me lo he preguntado.

Permanecieron un momento en silencio antes de girarse al mismo tiempo, como si les hubiesen dado una señal, para mirar a Hester. Hester les dirigió sus ojos aburridos. Sonrieron. Una le hizo un guiño. Hester no sonrió. Las dos señoras volvieron a fijar su mirada en mí y dijeron: «¡Dios mío, vaya pedazo de bicho raro!».

—Me pregunto qué hace una chica normal como ella con eso.

Al final volqué el mástil. Me balanceé adelante y atrás, adelante y atrás, cada vez más cerca del suelo (todo en cámara lenta, muy muy lenta), hasta que me resultó poco menos que imposible el balanceo de vuelta y no me quedó más remedio que acompañar la caída. La única razón que me impidió volcar del todo fue la puta

bandera que colgaba en lo alto, porque sabía que los scouts, como cualquiera, pondrían el grito en el cielo si me ponía a arrastrar la bandera nacional por el suelo. Ya había salido despedido de mástiles mucho más altos, lo hacía parecer un accidente para que el público se cagara vivo, y luego, en el último momento, aterrizaba en equilibrio sobre las manos. Pero esta vez fue un accidente de verdad porque no estaba prestando atención. Fue como si no estuviese efectuando algo muy complicado y lo que dijo la señora: «Me pregunto qué hace una chica normal como ella con eso», me atravesó el cráneo como una chincheta.

Salí disparado del mástil cuando me hallaba solo a mitad de un balanceo, aterricé en el suelo con una doble voltereta, me alcé sobre las manos y capturé el mástil con la raja del culo a su regreso. Salvé la bandera nacional y con ello logré que todo el mundo se pusiera en pie. Todos menos Hester. Mientras los demás batían palmas, Hester reprimió un bostezo.

Lo que me hizo perder el control del mástil fue la cuestión planteada por la señora a propósito de Hester. Porque ni yo sabía qué hacía Hester conmigo. No exactamente. Es cierto que soy especial. Quiero decir que si estás conmigo, nadie te va a hacer sombra. Serás lo que mire todo el mundo. Si estás conmigo, también tú serás especial. Pero para la mayoría de las mujeres, eso no basta. Si bastase no me resultaría tan difícil echar un polvo. Así que como ya digo, no tenía ni idea de qué hacía exactamente Hester conmigo, y nunca traté de averiguarlo porque sé por experiencia que es mejor no tratar ciertas cuestiones, a no ser que quieras hurgar demasiado y acabar pagando el precio.

Pero en lo alto del mástil yo sí supe de repente lo que estaba haciendo con ella. No qué estaba haciendo ella conmigo, sino yo con ella. Fue como si esa certeza hubiese estado en el fondo de mi mente tratando de abrirse paso durante semanas. En su cama, dos horas antes, se me habían quitado las ganas de seguir empecinado en no pagar el precio y comprendí que estaba más que dispuesto a pagar lo que fuera si no me quedaba otra. Y fue en lo alto de aquel mástil cuando entendí que, en efecto, iba a tener que hacerlo. Y lo iba a tener que hacer porque sobre mí pesaba la maldición gitana. *¡Que encuentres un coño a tu medida!*^[1]. Todavía me acuerdo y soy capaz de soltarlo, aunque no sea un puto hispano ni lo haya sido nunca. *¡Que encuentres un coño a tu medida!*, era lo que siempre decía Fernando cuando echábamos un pulso y le estampaba la muñeca contra la mesa. *¡Que encuentres un coño a tu medida!*

Y joder, que si lo encontré. Vaya si lo encontré.

Recorté mi actuación y me quedé en mitad de un pequeño charco de sudor al pie del podio. Pude percibir los gritos de regocijo de los lobatos y el aporreo de las sillas contra el cemento bajo mi cabeza.

4

Estábamos sentados bajo una farola en la calle desierta al lado del Fireman's Gym. Hester se agachó un poco en el asiento para echar un vistazo a la puerta oscura que daba a las escaleras.

—Así que es esto, ¿eh? —dijo.

Sabía condenadamente bien que lo era. Habíamos estado sentados bajo aquella misma farola docenas de veces, besándonos y metiéndonos mano hasta que a ella se le empapaban las bragas y yo me ponía a morder la tapicería del coche. Ella siempre se quedaba ahí sentada, revolucionando el motor del Volvo, hasta que yo cruzaba la puerta. Pero sabía lo que se me venía encima. Sabía muy bien lo que se me venía encima.

—No pienso volver —dijo ella, inclinándose hacia la luz que se derramaba a través del parabrisas para que pudiésemos hablar.

Extendí las manos hacia la luz, observé las sombras que formaban y dije:

—Lo sé.

Eso fue lo primero que me dijo al salir del sótano de la iglesia.

—¿Y a dónde vas a ir? —le pregunté.

Ella me sostuvo la mirada durante un buen rato.

—Lo sabes de sobra —me respondió.

Ya veis, cuando os pillan con estas cosas ya no hay manera de salir. Yo no quería hablar del asunto, pero no me quedó más remedio.

—¿Al barco esponjero? —pregunté.

—Si eso es lo que quieres... —dijo ella.

—No es lo que quiero —le respondí.

—Entonces ya sabes dónde —dijo ella, arrancó el Volvo y atravesamos la ciudad a toda velocidad para acabar sentados bajo aquella farola durante casi una hora mirando el oscuro portal que daba a las escaleras del Fireman's Gym.

Llevé la mano a la luz y dije:

—*Que encuentres un coño a tu medida.*

—¿Perdona? —dijo ella.

Volví a decirlo.

—Eso no tiene ningún sentido —dijo ella.

—Es la maldición gitana.

—¿A ver? Repítelo.

Se lo repetí y luego dije:

—Es español.

—No sabía que hablastes español —dijo ella.

—Y no lo hablo —dije—, pero eso me lo sé porque es lo que tengo. La maldición gitana. Y por eso puedo decirlo.

—Joder, ¿la tienes? ¿Es una enfermedad?

—Algo parecido. Pero no es contagioso. No te lo voy a pegar.

—Dios santo —dijo ella—. Con esos hispanos puedes pillar la peor mierda del mundo. Yo me follaba a uno de Ybor City.

—Ojalá no hablastes de esas cosas —dije—. Además, no me lo ha pegado un puto hispano.

—Escúchame, ¿te encuentras bien? No tienes muy buena cara.

Me sentía como el culo, y así se lo dije.

—Ha sido por esa señora —diagnosticó ella—. No sé qué le dio. Quizá fue al verte atrapar la bandera con el culo. O lo mismo ha sido por mi culpa. No estuve muy amable.

—Puede ser —dije.

Hester se acercó a tiempo para oír a la señora decir: «¡Bicho raro! ¡Bicharraco asqueroso!».

En cuanto conseguimos que los lobatos se calmasen y hube recuperado el aliento, las dos señoras se acercaron a hablar conmigo. Hester estaba al otro lado del podio hablando con el señor Robert.

—Ha sido extraordinario —dijo la más gorda—. Sencillamente extraordinario.

Yo reposaba sobre mi trasero de roca detrás del podio y ellas se me plantaron una a cada lado, sin quitarme los ojos de encima. Asentí.

—Fascinante —dijo la otra—, realmente fascinante.

Asentí. Y os aseguro que no lo habría hecho si hubiesen cerrado el pico y me hubiesen dejado en paz. No ganaba nada haciéndolo. Y, por naturaleza, ya os he dicho que no soy un tipo amargado.

—Es usted un artista, un auténtico artista.

Eso fue lo que lo provocó. Sí, soy un artista. Pero no había que ser muy inteligente para saber que ella no lo pensaba ni de broma. No soy idiota.

Levanté la mano y deletreé muy despacito: «G...r...a...c... i...a...s».

—¡Mira! —chilló una de las señoras—. Nos está hablando. Nos...

—¡Nos lo deletrea! —gritó la otra—. ¡Nos lo deletrea!

Lo fueron descifrando juntas según iba formando las letras con los dedos. Tuve que repetir la «r» dos veces y la «i» cuatro. Les hizo sentir tan bien que se ruborizaron.

—Oh, de nada —dijo la gorda—. No hay por qué darlas.

Ahora lo que tenéis que entender es que esa señora estiraba mucho la boca al pronunciar cada palabra, como si estuviese escupiendo piedras. Llevaban hablándome así desde que acabó la actuación. Y no pensaban que fuese un artista. Ni siquiera pensaban que fuese brillante. Pensaban que era imbécil.

La más flaca, la que debía rondar solo los cien kilos, se inclinó detrás del podio hasta casi tocarme y me dijo:

—En cuanto supimos que iba usted a venir salimos a comprar un librito para

aprender a hablar con las manos. Hemos estado practicando sin parar, ¿verdad que sí, Mildred? A mí me sale más rápido que a ella. —Frunció los labios y el entrecejo en un gesto de honda concentración—. Atento.

Levantó su mano mullida y sus gruesos dedos anillados dijeron: «Él lorp somp por akk, ikkto por delante y».

Le sonreí y asentí. Acto seguido, alcé un dedo y lo moví.

—Va a hablar otra vez —dijo la señora gorda—. ¡Va a decir otra cosa!

Pero antes de que me diese tiempo a empezar, la otra señora se agachó y dijo:

—Sabía que sería de gran ayuda si comprábamos el libro y aprendíamos tu lengua... Leen-guu-aa. Cuando Frank, Frank es mi marido, cuando Frank y yo viajamos por ahí nos damos cuenta de que caemos mejor a los nativos si nos molestamos en aprender su leen-guu-aa.

«Joder, pensé, voy a tener que matarlas». Cualquier otra cosa podría no ser suficiente. Pero aun así alcé la mano. Ellas agacharon un poco sus inmensos cuerpos encorsetados delante de mis dedos. Formé las palabras muy, muy lentamente, y solo tuve que repetir siete letras.

—S...o...y...p...e...r...f...e...c...t...a...m...e...n...t...e... c...a...p...a...z...
d...e...f...o...l...l...a...r...m...e...v...u... e...s...t...r...o...s...c...u...l...a...z...
o...s.

Permanecieron agachadas delante de mis dedos, atentas y sin expresión en la cara. Alrededor de la nariz estaban pálidas y casi podía oírlas pensar. Fueron deletreando la frase, palabra por palabra, hasta el final, sin dejar de sonreír hasta llegar a tres pasos de la última letra. Entonces se les congeló la sonrisa y se quedaron agachadas preguntándose: «¿Acabamos de...? ¿Acaba de decir lo que...?». Me encantó. Fue mejor que matarlas.

Justo en ese momento se acercó Hester y escuchó a la más gorda, aún en cuclillas delante de mi mano alzada como una página en blanco, decir: «¡Bicho raro! ¡Bicharraco asqueroso!».

—Podemos pasarnos toda la noche aquí sentados —dijo Hester.

Se estiró para volver a mirar la puerta oscura por la que se subía al gimnasio.

—Lo mismo tú sí —dije—. Yo estoy muerto. Quiero meterme en la cama.

Me agarró la polla con la mano.

—Yo también quiero meterme en la cama —dijo ella.

—¿Podrías tratar de ser un poco más razonable? —dije.

Apartó la mano.

—Claro —dijo—. Seré razonable. Si eso es lo que quieres, es lo que quieres.

—Joder —dije yo—. Eres incapaz de entenderlo, ¿verdad?

—Lo entiendo perfectamente —dijo ella. Había acercado la mano a la luz para hablar pero se negaba a mirarme.

—De acuerdo —dije.

—Buenas noches —me dijo—. Que duermas bien. —Seguía sin dirigirme la

mirada.

Abrí la puerta y bajé a la acera. Me dirigí al gimnasio a toda prisa, intentando no darle más vueltas al asunto. Pero sabía que, a mis espaldas, ella estaría metiéndole revoluciones al motor del Volvo. Miré hacia atrás una vez y vi los pequeños chorros de humo azul que salían por el tubo de escape. No pude distinguir si me estaba mirando o no. Cuando llegué a la puerta que daba a las escaleras del Fireman's Gym, me llegó a la nariz un tufo a aceite de oliva. Sentí el balanceo del barco y su mano, esa misma mano que me había agarrado hace un momento, agarrándole a él. Aristóteles Parsus.

A veces el mundo es una puta losa. Joder que sí.

Hester tuvo que verme regresar por la acera porque en cuanto estuve junto al coche se abrió la puerta. Me senté en el bordillo bajo la farola y la miré.

—No va a salir bien —dije.

Ella me sonrió, me mostró su lengua.

—Mi precioso —dijo ella—. Mi rey.

—No se me ocurre otra manera de hacerlo que hacerlo y punto —dije.

—¿Perdón?

—Duermen como troncos —dije—. Si quieres subir conmigo, vamos.

Todo era imprevisible. No tenía ni idea de cómo reaccionaría Al. Creía saber lo que diría. Deseé haber intentado hablar con él antes sobre el tema, pero no lo hice. Y ya está. A verlas venir.

—¿Estás seguro de que es lo que quieres? —dijo ella, ya fuera del coche.

—Seguro —dije yo. Si la alternativa era esto o el barco esponjero, estaba más que seguro.

Cerró el coche y recorrimos juntos la acera. Todas las luces del gimnasio estaban apagadas. Al se retiraba a dormir en cuanto cerraba el gimnasio, todas las noches a las diez, salvo el domingo. Los domingos no abría, así que podía irse a la cama tan pronto como quisiera. Que por lo general era a las seis y media. Al afirma que el sueño fortalece. Le gusta dormir un mínimo de diez horas por noche. Y como con todo lo demás, Leroy y el negro le siguen los pasos. Si él se tumba, ellos se tumban. Y los tres se ponen a dormir como perros. Una lesión cerebral hace que duermas como un perro. Siempre me he preguntado cuánto daño le causó el Hudson Hornet a Al cuando le arrolló la cabeza. Creo que fue mucho peor de lo que él se piensa. Puede que sea por eso por lo que habla así. Aunque puede que no.

Cuando llegamos a las escaleras Hester me puso la mano en el culo porque era imposible distinguir algo en aquella oscuridad. La guié por el rellano hasta el interior del gimnasio. La luz que se colaba desde la farola recortaba contra las ventanas las siluetas oscuras de los bancos, las mancuernas y las poleas. Ahora ella podía ver, pero no despegó la mano de mi culo. Sentí el temor en su mano. Se detuvo a mirar las fotos enmarcadas de Al, que parecían desvaídas contra la pared, los aros que colgaban del techo oscuro como nudos corredizos y, finalmente, la parte posterior del

gimnasio donde la puerta no era más que un rectángulo un poco más oscuro en la pared. Ella nunca había subido hasta allí, y yo tenía la certeza de que ninguna mujer había pisado antes aquel suelo.

Su mano se acalabró en mi culo cuando nos encaminamos hacia la puerta del fondo. La conduje a mi cama, pegada a la pared posterior de la cocina. Tropezó con la mesa al pasar y noté que se ponía rígida. Pero no tenía por qué preocuparse, al menos no esa noche, porque para despertar a Al tendrías que golpearle en la cabeza con una pala. A la mañana siguiente ya sería otro cantar.

Me desembaracé de mi ropa y me subí a la cama. Ella se introdujo bajo las sábanas y me envolvió con su cuerpo. Estampó su hermosa boca contra la mía. Sus manos me encontraron y se pusieron a maniobrar como si estuviese cortando leña. Pero al momento se echó hacia atrás, me agarró una mano y la posó en sus labios. Sentí que sus labios se movían formando palabras. Pero no pillé ni una. Nada. Pero retuvo mis dedos, imposible zafarse, y continuó hablando. Así que extendí el brazo libre hacia la estantería de los libros hasta dar con mi linterna. La encendí y enfoqué su boca. Bajo la luz amarillenta, su lengua me provocaba escalofríos.

—¿No tenéis sauna? —preguntó ella.

Volví el foco de la linterna hacia mi mano.

—Sí —dije.

—¿Y mesas de masaje? —preguntó.

—Nos damos masajes, sí —le dije.

Mantuve el foco de luz entre su boca y mi mano.

—¿Quién los da?

—Nos vamos turnando. Todos hacemos de todo cuando se necesita.

—Como una familia feliz —dijo ella.

Os pensaréis que con la lectura de labios no se percibe el sarcasmo. Pues sí. Se detecta mucho mejor de lo que os creéis.

—No —dije—. Yo no diría tanto.

—¿Dónde están? —preguntó.

—Ahí atrás hay una puerta —le dije—. No la ves, pero está ahí. Hay un cuarto y duermen ahí.

Antes me había parecido temerosa, ya no. Lo mismo no había sido miedo, sino excitación. Al acostarse se había cubierto hasta arriba con las sábanas, pero con la linterna vi que estiraba el cuello y giraba la cabeza para escudriñar la oscuridad. Daba la impresión de que lo que en realidad se disponía a hacer era levantarse, encender la luz y ponerse a examinarlo todo, a tocarlo todo, a darle la vuelta a todo para ver si había algo escrito debajo.

Se movió. Le enfoqué la boca con la linterna.

—Me gustaría levantarme ahora mismo y darme un buen baño de vapor.

—Joder, pues no puedes —le dije.

—¿Por qué no? —Su cara se contrajo como un puño.

—Porque podríamos despertar a Al.

—Antes dijiste que dormía como un tronco.

—Ya sé lo que dije. Aun así podríamos despertarle.

—¿Le tienes miedo?

No tenía ni idea de qué cojones estábamos hablando. Pero sí. La había llevado a un sitio en el que no se le había perdido nada y las cosas estaban a punto de irse a la mierda de manera instantánea e irreversible. Lo que tenía que haber hecho era apartar las sábanas, amarrarme las piernas y llevarla de vuelta al coche. Pero no. En lugar de eso, le planté la mano en el muslo.

—No entiendo por qué no puedes ser razonable —le dije—. Para Al estamos a mitad de la puta noche y...

—Oh, claro que puedo ser razonable —dijo ella—. Tan razonable como el que más.

Ella retiró su mano y rodó hacia su lado. Yo me quedé tendido boca arriba con las manos en la nuca, mirando el techo.

Antes de dormirse alzó la mano hacia la estantería donde me había visto dejar la linterna. Se dirigió la luz a la boca y dijo:

—No tienes por qué tenerle miedo, y lo sabes. Puede que Al te necesite. Pero tú no le necesitas a él. Para nada.

Entonces, antes de que me diera tiempo a responderle, apagó la linterna. Y no la volvió a dejar donde estaba para que yo no pudiera hacerme con ella. La guardó en su lado y se quedó roque. Si me la hubiese pasado la habría encendido y le habría contado lo que me pasó la vez que pensé que no necesitaba a Al.

Acabé como un retrasado mental. Como una puta marioneta. Sentado en las rodillas de un tipo. Fue jodido. Muy jodido. Era un ventrílocuo, un tipo enorme, de más de dos metros, salía al escenario llevándome bajo el brazo, tomaba asiento y me plantaba en su regazo. Yo dejaba la cabeza bamboleante, con los brazos sueltos y fuera de control, hasta que él me introducía la mano por detrás de la chaqueta y yo enderezaba el cuello y me ponía a parpadear. Joder, fue horrible. Pero era lo único que podía hacer. Cuando ya no aguanté más acabé impulsándome por las calles en una caja con ruedas de patines, con las manos envueltas en trapos. Me pasaba todo el día sentado en una esquina vendiendo cosas, al principio manzanas, luego lápices.

Y a ver cómo os lo digo... me quedé sin brazos. Sin Al a cargo de mi entrenamiento y sin el gimnasio donde me crié, mis brazos se desinflaron. Pasaron de cincuenta centímetros a algo menos de cuarenta. Podía seguir caminando sobre las manos, pero ya no podía montar mi número. Comía mal. No podía hablar con empresarios ni con representantes. Y aún peor, lo peor de todo: nadie me quería.

¿Lo entendéis? Nadie me quería. Es fácil pensar que yo no quisiera a Al. Pero le quería. Sabía que era un viejo raro y que olía a cabra. Pero como mis piernas, no tenía otra cosa. Y del mismo modo que no podía cortarme las piernas porque, después de todo, sin importar lo jodidas que fuesen, seguían siendo mis piernas, no podía dejar a

Al porque era lo único que había tenido en la vida.

Claro que no siempre fui consciente de eso. Lo entendí por las malas. Pensé que si dejaba el gimnasio, podría salir al exterior y conquistar el mundo. Pues muy bien, dejé el gimnasio pero no conquiste una mierda. Me maté de hambre. Soy uno de los mejores equilibristas sobre manos del mundo. Lo sé. Y todos los agentes del mundo del espectáculo que me han visto trabajar lo saben. Pero aun así me maté de hambre.

Soy demasiado grotesco, esa es la explicación que me daban. El programa de variedades de Ed Sullivan del domingo por la noche se seguía emitiendo en aquel entonces. Me presenté a un casting y no me cogieron. Ed dijo que lo mío funcionaría mejor en espacios reducidos. Dijo que yo le parecía genial pero que la televisión magnificaba las cosas malas.

—¿Qué cosas malas? —le pregunté al agente que me había conseguido la prueba.

—En lugar de verte hacer equilibrio sobre un dedo, lo que ven es a un tipo con las piernas amarradas al culo —me dijo—. Ven a un hombre con una talla anormal de cabeza.

Mi cabeza es excesivamente grande y tirando a cuadrada. Esa es una de las razones por las que puedo sostenerme con ella sin manos, por arriba mi cabeza es como una caja. Por el pelo no se nota pero si la tocas con la mano verás que es plana. Así que aquel agente me llevó a Nueva York, hice pruebas para Ed, para Johnny Carson y para dos o tres programas más de poca monta, pero ninguno me quiso porque me consideraban demasiado grotesco para triunfar. Fue el propio agente el que me lo soltó recurriendo a esas mismas palabras.

—Eres demasiado grotesco para triunfar —me gritó. Había corrido con los gastos de los dos billetes a Nueva York, con las dietas y con todo lo demás, así que entendía su cabreo.

Tumbado en la cama me puse a pensar en todo eso. Acaricié las magníficas posaderas de Hester. Yo era quien era y nada podía cambiarlo. Pero aun así sentía que al llevar a Hester al gimnasio estaba intentando cambiar algo que no podía cambiarse. Pero no tenía ni idea de qué era lo que pretendía cambiar.

Bueno, Fernando siempre decía que la maldición gitana te llevaba a hacer cosas extrañas.

—Encuentra un coño a tu medida y ya jamás volverás a ser el mismo —decía—. Jamás hallarás la paz. Ya verás, lo mismo dará que te humille. Lo mismo dará que te mienta, te hiera, te escupa en la cara o se folle a otros hombres. Lo único que querrás saber es: ¿Volverás conmigo? ¿Me dejarás probar otra vez ese fantástico coño? Probar de nuevo ese coño hecho a tu medida será lo único que te quitará el sueño. Arruinarás a tu familia, te arruinarás a ti mismo, nada te importará.

Yo le estampaba la muñeca contra la mesa y Fernando gritaba salpicándome con el sudor de sus labios:

—*¡Que encuentres un coño a tu medida!*

Esa noche tuve un sueño que no había tenido hasta entonces. Repetido una y otra

vez. Veía una calle vacía. Bien entrada la noche. Un hombre y una mujer daban la vuelta a la esquina y enfilaban la calle. Iban bien vestidos y se notaba que eran buena gente. Gente decente. De los que si atropellan a un perro se paran y lo llevan a un veterinario. El hombre me llevaba en brazos. Yo iba envuelto en una manta muy agradable, muy suave y muy calentita. Mientras andaban, la señora, al menos en un par de ocasiones, se acercaba y me arropaba tirando de la manta hasta mi barbilla. La parte superior de mi cráneo cuadrado quedaba perfectamente a la vista, pegada al hombro del señor, y yo estaba dormido. Lentamente y sin la menor muestra de incomodidad llegaban a la puerta que daba a las escaleras del Fireman's Gym.

—¿Y aquí qué tal? —decía la señora.

Yo estaba dormido, pero podía oírles.

—Tan bien como en cualquier otro sitio —decía el hombre.

Sus voces eran amables e inteligentes. No eran retrasados mentales. Yo abría los ojos y les miraba. Sonreían bondadosamente y la mujer sujetaba la nota a mi manta. Yo me daba cuenta por primera vez de que iba metido en una especie de funda portátil de plástico.

—¿Vamos a dejarlo sin más en las escaleras? —preguntaba el hombre.

—Creo que con eso bastará —decía la señora—. Más que suficiente.

Me depositaban en el primer escalón. Yo abría la boca para decirles que esa no era manera de tratar a un bebé. Como no salía nada por mis labios, sacaba las manos de debajo de la manta, pero eran manos de bebé, blandas, analfabetas, mudas. Se giraban sin decir nada y volvían sobre sus pasos por la calle. A medio camino de la esquina, me desembarazaba a patadas de la manta y me ponía de pie en la funda portátil de plástico. Yo claramente debía tener al menos tres años y mis piernas eran gruesas, con hoyuelos, y fuertes. Me ponía a correr por la calle para alcanzarles. Ellos se volvían y me veían correr. Los dos sonreían y el hombre se arrodillaba y abría los brazos mientras yo corría hacia ellos.

—¡Puede andar! —exclamaba la señora.

—Sus piernas están bien —decía el hombre.

—Pues tendrá que venirse con nosotros —decía la señora—. Se viene.

Dábamos juntos la vuelta a la esquina y la calle quedaba vacía. Inmediatamente aparecían por la esquina un hombre y una mujer, el hombre me llevaba en la funda portátil de plástico, envuelto en una manta, y todo el lamentable sueño volvía a comenzar.

Me desperté exhausto, con la sensación de haberme pasado toda la noche caminando sobre unas piernas que no tenía. Pete se hallaba al pie de la cama con el chándal que utilizaba como pijama. Miraba a Hester, su pelo oscuro extendido sobre la almohada, la boca ligeramente abierta, probablemente roncando. El rostro de Pete no transmitía nada, ni la más leve expresión, me di cuenta de que pensaba que estaba soñando.

—Un momento ves una cosa —dijo—. Y luego viene otro momento y ves otra.

Nos dio la espalda y se quedó inmóvil durante cerca de dos minutos. Luego se giró y volvió a fijar la mirada en Hester.

Dijo:

—Marvin Molar, uno de nosotros tiene un serio problema.

Hester abrió los ojos y le miró.

—Me llamo Hester —dijo.

—Vas a ser tú —dijo Pete, se dio la vuelta y regresó al cuarto donde dormía con Al y Leroy.

—¿Quién era ese? —preguntó Hester.

—Pete —dije yo.

—¿Qué quería decir con eso de «Vas a ser tú»?

—Cree que tengo un serio problema.

—Oh —dijo ella—. No te preocupes. Sabes que no tienes de que preocuparte, ¿verdad?

—Nada me haría más feliz que saberlo.

—Bueno, ya se verá —dijo ella.

Y lo que ya se vio fue a Leroy entrando por la puerta seguido de Pete. El pelo enmarañado color maíz como la cresta de un gallo. El borde de los ojos aún legañosos. Se detuvo al pie de la cama mirando a Hester, acto seguido se dio media vuelta y desanduvo sus pasos con Pete siempre detrás. Llevaba un viejo albornoz que le había regalado Al. Había cosido las palabras *BATTLING KID LEROY* en la espalda y como lo de coser se le daba aún peor que lo de boxear, las palabras se escurrían hacia abajo en un ángulo de cuarenta y cinco grados.

—No me lo digas. Ese era Battling Kid Leroy —dijo ella mofándose.

El pequeño acceso de cólera que me entró al ver que se estaba riendo de Leroy me pilló por sorpresa.

—Se llama Leroy —dije—. Es de Georgia y tiene daños cerebrales. No está bien que te burles de él.

—No me estaba burlando de él —dijo ella.

—Vale —dije yo.

—¿A quién le toca ahora? —dijo ella—. ¿Al será el siguiente?

Al apareció por la puerta. Pete y Leroy detrás, asomándose por encima de sus hombros.

—¿Es esta? —preguntó Al.

—Esta es Hester —dije yo—. Hester, te presento a Al Molarski.

No tenía ni idea de qué iba a suceder. Se me revolvió un poco la tripa.

Al levantó la mano e indagó con un dedo en su oreja deforme. Hester y yo nos habíamos subido la manta hasta el cuello. Por debajo yo tenía la mano sobre sus muslos y trataba de convencerme a mí mismo de que no había otra manera de encarar la situación.

—Al no permite que entrenen mujeres en el Fireman's Gym.

—Eso está muy bien, Al —dijo Hester con la misma calma con que se hubiese dirigido a un crío—. Yo no he venido a entrenar.

Las mejillas de Al se oscurecieron. Se le agudizaron las arrugas de la cara.

—Al... Al... —dijo, pero no tenía ni idea de qué quería decir.

—Tenía que acabar sucediendo tarde o temprano —dije yo.

—Al no permite nada de esto aquí —dijo.

Yo era muy consciente de que él no sabía qué cojones quería decir con eso, yo, por mi parte, tampoco.

—Yo me llamo Leroy —dijo Leroy.

—Ya —dijo Hester.

—Y el negro Pete —dijo.

—Me lo dijo Marvin —dijo ella.

—Me imagino que entiendes los dedos —dijo Leroy.

—Sí —dijo ella.

—El negro está un poco chalado —dijo Leroy.

—Bueno, nadie es perfecto —dijo Hester.

—Leroy —dijo Al.

—¿Qué? —dijo Leroy.

—Cállate —dijo Al.

—No la tomes con él —dijo Hester.

—Al la toma con quien le da la gana —dijo.

Noté que Hester se tensaba un poco por debajo de las sábanas.

—Bueno —dijo ella—, ¿y qué tal si salís de aquí para que pueda vestirme?

—¿Cómo dices? —dijo Al dirigiendo la mirada hacia los estantes de libros que quedaban por encima de nuestras cabezas.

—Querría que los tres salieseis de aquí. Soy una dama y me gustaría vestirme.

—Al no es ningún caballero —dijo.

Hester le lanzó una mirada que le congeló las pelotas.

—Por mí perfecto —dijo—. Solo bromeaba con lo de ser una dama.

Al se giró y salió atropelladamente de la habitación con Leroy y Pete pegados a sus talones. Entonces ocurrió algo extraño. Leroy se detuvo en la puerta, miró por encima del hombro y le hizo un guiño a Hester. Hester, que ya tenía medio cuerpo fuera de la cama le devolvió el guiño. Mientras se vestía no dejaba de mirar a su alrededor, se fijaba en todo, leyó algunos títulos de las estanterías, se puso a mirar las fotografías de Al posando en traje de baño y en mallas de lucha en buques de guerra. Finalmente, me miró. Yo seguía tendido en la cama con los ojos clavados en sus increíbles piernas que ahora habían desaparecido tras la cremallera de sus vaqueros ajustados.

—¿Duermes en la cocina? —me preguntó.

Estaba mirando la cocina de cuatro fogones situada en el rincón más apartado.

—Bueno, ahí es donde cocinamos.

—Si ahí es donde cocináis —dijo ella—, quiere decir que duermes en la cocina.

—No es que tengamos mucho sitio por aquí —dije yo—. Esto no es el Ritz.

—Estará bien en cuanto hagamos un par de cambios —dijo ella.

—Aquí no puedes cambiar nada —le dije.

Ella me lanzó una de sus miradas mientras se ponía el jersey. Luego se dirigió al cuarto donde dormía Al y le llamó a través de la puerta:

—Muy bien, ya podéis pasar.

Cuando entraron, ella había abierto la nevera y estaba inclinada examinando lo que había dentro. Al se quedó en la puerta, mirándola. Yo me había amarrado las piernas y me había puesto el traje morado de las actuaciones. Se incorporó delante de la nevera y nos miró.

—¿Se puede saber qué desayunáis aquí?

Las mejillas de Al se oscurecieron aún más. Seguía sin decir palabra y miraba al techo.

—Voy a entrenar antes de que abra el gimnasio —dije yo.

—Bueno, pues yo me pongo manos a la obra —dijo ella.

—Al se encarga siempre del desayuno —le dije.

—No hay problema —dijo ella—. Ya me ocupo yo. ¿Qué suele preparar?

Los ojos de Leroy resplandecían y sonreía mostrando sus dientes rotos. Había algo en él que disfrutaba con todo aquello. Volvió a guiñar un ojo. Al esta vez le pilló y pensé que iba a golpearle en la cabeza. Pero no lo hizo, y Leroy se apresuró a decir:

—Ahí queda algo de zumo. Y Al suele hacernos huevos, a veces una montaña de tortitas, germen de trigo y nata. Esas cajitas que hay encima del fregadero son vitaminas.

—¿A qué hora abre el gimnasio? —preguntó ella.

—A las diez —le respondí.

Ella consultó el despertador que estaba en la primera balda encima de la cama.

—Pues más vale que te pongas —me dijo—. No te preocupes por nosotros. Yo me ocupo.

Pete estiró el brazo hacia Leroy, le puso una mano en el hombro y lo apartó a un lado. Entró y se situó ante Hester.

—¿Tú quién ser? —dijo, haciendo un ligero juego de piernas.

—Me llamo Hester —dijo ella.

—No es eso. No es eso para nada —dijo—. Te he preguntado ¿tú quién ser?

Ella se le acercó y se inclinó hasta casi rozarle la nariz rota y hundida para decirle:

—Soy la señora que os va a preparar el desayuno.

Él sonrió con sus tres dientes amarillentos y dijo:

—Eso es bien. ¡Eso sí que es bien!

Me deslicé de la cama y me encaminé hacia la sauna porque Al estaba mal. No exactamente cabreado, no parecía cabreado. Parecía... bueno, desconcertado, y algo

peor, dolido. Había entrelazado los dedos largos de sus viejas manos por delante de la hebilla del cinturón y luchaban entre sí. Venas violáceas abultando en sus blanquísimas muñecas. Pero crucé el pasillo hacia la sauna y Pete me siguió, seguido de Leroy, y al llegar, Pete me abrió la puerta y vi que Al también venía. Cerramos la puerta que daba al pasillo, algo que nunca habíamos hecho hasta entonces, para que Hester no pudiera vernos. Pete se quitó el chándal, Leroy su albornoz y Al se bajó el pantalón a rayas que llevaba con unos tirantes anchos y sucios. Nadie dijo ni mu. Entré en la sauna con el traje morado de mis actuaciones y me subí a uno de los bancos de madera. Los otros tres entraron detrás en pelotas. Pete se me acercó y se puso a trabajarme los brazos, hablando solo, como tenía por costumbre.

—Machácale el cuerpo —comenzó a decir—. Machácale el cuerpo. Manos abajo, castígale la cabeza. Pega y atrás.

Las manos de Al continuaban con su lucha encarnizada en el banco de enfrente. Finalmente, dijo:

—Por amor de Dios, para ya y cállate.

Nunca le había oído hablarle así a Pete.

Pete se detuvo.

—¿Qué has dicho? —preguntó.

—Al te ha dicho que pares ya. Que pares ya y que te calles.

—Pete va a hacer eso —dijo Pete.

Lanzó un par de ganchos al aire y fue a sentarse al lado de Leroy, que volvió a lanzar ese guiño demencial, esta vez dirigido a mí.

—Leroy —dijo Al.

Pero Leroy ya sabía lo que le iba a decir, así que miró a otro lado haciendo como que no le había oído. Al tampoco lo iba a dejar pasar.

—Al quiere que pares ya con los putos guiños.

—Creo que se me ha metido algo en este ojo —dijo Leroy.

Las manos de Al luchaban en su regazo mientras miraba a Leroy.

—Al cree que deberías morderte la lengua. Al cree que las mentiras son lo peor... lo peor... lo peor...

Al sentado en lucha encarnizada consigo mismo y las palabras atragantadas en su garganta porque la puerta de la sauna se había abierto y Hester había entrado para plantarse bajo la bombilla como Dios la trajo al mundo.

—He dejado el beicon haciéndose a fuego lento —dijo.

Pete se giró de cara a la pared en cuanto la vio aparecer por la puerta. Se quedó sentado con la nariz tocando las baldosas. Leroy no volvió la cabeza, cerró los ojos con fuerza y se empezó a poner colorado, una oleada de sangre inundándole desde el pecho hasta el cuello, sin tregua hasta llegar a las raíces rubias de su pelo. Al la miraba de frente, sus ojos se deslizaron por sus fantásticas piernas. No creo que se hubiese dado cuenta hasta entonces del pedazo de cuerpo que se gastaba. Al era capaz de perdonar mucho ante determinado tipo de cuerpos. Y madre mía, bajo aquella luz

amarilla de la sauna aquel cuerpazo se veía realmente imponente, las sombras resaltaban sus pechos altos, un regalo para la vista, y las seis bandas marcadas de puro músculo que partían de su plexo solar para acabar en su espléndido pubis.

Al dijo:

—Tú... tú... —La estaba mirando, pero cuando resultó obvio que no iba a ser capaz de decir nada, desvió sus ojos hacia mí—. Lo mejor será que vayas al gimnasio y te pongas a entrenar.

Cuando me levanté, ella ocupó mi lugar y se tendió boca arriba con las piernas abiertas.

—Yo aprovecharé este vapor un poco más —dijo ella.

Leroy y Pete se apelonaron en la puerta en su intento de salir corriendo sin mirarla.

Cuando irrumpió en el gimnasio, Al me soltó:

—No le dijiste a Al que entrenaba.

—Que yo sepa, no lo hace —le respondí.

Desvió la mirada hacia la puerta de la sauna.

—Una atleta natural es lo mejor que hay.

—Es muy buena —dije—. No está nada mal.

Al me clavó los ojos.

—Al no ve cómo podría quedarse.

Leroy había estado fintando, revolviéndose y bamboleándose detrás de Al. Señaló hacia la sauna. «Ella... ella...». Extendió el brazo, giró al viejo Pete y le encajó un gancho en el hombro. Pete se puso inmediatamente a hablar solo, a entrenarse a sí mismo, a esquivar todo lo que le lanzaba el muchacho.

Al miraba a Leroy que, verdaderamente, daba la impresión de que había sobrepasado un límite.

—Al no puede tener mujeres desnudándose delante de sus boxeadores.

—Al, por amor de Dios, si aquí no hay un solo boxeador —dije yo.

—Dos —dijo. Señaló a Pete y a Leroy, que seguían enfrascados en su asalto imaginario—. Dos. Uno y dos.

—Mierda, Al —le dije.

—¿Cómo? —preguntó, a pesar de haber estado mirándome la mano cuando lo dije.

No parecía tener el menor sentido continuar con aquella conversación, así que me balanceé sobre el trasero para alzarme sobre las manos y me dirigí hacia la pila de ladrillos. Regresé con un ladrillo en cada mano y se los puse delante.

—Muy bien —dijo Al.

Había sacado su taburete de la jaula de enrejado metálico y se había sentado. Pete y Leroy, uno a cada lado. Llegaba el olor del beicon en el fuego. Me pregunté si Hester seguiría en la sauna, y mientras amontonaba los ladrillos, hacía mis flexiones cabeza abajo y remontaba las escaleras, pensé en sus piernas, húmedas y abiertas

sobre el banco mojado bajo la luz amarilla. Y seguía pensando en eso cuando acabé de entrenar, suspendido en una rígida cruz de hierro entre las anillas con Al gritándome desde abajo: «¡Marvin, te quiero! ¡Te amo, hijo!».

Fue un entrenamiento duro y controlado, y al concluir descendí por la cuerda de cáñamo sintiéndome de perlas, pero en cuanto toqué el suelo supe que algo iba mal. Miré hacia la parte de atrás del gimnasio. Hester estaba en la puerta, envuelta en una toalla, los muslos separados y flexionados. Y que me parta un puto rayo si no tenía la fotografía de Al, la del Hudson Hornet pasándole por encima de la cabeza. Lo único que en realidad pude distinguir es que tenía un cuadrado de papel rígido en sus manos, pero supe que era esa fotografía. Al, Pete y Leroy se quedaron paralizados, como si hubiesen visto una serpiente. Hester se acercó lentamente a nosotros, hablando y presionando la fotografía contra su pecho.

—El entrenamiento está muy bien, pero no deberías gritarle así. —Se estaba dirigiendo a Al—. Cuando está intentando concentrarse en la cruz, toda esa mierda sobre el amor y lo mucho que le quieres le distrae. —De repente levantó la fotografía de la cabeza atropellada—. Aquí no se ve a nadie diciéndote lo mucho que te quiere cuando te está pasando la rueda por encima de la cabeza, ¿verdad, Al?

Al se inclinó hacia delante y miró la fotografía como si estuviese mirando su propio ataúd. A continuación vi que retorció su vieja boca como cuando aquel coche le arrolló la cabeza. Sin pensárselo se dio media vuelta y le dio un puñetazo a Leroy entre los ojos. Leroy cayó como un muerto. Y también habría noqueado a Pete de no haber sido porque el negro esquivó a tiempo su rechazazo y, sin perder la calma, se puso a darle consejos: «Lánzate al cuerpo, al cuerpo».

Segunda parte

5

A ver, yo ya le había hablado de esa puta fotografía. Un domingo, unas tres semanas antes, tomándonos unas cervezas en el Ocean, le dije que Al la guardaba en un pequeño baúl de cuero que escondía debajo de su cama. Supongo que cuando se lo conté me estaba burlando de Al, riéndome de él. Pero nada más lejos de mi intención. Lo que pasa es que cuando padeces deficiencias como las mías hay tan poco de lo que reírse en el mundo que me imagino que te da por tomarte a risa todo lo que se te ponga a tiro. En cualquier caso, así fue como ella se enteró de lo de la foto. Naturalmente, cuando se lo conté, en ningún momento pensé que algún día acabaría instalándose en el Fireman's Gym. Pero así es el mundo: le das un poco de ventaja y el día menos pensado va y te patear el culo.

Al le lanzó otro par de golpes torpes a Pete. Pete los desvió con los codos y siguió dándole consejos. Entonces Al pareció reparar por primera vez en Leroy, que seguía tumbado como un fiambre en el suelo. Se detuvo, sacudió la cabeza y se arrodilló junto a Leroy. Le gritó algo a la cara. No sabría decirlo qué, porque desde donde estaba no pude verle la boca. Pero supe que le estaba gritando no solo por el modo en que su cabeza daba pequeñas sacudidas, igual que un perro cuando intenta tragar un trozo de carne demasiado grande, sino también por el modo en que se le hinchaba y se le ponía roja la nuca. Me dirigí a donde seguía estando Hester envuelta en su toalla y con la fotografía de Al entre sus grandiosas tetas.

—Lo que has hecho es una guarrada —le dije—. Aparte de estúpido.

—Yo no lo veo así —dijo ella mirando las sacudidas de la ancha espalda de Al, que seguía inclinado sobre Leroy.

—Yo en tu lugar —le dije—, me vestiría y me largaría de aquí.

—No seas tan pusilánime —dijo ella—. No seas tan cagado.

De haber sido lo bastante alto para darle un bofetón, lo más probable es que se lo hubiese dado. Pero como no lo era, lo que en verdad quise hacer fue hundir mi cabeza entre sus fantásticas piernas que oscilaban a la altura de mi nariz, decirle que yo no era ningún cagado y rogarle que me creyera. Resultaba un poco humillante sentirse así, pero ya me habían humillado antes. Una o dos veces.

Leroy había vuelto en sí y se había sentado. Al se puso en pie de repente y se volvió hacia Hester. Su anciano rostro oscuro como el cuero. Pero en realidad no parecía enfadado, parecía a punto de echarse a llorar.

—Al quiere su foto —dijo.

Hester no habló. Se quedó mirándole, imposible estar más relajada y tranquila.

—¡Al la quiere ya! —Gritaba y seguía sin parecer cabreado. Era como si eso ya lo hubiese dejado muy atrás. Acojonaba, era como estar mirando el cañón de una escopeta. Era como si ni siquiera supiese realmente dónde estaba. Un pequeño rastro de saliva se le deslizaba desde la comisura de los labios y le colgaba de la barbilla.

Me giré para mirar a Hester justo a tiempo para captar la última parte de lo que quiera que le estuviera diciendo: «... tu foto».

Al fue hacia ella, no muy rápido, apretando los puños, los nudillos tan pronunciados que parecía que se le iba a rajar la piel. Me daba la espalda pero era evidente que iba hablando. Hester permaneció donde estaba, el sudor de la sauna perlado su piel. Al extendió la mano hacia ella. Puede que pretendiese arrebatarse la fotografía, ella seguía sujetándola entre sus pechos, pero me asusté porque me pareció que quería agarrarla del cuello. Me dispuse a alcanzar un disco de pesa para estrellárselo en el pie si la agarraba. Ella estaba frente a mí y en el momento en que lo tuvo a su lado le tendió el brazo con la foto. Cuando levantó el brazo la toalla se le desprendió y cayó al suelo, y sus tetas, brillantes de sudor, miraron a Al directamente a los ojos. Este se paró en seco, ella alzó la otra mano y le tocó su oreja deforme.

—Ninguno de los hombres que he conocido podría haberlo hecho —dijo ella. Le estaba acariciando la oreja destrozada—. ¿Dónde está ese hombre? —Dio la vuelta a la foto que seguía en su mano y la miró—. Es la cosa más bella del mundo. Soportar algo así. —Le había atrapado la oreja con los dedos y tiraba de ella con ternura—. Al Molarski, nunca volveré a toparme con otro hombre capaz de soportar que un coche le pase así por encima de la cabeza. —Al había relajado los puños y ella presionó la fotografía contra su mano abierta—. Quiero que lo sepas —continuó diciendo—, quiero que sepas que te admiro.

Acto seguido se dio media vuelta y cruzó el gimnasio con su adorable trasero latiendo al ritmo de sus piernas.

Me acerqué a donde estaba Al, me senté y dije:

—Escucha, Al...

Pero él pasó de mí, ayudó a Leroy a ponerse en pie y recogió la toalla húmeda que se había dejado Hester para limpiarle la cara.

—¿Estás bien, hijo? —le preguntó.

—Supongo... supongo —dijo Leroy, mirando a su alrededor—. ¿Qué... me...?

—Te han calzado un izquierdazo —dijo Pete—. Justo cuando estabas con la guardia baja te calzaron un izquierdazo.

—Está bien —le dijo Al a Leroy—. Vamos, no pasa nada.

Nos dirigimos a la cocina y no sé cómo lo hizo, pero en la mesa había beicon, un plato entero, huevos revueltos, germen de trigo con nata, un montoncito de vitaminas junto a cada plato (una multi, un complejo B-1 reforzado, dos cápsulas de vitamina E y dos dolomites) y en el centro de la mesa una gran jarra de té humeante con miel. Ella entró antes de que nos diese tiempo a sentarnos, con sus pantalones vaqueros y una camisa de trabajo descolorida, el pelo mojado y agarrado por detrás, a la altura de la nuca, con una horquilla de cobre.

En la mesa había cubiertos para cuatro, pero ella se sentó con nosotros. Nadie abrió el pico. Yo pensé que ella acabaría estropeándolo todo poniéndose a hablar de lo que acababa de suceder ahí fuera, pero se limitó a servir el té y a ir pasando las

tazas a Al, que estaba a su lado. Al nos las fue pasando a nosotros, primero a mí, luego a Pete y luego a Leroy, hasta quedarse con la última. Luego se puso a darle al beicon, agachando la cabeza y poniendo en funcionamiento sus enormes mandíbulas.

Leroy no comió. Permaneció sentado con la mirada perdida al frente. Estaba empezando a recuperarse del mamporro que le había metido Al. Sus ojos apagados, contraídos y un poco lechosos, comenzaban a aclarársele. Tenía las manos sobre las rodillas y cuando por fin vislumbró la comida sobre la mesa en su plato dio la impresión de no tener ni idea de cómo había llegado hasta allí. Volvió la mirada hacia Hester y parpadeó un par de veces. Su boca se abrió y se cerró, se le volvió a abrir y colgó desencajada.

—Al —dijo.

Al levantó la vista de su germen de trigo.

—¿De verdad que te arrollaron la cabeza, Al?

El corazón me dio un vuelco y pensé: «Dios, vuelta a empezar».

—Las fotografías no mienten —dijo Hester con total naturalidad, incluyéndonos a todos en la conversación—. Está registrado. —Tendió la mano y la posó en el brazo de Al—. Lo más seguro es que jamás encontréis en el mundo a otro forzado que haya hecho eso y siga vivo. —Miraba a Al a los ojos—. Leroy, ahora mismo estás sentado en la mesa con uno de los más grandes. —Hizo una pausa, pero sostuvo la mirada de Al—. Un campeón mundial.

Por fin, Al miró a Leroy.

—Así es, hijo. A Al le arrolló la cabeza un coche. Un Hudson Hornet. Así acabó Al con esta oreja. —Se tocó la zona donde abultaba su deformidad. Luego le dedicó a Hester una sonrisa. Lo hizo. Al sonrió. No estoy muy seguro, pero creo que fue la primera vez que vi sonreír a Al Molarski en toda mi vida.

—Nadie puede soportar un coche con la cabeza —dijo Pete sin alzar la mirada de su plato.

Al dejó el tenedor.

—Pete no presta atención —dijo—. Prestar atención es algo que no va con Pete.

—Yo sé lo que sé —dijo Pete—. Y no hay cabeza que aguante un coche encima.

Al cogió la fotografía que había dejado boca abajo junto a su plato. La alzó para que Pete pudiese verla. Pete siguió comiendo. Finalmente, dejó cuidadosamente el cuchillo en su plato y cogió la fotografía que le ofrecía Al. Se la acercó a escasos centímetros de la cara y se la quedó mirando un buen rato. Miraba a Al y luego volvía a fijarse en la fotografía.

—Al Molarski —dijo Pete— puede hacer lo que sea. No he dicho que Al Molarski no pudiese soportar un coche en su cabeza. Dije que la cabeza de ningún otro puede aguantar un coche encima.

Leroy le arrebató la fotografía. La dejó junto a su plato y se llenó la boca de huevos mientras la miraba.

—¡Me cago en la puta! Mirad esto. ¡De lleno en la oreja!

Al apartó la vista de la mesa con timidez, avergonzado por aquella cosa tan extraordinaria que había hecho: dejar que alguien le arrollase la puta cabeza con un coche.

—¿Cómo es que no nos la habías enseñado antes? —preguntó Leroy.

—Al no enseña todo —dijo Al.

—Hay muchas cosas que son personales —dijo Hester, rozando levemente el brazo de Al—. Algo así es personal. ¿Verdad, Al?

—Verdad, Hester —dijo Al.

—¿Podemos dejarla aquí fuera? —preguntó Leroy—. ¿Ponerle un marco y colgarla con las otras?

—Supongo que sí —dijo Al. Hizo un gran esfuerzo por simular que le daba lo mismo, pero yo me di cuenta de que estaba encantadísimo. Se alegraba de que por fin la puta foto hubiese salido de debajo de su cama—. Quieres enmarcarla, a Al no le importa.

—Debería estar en el sitio más importante del gimnasio —dijo Hester.

Al se levantó.

—Hora de abrir, Pete.

Normalmente nadie se presenta hasta la tarde, pero Al siempre ponía especial cuidado en abrir el gimnasio a la hora exacta en que se suponía que abría, y lo mismo al cerrar. Era igual de cuidadoso con todo. Si te decía que iba a pasar algo a las nueve del martes, podías apostar por ello. Me alegré de que fuese hora de abrir, hora de alejarse de la mesa antes de que alguien le preguntase a Hester cómo había logrado encontrar aquella fotografía que nadie había visto hasta entonces. Temí que le pudiese decir a Al que yo le había hablado de ella, que desde hacía años yo sabía que esa fotografía estaba debajo de su cama. Eso habría herido al viejo cabrón. No me cabe duda. No necesitaba esa guinda. Porque si lo piensas, Al no había tenido la vida más agradable del mundo. Convivía con dos boxeadores sonados y un equilibrista sin piernas que no podía hablar ni oír. Y ahora le había caído en suerte Hester, a la que bien sabe Dios que no necesitaba, a diferencia de mí.

Pete bajó a abrir la puerta principal mientras Leroy fue a por toallas limpias para la sauna y las mesas de masaje. Al se sacó un cuadernito de espiral del bolsillo y se puso a consultarlo. Tenía apuntado todo lo que teníamos que hacer y cuándo teníamos que hacerlo. Se pasó un buen rato examinando la página, luego, sin alzar los ojos, dijo:

—¿Cómo encontraste la foto de Al?

Hester se había llevado los platos al fregadero. Volvió y se sentó de nuevo a la mesa con otra taza de té. Sopló para enfriarlo antes de responder.

—Estaba limpiando —dijo.

—¿Limpiaste el cuarto de Al? —preguntó él.

—Barrí —dijo ella—. Barrí a fondo. Y vi el baúl debajo de la cama. —Iba dando sorbitos a su té—. Un baúl muy bonito. Y un montón de polvo también. —Volvió a

soplar sobre la taza—. No debería haber mirado dentro. Pero es que era un baúl tan bonito. —Dejó la taza en la mesa y se inclinó para mirar a Al a los ojos, aunque no pudo porque él no despegaba la mirada de su cuadernito—. Lamento haber mirado en tu baúl, Al.

Él alzó la vista y podéis llamarme lo que queráis, pero os juro que volvió a sonreír. Apoyó el cuadernito en la mesa y mientras leía fue deslizándolo uno de sus gruesos dedos por la línea: «Marvin en el Centro Comercial Sunshine. Equilibrista benéfico, pero con comisión de treinta y cinco dólares». Hacíamos un montón de actuaciones benéficas a cambio de un porcentaje de los beneficios. «Pete ya sabe que tiene que ir a por Russell Mazas a las diez y media. La actuación comienza a las once y cuarto». Al cerró el cuaderno.

—Sé puntual —me dijo, y abandonó la mesa.

Cuando nos quedamos solos en la cocina, Hester dijo:

—¿Russell Mazas?

—En realidad se llama Russell Morgan, pero se hace llamar Russell Mazas, a veces hago equilibrio con él. ¿De verdad barriste el cuarto de Al?

Ella me miró por encima del borde de su taza, luego la apartó para que pudiera verle la boca.

—¿Estás loco?

—¿Barriste? —insistí.

—Joder, no. —Dio un sorbo al té—. Solo entré y cogí la puta foto.

—Eso es buscarse problemas —le dije.

—Yo no me busco nada.

—Verá la habitación. Se dará cuenta.

—Verá lo que quiera ver. Y lo que quiere ver es exactamente lo que yo quiero que vea. Así de simple.

—¿Vas a acompañarme esta mañana?

Alzó la vista, distraída. Miraba mi mano de refilón.

—¿Qué? —dijo.

—¿En qué estabas pensando? —le pregunté.

—En nada —dijo ella—. ¿Qué decías?

—Y una mierda que no pensabas en nada.

—No seas gilipollas —dijo ella.

Yo le aclaré:

—No lo soy.

—¿Quieres que me vaya? —dijo ella.

—Al no te va a dejar vivir aquí —dije yo.

Ella dijo:

—No es eso lo que te he preguntado. ¿Tú quieres que me vaya?

—No —dije yo—. Yo no quiero que te vayas.

—Muy bien —dijo ella—. Y ahora, ¿qué me habías preguntado?

—Que si ibas a acompañarme hoy al Centro Comercial Sunshine.

—¿Para ver tu número?

—Sí.

—¡Joder, no! Ya lo he visto.

—¿Y qué vas a hacer?

—Me quedaré por aquí con Al.

—Estás loca —dije.

—Lo sé —dijo ella.

La dejé en la sala donde teníamos las mesas de masaje, junto a la sauna. Al le estaba explicando el procedimiento. Ya le había examinado las manos y le había dicho que, si quería, con esas manos, podría dar unos masajes sensacionales. Ella le dijo que lo mismo sí quería.

Pete acercó el Dodge a la puerta y me subí al asiento de atrás. Nos dirigimos a la otra punta de la ciudad a recoger a Russell Mazas. Yo iba pensando en Hester, allí con Al, cuando sentí un golpe a mi lado, en el asiento. Era Pete estirando el brazo para indicarme que mirase por el retrovisor. Lo había girado para que pudiese verle la boca.

—No eres el primer hombre que se encoña —me dijo.

No le respondí porque de nada habría servido. Con su viejo cerebro lastimado, Pete nunca había sido capaz de aprender a leer el lenguaje de signos. Aparté la mirada del espejo, pero él volvió a extender el brazo para darme un toque.

—No te avergüences de estar encoñado —dijo.

Me señalé el pecho con un dedo y negué con la cabeza.

—¿Por qué mentir al viejo Pete? —me preguntó—. Yo lo sé. Tú lo sabes. Ella lo sabe. Y lo sabe muy bien. —Apartó la vista por un momento y luego volvió a fijarla en el espejo—. Que yo lo sepa o que lo sepas tú no va a matarte. Que lo sepa la chica, eso ya sí que sí. Una chica sabe que te tiene encoñado y date por muerto. Sí señórrrr, esa es la verdad y nada más que la verdad.

Alcé la mano y no perdí ni un segundo en decirle que era un hijo de puta. Él me miró los dedos y después dijo:

—No hace falta que te pongas así con el viejo Pete. Al viejo Pete le importa una mierda.

—Conduce el puto coche —le dije.

—No hace falta que te pongas así —dijo sin entender una sola palabra.

—Puto esclavo negrata gilipollas mamón tarado hijo de puta de mierda —dije yo.

—Estás fuera de ti —me dijo—. Joder, el viejo Pete lo sabe.

Desde luego, tenía razón, y eso es lo que más me encabronaba. Estaba encoñado y lo sabía. Pero lo malo es que Hester también lo sabía. Suspiré y me recosté en el asiento. Había cosas peores que estar encoñado. Pero no me parecía justo. Claro que «justo» no era una palabra que tuviese por costumbre utilizar. Conmigo nunca parecía venir muy a cuento.

Russell Mazas vivía a tres manzanas de la bahía de Tampa, en una calle repleta de casuchas estrechas, todas con sus jardines sin césped y cubanos sentados en las escalinatas, cubanos de pie en las aceras y niños cubanos sucios jugando en los bordillos rotos, persiguiéndose con palos por las calles.

—Atropella a unos cuantos putos niños hispanos de esos —dije. Pete no me estaba mirando, y de haberme mirado, para el caso, lo mismo hubiese dado. Pero el mero hecho de decirlo me hizo sentir mejor.

Pete detuvo el coche frente a la casa de Russell Mazas. Toda la calle se detuvo. Los hombres que estaban holgazaneando junto a las puertas hundidas de los jardines volvieron lentamente la cabeza para mirarnos. Los niños dejaron de perseguirse por las aceras y observaron. Todos habían visto ese coche antes, y siempre reaccionaban de la misma manera. Podía sentir el silencio que reinaba en la calle cuando bajaba a la acera sobre mis manos. Para empezar, no creo que supiesen qué pensar de Russell Mazas, así que de mí mejor ni hablemos. Una vez, cuando iba por la acera hacia la casa de Russell, un niño me lanzó un bote vacío de leche evaporada Carnation y me dio en el culo. Me disponía a sentarme para ver si podía dar con una buena piedra para arrojársela al pequeño bastardo cuando otro puto hispano (quizá el padre del niño, ni idea), otro puto sudaca con pantalones negros ajustados, camisa negra, sombrero negro de ala estrecha y dientes dorados mordisqueando un puro dorado, en apariencia sin molestarse en mirar, estiró el brazo y le metió un mamporrazo en la parte posterior de la cabeza al pequeño hijo de puta que me había lanzado el bote de leche que lo levantó por los aires. Acto seguido se sacó el puro de la boca y me hizo una reverencia como si yo fuese un puto rey. El crío al que había golpeado con el puño en la cabeza ni se movió del sitio donde había caído de bruces en la arena. Una semana más tarde, estando Russell en el gimnasio, le dije a Al que saliera un momento, le conté lo que había ocurrido y le pedí que le preguntase a Russell al respecto. Necesitaba que Al me tradujese porque Russell no leía el lenguaje de signos. Bueno, ni el lenguaje de signos ni ningún otro. Es un subnormal de primera, un tarado de veinticuatro quilates. Ahora, eso sí, un tarado con un cuerpo de infarto.

Al le contó lo sucedido y Mazas siguió un rato haciendo sus flexiones antes de mirarme y decir:

—Los cubanos creen que bebe sangre de pollo.

Hasta Al se quedó a cuadros con eso. Sus viejos ojos apretados se batieron en retirada hacia la parte posterior del cráneo, para luego volver a aparecer, sin dejar de pestañear.

—¿La sangre de un puto pollo? —dijo Al.

—Los cubanos son más raros de lo que te crees —dijo Mazas. Tomó aliento y pareció que todo su cuerpo se expandía. Hasta su puñetera cabeza ganó volumen—. Se piensan que como le dé por ahí, Marvin Molar podría lanzarles una maldición. — Bajó la mirada hacia sus magníficas piernas y se puso a admirar sus hinchados gemelos—. Es porque es feo de cojones, con esas piernas atadas así al culo.

Con todos ustedes, Russell Mazas. No es un tipo amable. No es un tipo inteligente. No es un tipo sutil. Es pura maza, eso es lo que es, pura maza Russell, no sé si me entendéis.

—Le está esperando —dijo la mujer de Mazas. Había abierto la puerta lo justo para asomar la cabeza. Una cara larga, estrecha y amarillenta que siempre daba la impresión de haber estado llorando. No pesaría más de cuarenta kilos y fui mirándole las caderas por el pasillo. Tenía culo de tabla, como una caja de cigarros con un agujero en medio. Y los tobillos ligeramente azulados por encima de sus falsas zapatillas de ballet que solo podían haber salido del Woolworth. Auténticas baratijas.

En la cocina ella se detuvo, apoyó una mano en la mesa y se llevó la otra a la cadera.

—¿Puedo prepararle una buena taza de café, señor Molar? —dijo—. ¿O quizá un poco de té con miel? Ayer mismo Russell me mandó a comprar miel de trébol.

Dije que no con la cabeza y la sonreí desde abajo. Siempre que iba a su casa me ofrecía algo de beber o una rebanada del pan orgánico de nueces que Mazas le hacía hornear. Siempre algo. Desde que la conocí me pareció una señora con mucha clase, aunque se comprase zapatillas de ballet en el Woolworth.

—No es molestia, se lo preparo encantada —me dijo.

Volví a negar con la cabeza y traté de transmitirle con una sonrisa que le agradecía mucho su ofrecimiento. Pero no sé si me entendió. Deseé poder hablar con ella. No hay mucha gente con la que haya querido hablar en esta vida, pero con aquella señora sí que quise hablar desde el primer día.

Dos críos, un niño y una niña de no más de cuatro años con los pantalones blancos cagados, irrumpieron en la cocina y se sentaron en el suelo al lado de un calentador de agua color rata. Los dos lamían unas piruletas rojas. El niño tenía varios dientes negros. Sabía sus nombres pero jamás les vi decir una sola palabra.

—Si quiere ir a buscarle —dijo ella, haciendo un leve y vago gesto hacia el fondo de la casa.

Recorrí el pasillo hasta la última habitación. Me senté, estiré el brazo y abrí la puerta. Me asaltó una oleada de aire frío. Mazas estaba desnudo en la cama. Había bajado todas las persianas y el aire acondicionado rugía desde una ventana. Las paredes y el techo estaban pintados de negro. Cerré la puerta y me subí a una silla afelpada.

Estaba tendido boca arriba con las manos cruzadas sobre el pecho, ciento treinta y dos centímetros de pecho, ahí es nada. Giró la cabeza y abrió los ojos. Una pequeña marca avinagrada a cada lado de la nariz. Se bajó de la cama e inspiró profundamente cinco veces. Salvo en la cabeza, carecía de pelo, ni siquiera vello púbico. Utilizaba crema depilatoria Nair, cerca de un bote entero al día. La más ínfima señal de pelo en el pecho o en las piernas le ponía histérico. Todos los culturistas se depilan a muerte porque afirman que el pelo desdibuja la línea del músculo, su definición, y Mazas era uno de los grandes. Tenía más de cuarenta títulos en su haber, cosas como Mr. Mazas

Playa, Mr. Sudeste de Estados Unidos, Mr. Florida y Mr. Productos Lácteos. En la habitación oscura brillaba como una lámpara. Pero no solo porque reinase la oscuridad. Mazas brillaba en cualquier parte. Era como si su piel hubiese sido pulida a mano desde su ancha frente, en apariencia inteligente, hasta aquellos hermosos pies desde los que partían en perfecta simetría unas venas azules que recorrían sus finos, casi delicados, tobillos hasta perderse en sus gemelos de cuarenta y ocho centímetros de circunferencia, perfeccionados y tonificados hasta alcanzar una definición que parecía cortada a navaja. Era tan asombroso que Al no le cobraba por entrenar en el gimnasio (era buena publicidad tener a un fanático de las pesas como él trasteando por allí), y hasta hacía lo posible por encontrarle de vez en cuando algún trabajillo, como el bolo del centro comercial al que ahora nos disponíamos a ir.

Mazas no me dirigió la mirada al vestirse. Por el caso que me hizo bien podría haber sido el gato que acababa de entrar y se había acomodado en la silla. Pero así era Mazas y yo estaba acostumbrado.

—¿Cuándo volverás, Russell? —le preguntó su mujer cuando pasamos por la cocina. No se había movido de donde la dejé, apoyada en la mesa. Los niños seguían sentados junto al calentador.

Russell se detuvo y la miró como si no se hubiese dado cuenta de su presencia hasta ese momento.

—Volveré cuando vuelva —le dijo.

Pero después no se movió, se quedó inmóvil en la cocina mirando a su alrededor, como si no pudiera imaginarse cómo cojones había llegado a un sitio así. Medía cerca de un metro noventa, casi cien kilos de músculo trabajado a conciencia, con una resplandeciente melena rubia que le bajaba por el cuello, y allí de pie, en medio de la cocina, entre aquellas paredes de yeso húmedas, con aquella mujer flacucha y aquellos niños arruinados, era como si, de alguna manera, su cuerpo se las hubiese ingeniado no sé cómo para absorber todo lo que en algún momento había existido de hermoso, fuerte o vivo en su mujer, sus hijos y la propia casa. El niño sonrió a su padre con su penosa dentadura y Mazas se limitó a menear la cabeza con lentitud antes de cruzar el vestíbulo con sus movimientos maquinales.

Dejé un billete de diez dólares en la silla que había junto a la mesa de la cocina. Siempre lo hacía cuando iba a recoger a Mazas. La señora nunca lo mencionaba y a mí me parecía muy bien que no lo hiciese. Porque no habría sabido qué decirle. Lo mismo os pensáis que dejaba allí el dinero por ella y por aquellos niños tan horrorosos. Pero no. Lo hacía por mí. Veréis, Mazas no trabajaba (salvo por algún que otro bolo de equilibrista conmigo), lo único que hacía era entrenar en el gimnasio y tumbarse en ese cuarto negro con su aire acondicionado (le dijo a Al que las paredes negras le resultaban relajantes), tomando suplementos alimenticios de proteínas y durmiendo, mientras aquella bestezuela famélica que tenía por mujer y aquellos críos putrefactos se arrastraban por la casa como ratones intentando no molestarle. Me consta que ella tenía un trabajo en alguna parte para poder dar de

comer a los críos y pagar el alquiler de aquel cuchitril, así que solo dejaba aquel billete de diez en la silla de la cocina cada vez que iba para poder sobrellevar el día sin caer en una asquerosa depresión. Mierda, no me avergüenza reconocer que tengo sentimientos.

Los cubanos nos miraron cruzar el jardín y la acera y meternos en el coche. Pete se retorció en su asiento para girarse hacia nosotros.

—¿Cómo está hoy el señor Mazas? —dijo Pete.

Russell le devolvió la mirada.

—Mi nombre es Russell Morgan —le dijo.

—Sé que ese es el nombre que le puso su mamá —dijo Pete—. Pero usted lo ha transformado en otra cosa. Ha cambiado tanto que ahora es otra cosa.

—Deja a mi madre en paz —dijo Russell—. Y el modo en que haya cambiado es asunto mío. Llévanos al puto centro comercial ese para que pueda volver cuanto antes a mi aire acondicionado.

—Dicho y hecho, señor Mazas —dijo Pete, poniendo el viejo Dodge en marcha con una sacudida—. Y a ver qué tal se da el día.

Russell miró por la ventanilla hacia los jardines sin césped plagados de cubanos y de niños mugrientos que se perseguían con palos. Después volvió a fijar la vista en un punto situado entre sus rodillas para decir:

—Puto mundo.

Yo quise decirle que, en efecto, podía ser un mundo bastante puto, pero que en nada lo mejoraba el hecho de vivir de una señora con culo tabla y dejando que los dientes de tus hijos se pudrieran mientras te pasabas todo el santo día tumbado con el aire acondicionado y bebiendo batidos de proteínas. Pero, por supuesto, no podía decírselo, así que miré hacia otro lado deliberadamente para no tener que ver nada de lo que dijese su boca.

Me pregunté qué estaría haciendo Hester en el Fireman's Gym. A estas alturas Al ya podría haberla echado o arrojado por la ventana. Pero yo sabía en mi fuero interno que no. Ella se habría hecho con las riendas como una campeona y, probablemente, en aquellos momentos ya serían uña y carne. Coleguitas. Y me cuestioné por qué eso me jodía tanto, porque me jodió, me jodió de verdad. Intenté planteármelo como un hombre inteligente, porque no soy un imbécil, y al final, después de dejar atrás unas diez manzanas, tuve que admitirme a mí mismo que no confiaba en Hester, que había algo en ella que me asustaba. A pesar de que sus fantásticas piernas me volvían loco y de que sus grandiosas tetas punzantes me hacían picadillo las entrañas, tuve que admitir que en ella había algo que me aterraba. Y supe de qué se trataba. En el momento en que Pete acercó el Dodge al centro comercial, supe que la raíz del miedo que me provocaba era el hecho de haberme dado cuenta de pronto de que no había nada en el mundo que yo no estuviese dispuesto a hacer por ella, nada que no arriesgaría por ella. Muy bien, joder, soy realista, trato de mirar las cosas de frente, sin pestañear. Si eres como yo, si tienes que lidiar con una mano como la que a mí me

ha tocado en suerte, más te vale tener un cuidado de cojones con las cosas que arriesgas. Ya lo sé. Más te vale cubrirte bien el trasero en cada curva del camino. Lo que pasa es que un hombre no puede negar su naturaleza. Y yo supe desde el primer día que la vi (no habría sido capaz de expresarlo, pero lo llevaba en la sangre) que la seguiría hasta las mismísimas puertas del infierno. Mientras parábamos junto a la plataforma provisional que habían instalado en el aparcamiento del centro comercial, se me ocurrió que cabía la posibilidad de que Hester acabase pidiéndome exactamente eso.

Pete detuvo el coche y se volvió hacia nosotros.

—Yo para mí que hoy vais a tener un público bueno bueno —dijo.

Russell salió del coche sin responderle ni mirarle. Cruzó sin perder un segundo el asfalto que ya empezaba a despedir pequeños efluvios de calor y ascendió los cinco escalones que conducían a la plataforma provisional. Inmediatamente, comenzó a quitarse la ropa. Se desprendió de su camisa, se desembarazó de sus pantalones y se quedó allí arriba con sus calzones de exhibición, resplandeciente contra el fondo pintado de verde de la plataforma. Puede que hubiese unas trescientas personas deambulando por el aparcamiento entre el camión de Pepsi-Cola que había instalado un puesto de bebidas y los tenderetes que vendían perritos calientes y algodón de azúcar. Pero cuando Russell entrelazó los dedos de las manos y contrajo todo su cuerpo en un sólido nudo de puro músculo vibrante, la gente comenzó a acudir desde todos los puntos del aparcamiento. Se apelotonaron frente al estrado para mirarle desde abajo. Pete y yo seguíamos dentro del coche, mirando por encima de las cabezas de la multitud, mientras Russell pasaba de una pose a la siguiente en una especie de rítmica danza solitaria. Por lo que dejaba intuir la expresión de su cara, era como si estuviese solo, tendido todavía en la cama de su habitación oscura.

—¿No es lo más? —dijo Pete.

Yo solo pude asentir.

—Músculo, no más —dijo Pete—, pero es mucho más, lo más. De veras que sí.

Un hombrecillo con un traje verde subió a la plataforma y le dijo algo a Russell al oído. Russell no le miró y en ningún momento interrumpió la ejecución de su pose. El hombre era el señor Royce Tutin, propietario de la zapatería para señoras del centro comercial. Era el responsable de todo aquel tinglado y el que nos había contratado para el espectáculo. A la hora de la caridad, los sordomudos eran sus favoritos, porque tenía tres hijos, los tres sordomudos. Russell no le estaba haciendo ni caso en la plataforma y el señor Royce Tutin continuó cambiando de un oído a otro mientras Russell seguía posando.

Pete me dio un toque en el hombro. Le miré.

—Ese Mazas, dos cosas a la vez como que no, ¿eh? —dijo. Sonrió y me mostró el interior violáceo de su boca.

Salí del coche y crucé el aparcamiento. La gente que estaba delante de la plataforma ni animaba ni aplaudía. Pude notar que guardaban silencio estupefactos.

El señor Royce Tutin seguía subido a la plataforma junto a Russell, pero ya había dejado de intentar decirle lo que fuese que le estuviese diciendo al oído. Se había hecho a un lado con los brazos cruzados sobre su pequeño pecho redondeado. Parecía angustiado.

Yo sabía qué le pasaba. El hombre había subido al estrado para intentar que Russell se bajase y que el coro de la escuela pudiese comenzar. Además, Russell ni siquiera tenía que posar. Había ido para acompañarme en mi número de equilibrista, pero en cuanto se le mostraba a Russell una plataforma y un público, el tío no tardaba ni un segundo en ponerse a hacer flexiones.

Más que ver, sentí los ojos que se apartaban de Russell para fijarse en mí, avanzando sobre mis manos, primero por delante de los puestos de perritos calientes y algodón de azúcar y luego por el estrecho pasillo que se abrió entre la gente para que pudiera pasar y acceder a los escalones que llevaban al lugar donde Russell seguía extasiado en otra de sus poses con los ojos cerrados. Eso estaba bien, lo de que tuviera los ojos cerrados. Me gustaba. Le estaría bien empleado al muy cabrón.

El caso es que yo ya había visto la botella de Pepsi que alguien se había dejado al borde de la plataforma y me dije que era lo correcto, lo único que se podía hacer si queríamos que Russell se bajase de allí. Subí las escaleras del estrado sintiendo los ojos de todos los presentes pegados a mi culo sin piernas que se bamboleaba por el escenario. Me paré delante de la botella de Pepsi vacía. A mi espalda, Russell bailaba consigo mismo, pasando de las poses que enfatizaban su pecho a las que mejor mostraban sus abdominales, sus piernas y su espalda, y así una y otra vez, con los ojos cerrados en todo momento. Era como si se estuviese pajeando allí arriba delante de toda aquella buena gente.

Agarré la botella de Pepsi por el cuello con la mano derecha y me alcé sobre un solo brazo. Arquee la espalda y miré al público. Algunos comenzaron a aplaudir. Incliné la botella sobre el borde y, lentamente, me puse a girar. Cada vez que el público pasaba por delante de mis ojos veía que los aplausos iban incrementándose. Russell abrió los ojos para ver a qué se debía aquella repentina ovación. Me vio y se le encogió la boca. Se le formaron dos marcas blancas a cada lado de sus ensanchadas narices. Adoptó inmediatamente su famosa pose abdominal. Seis meses antes se había alzado con el premio a los Mejores Abdominales del certamen de Mister Universo. Yo me limité a introducir el dedo medio de la mano izquierda en el cuello de la botella y a dar vueltas sobre un solo dedo. Los gritos y los aullidos de regocijo e incredulidad se transmitían por la plataforma a través de la botella hasta mi súperdedo.

En una de esas el rostro de Russell surgió ante mi vista giratoria. Las marcas blancas de la nariz se le habían extendido hasta las mejillas. Pronunció las palabras muy despacio, en pequeñas ráfagas a cada vuelta.

—Al menos yo... sigo teniendo piernas... y no estoy... deforme... como tú.

Cuando di la siguiente vuelta y llegué a donde estaba su cara, ya no estaba. Le vi

descender los escalones hacia el aparcamiento con la camisa y los pantalones en la mano. Me bajé de la botella de Pepsi y me acerqué al sonriente Royce Tutin. Se puso en cuclillas y me miró a la cara.

—Gracias —me dijo.

Me incliné para sostenerme sobre un solo brazo y le dije:

—Está bien.

—No iré a marcharse, ¿verdad?

—No.

—Un momentillo de mal humor y punto, supongo.

Yo le respondí:

—Supongo.

—Eso está bien —dijo—. Nos dará tiempo a que suba el coro. Y cuando acaben podréis ponerlos los dos con vuestro número de equilibrismo, con eso finiquitamos y listo.

—Perfecto.

—Mire —dijo—, si esta gente es generosa, cuando pasemos las tarjetas de donación para la Escuela Benéfica Hablemos y Oigamos de Nuevo, voy a darles a usted y a Al todo lo que recaudemos por encima de quinientos dólares. Ahí he puesto el objetivo, en quinientos, y podrán llevarse todo lo demás.

—Al se alegrará —dije yo.

—¿Cómo le va? —me preguntó.

—Le va bien —le dije—. Verá, he pasado muy mala noche, no he dormido muy bien. ¿Podríamos poner esto ya en marcha para que pueda irme cuanto antes?

—Por supuesto que sí —dijo—. Con mucho gusto.

Bajé y me dirigí a los puestos donde Russell se dedicaba a mirar con furia a la gente que bebía Pepsi-Colas y comía perritos calientes a su alrededor. Había una señora descomunal con tres perritos calientes en una mano y una bebida en la otra. Russell no dejaba de mirarla y de vez en cuando se subía la camisa para buscar consuelo en la perfecta definición de sus abdominales. Murmuraba algo y al principio no pude entenderle. Pero al acercarme vi que lo que estaba repitiendo una y otra vez era: «Puto mundo. Puto mundo».

Royce Tutin había hecho salir al coro de la Escuela Benéfica Hablemos y Oigamos de Nuevo. Eran chicos y chicas jóvenes de no más de quince o dieciséis años vestidos con túnicas blancas, en conjunto muy guapos, pieles exfoliadas, ojos brillantes y cabellos resplandecientes. Eran sordomudos. Había un profesor de la escuela encargado de dirigir el coro, túnica negra con ribete rojo. También sordomudo. Le conocía del Ocean Club. Un jugador de voleibol pésimo. Se llamaba Purvis, Lintin Purvis.

Royce Tutin alzó los brazos para llamar la atención del público. Pero por lo que pude ver, ya le estaba prestando atención todo el mundo, aunque sin abandonar sus perritos calientes y sus Pepsis. Miré a Russell y vi que, sosegadamente y sin el menor

asomo de pasión, como si estuviese recitando los días de la semana, seguía repitiendo su cantinela: «Puto mundo. Puto mundo. Puto mundo».

—Señoras y señores —llamó Royce Tutin con los brazos alzados por encima de la cabeza—. Hoy les he traído el coro, el magnífico grupo vocal mixto de la Gran Escuela Benéfica Hablemos y Oigamos de Nuevo de Tampa Para Niños Excepcionales.

No pillé todo lo que dijo, porque ya lo había oído antes y porque la mayor parte del tiempo ni miré. Pero Royce Tutin continuó anunciando que el espectáculo de aquel día en el centro comercial se había organizado con el objeto de recaudar fondos para su causa benéfica favorita y para demostrar que los niños excepcionales (los que por diversas razones no podían hablar) podían hacer cualquier cosa que pudieran hacer los niños normales, y por eso, para demostrarlo, había traído un coro de niños sordomudos que iba a cantar ante todos los presentes.

—Ahora que se siente todo el mundo. —A Royce se le había ido un poco el santo al cielo y se había olvidado de que no había donde sentarse—. Siéntense y disfruten del trabajo de este maravilloso grupo vocal.

Cuando se disponía a bajar del escenario, Lintin Purvis le hizo una señal y frunció el ceño. Royce corrió con sus michelines bamboleantes de vuelta al escenario y anunció que el primer tema que iban a interpretar sería «America, the Beautiful».

Purvis se colocó con elegancia delante del coro y alzó las manos. Al bajarlas, las manos de todos los niños se levantaron y sus dedos, sincronizados como los pistones de un motor, comenzaron a despedir los ritmos y la letra de la canción: «America, America, God shed His grace on thee».

Todos los clientes dejaron de comer en el acto. Miré a mi alrededor y no había ni uno solo masticando. Hasta la señora sebosa con los tres perritos atrapados en su puño rollizo se había quedado paralizada. Cuando el coro terminó la canción, el público tiró los perritos calientes, se olvidó de sus Pepsis y se puso a patear, a gritar, a silbar y a aplaudir, mientras en el escenario los chicos y las chicas deletreaban la palabra «Gracias» una y otra vez en cuidadosa y ensayada armonía. Después de «America, the Beautiful» cantaron un popurrí de himnos favoritos de ayer y hoy, empezando con «Give Me That Old Time Religion» y acabando con «That Old Rugged Cross».

Apenas hubo terminado el coro de digitar la última palabra cuando Russell Mazas se me echó encima y me agarró bajo la sombra del toldo de lata del puesto de Pepsi-Cola. Me cargó bajo un brazo como si fuese un saco de harina y se encaminó al escenario. Había llegado la hora de nuestra actuación y él estaba impaciente por acabar y regresar a su aire acondicionado, como siempre, pero no me importó que me llevase de aquella manera bajo el brazo porque lo cierto es que le daba dramatismo a la entrada. Siempre he intentado dar un buen espectáculo.

Vi al padre de Hester junto al puesto de algodón de azúcar justo cuando subíamos al escenario. Seguía llevando el mismo mono gastado y agitaba en el aire el bastón de

madera anudada que utilizaba para transmitir sus mensajes. En cuanto vio que le había visto, dejó caer el bastón, entrelazó las manos por encima de la cabeza y empezó a moverlas. Al momento me dedicó un gran OK con el pulgar y el índice y me lanzó un guiño exhibiendo en todo momento los dientes de aquella sonrisa mecánica que le hacía parecer tan desoladoramente triste.

Russell Mazas y yo ejecutamos nuestro número. No duraba mucho. Me lanzaba al aire como si fuese una pelota o un mono amaestrado, muy alto, y luego me recogía de la mano al caer. En realidad el equilibrismo no era el punto fuerte de la actuación. Yo era consciente y no me suponía el menor problema. El punto fuerte era el contraste entre Mazas y yo. Eso era lo que la multitud aplaudía y vitoreaba. Royce Tutin no lo entendía, pero yo sí. Royce pensaba que nos ovacionaban porque ahí tenían a un sordomudo que podía hacer algo más que vender lápices o manzanas en una esquina. Pero no era eso. Ovacionaban las piernas de Mazas y las de ellos mismos; ovacionaban el oído y la lengua de Mazas y las suyas propias. Pero para comprender algo así necesitas haber tragado mucha mierda en el mundo, y Royce Tutin era el propietario de una zapatería para señoras en la zona de Greater Tampa. ¿Qué iba a saber él?

Cuando acabamos, Mazas me dejó sobre el escenario y sin aguardar a que acabasen los aplausos y las ovaciones, sin agradecerlo siquiera, bajó del escenario y se dirigió al puesto de Pepsi-Cola, donde había dejado su ropa. Cuando le di alcance ya se había puesto los pantalones y la camisa. El padre de Hester también me estaba esperando allí. Aferraba su largo bastón como si fuese un báculo y golpeaba el asfalto en ráfagas veloces. Seguía teniendo aquella horrible sonrisa mecánica incrustada en la cara. Parecía como si alguien le hubiese dicho que sonriera y él lo estuviese haciendo pero sin saber por qué.

—Te veías de miedo ahí arriba —dijo—, sensacional.

—Gracias —dije yo—. Me alegro de verle.

—Lo leí en el periódico —dijo él.

No me miraba al hablar. A veces torcía el cuello al máximo y se ponía a mirar hacia atrás. Era muy tímido y tuvieron que pasar unos minutos antes de que me diese cuenta de que se estaba poniendo colorado, la sangre se le había subido al cuello y se extendía en abanico por sus mejillas. Y mientras golpeaba el suelo con el bastón y hablaba con la mano libre, miraba hacia atrás o hacia arriba, a la única nube gris que cubría el sol.

—¿Perdón? —pregunté.

—Que leí lo de vuestra actuación en el periódico —me dijo—. Ponía que ibais a montar una pequeña actuación muy simpática y que iba a ser aquí mismo, en el centro comercial.

Yo me había sentado en una caja de Pepsi-Cola volteada a la sombra del toldo metálico y Mazas extendió el brazo y me pellizcó de mala manera en el hombro. Alcé los ojos para mirarle.

—Larguémonos de aquí —dijo—. Ya.

El padre de Hester dijo:

—No creo que nos conozcamos. Me llamo George Maile.

Mazas se quedó mirando la mano de George Maile hasta que sus dedos pararon y entonces dijo:

—Puto mundo.

George dijo:

—¿Cómo? ¿Perdone? —De nuevo sus dedos frenéticos.

Yo dije:

—Él habla y oye, señor Maile. No nos entiende. No le haga caso. Olvídese de él. No es un tipo amable.

—Oh —dijo George Maile, y fue la primera vez que se le desdibujó la sonrisa. Pero con el mismo ademán que cualquiera utilizaría para agacharse y subirse los pantalones, George volvió a subirse la sonrisa a la cara enseguida.

—¿Nos vamos? —preguntó Mazas.

—¿Le podrías preguntar si me puedes dedicar un minuto de tu tiempo? —dijo George Maile—. ¿Por qué no entramos un momento al Walgreen y os invito a los dos a un café?

—Es muy amable por su parte —le dije—. Pero él no bebe café y, de todas formas, no puedo decirle nada porque no hay manera de hablar con él, no entiende el lenguaje de signos ni lee los labios.

—¿Quieres decir que has venido hasta aquí con él y que no podéis comunicaros? —dijo.

—Solo hemos venido a trabajar —dije yo—. A montar nuestro número. Tampoco es que tengamos mucho de lo que hablar.

—Pensé que podría invitarte a un café y... bueno, hablar contigo unos segundos sobre Hester.

—¿Sobre Hester? —repetí.

—Correcto.

—Vamos a buscar a Royce Tutin —dije—. Se lo diré y él se lo transmitirá a Russell Mazas.

—Russell Mazas —dijo George Maile.

—No le gusta —dije yo—. Es solo el nombre que se le ha quedado.

—Bueno, todo el mundo tiene su cruz —dijo George Maile, golpeteando un código intrincado en el lateral de un cubo de basura vacío al pasar junto a él.

Russell Mazas nos siguió, murmurando todo el rato, en busca de Royce Tutin. Lo encontramos hablando con Lintin Purvis y los miembros del coro. Le dije lo que quería que le transmitiese a Russell Mazas. Russell resopló por la nariz y dijo que ya estaba más que hartos. Le dije a Royce Tutin que le dijera que en el Walgreen había aire acondicionado. Mazas dijo que en su habitación era donde había aire acondicionado y que tenía que tomarse un trozo de pan y un yogur. Yo le dije que no

tenía sentido discutir y él me dijo que yo era un hijo de puta sin piernas, lo que dejó a Lintin Purvis y a George Maile bastante consternados.

Pero Russell nos siguió por el aparcamiento hasta el Walgreen y, una vez dentro, George Maile y yo nos sentamos en un reservado y Russell se acomodó en uno de los taburetes de la barra, justo delante nuestro. Se puso a girar como un descerebrado con el taburete mientras hablábamos.

—Verás, nosotros la queremos —me dijo.

—Sí —dije yo.

—Pero no ha sido fácil.

—Bueno, eso puedo entenderlo —dije yo, sin saber muy bien de qué íbamos a hablar. Delante nuestro, Russell Mazas se agarró al borde de la barra, apartó los pies del suelo y se propulsó como una peonza.

—Hablar y oír y tener que vivir allí con nosotros que ni hablamos ni oímos, imagínate —dijo—. No ha sido fácil para ella. No ha sido fácil para nadie.

No creí que Russell fuese a aguantar mucho más, así que me dije que lo mejor sería intentar descubrir qué quería.

—Señor Maile, ¿qué es lo que quiere decirme?

Miró hacia otro lado y agarró el salero. En la barra Russell era un borrón sobre un taburete. George Maile golpeteó a toda velocidad con el salero. Vi cómo lo hacía, pero también sentí el golpeteo sobre la mesa. Solo entonces me di cuenta de qué estaba haciendo.

Extendí el brazo por encima de la mesa y le toqué la muñeca. Se detuvo y giró muy lentamente la cabeza para volver a mirarme.

—No sé morse —le dije.

—Oh —dijo él.

—No, nunca lo aprendí.

—Ojalá sí —me dijo.

—Pero no.

—Bueno —dijo—, no quiero que te creas que pretendo hablar mal de ella. Quiero que sepas que no voy a hablar mal de ella.

—Eso ya lo sé —dije yo. Pero en realidad no sabía nada de nada y estaba empezando a pensar que tendría que haberme largado cuando lo dijo Russell—. Pero verá, voy un poco pillado de tiempo. —Señalé a Russell. La camarera había venido y le estaba pidiendo que dejase ya de jugar con el taburete.

—Hester es buena chica —me dijo—, pero en ciertos aspectos es rara, no sé si me explico.

—No señor —dije yo—. Me temo que no se explica.

—Se aburre enseguida —dijo.

—Le prometo que yo haré todo lo posible para que no se aburra.

—Me refiero a todo —dijo él—. Que se aburre de todo y de todos. Y eso la lleva a hacer cosas extrañas. —Se puso a mirar el techo—. Lo sé porque ella misma me lo

dijo. Me dijo que le aburre tanto todo que al final pierde los nervios, y que por eso hace cosas extrañas.

—¿Qué clase de cosas extrañas? —pregunté.

—No la conoces desde hace tanto tiempo como yo —dijo George Maile.

—¿Qué clase de cosas extrañas? —repetí.

Russell se acercó y me plantó la cara delante de las narices.

—Me cago en la puta, ¿nos vamos o no?

Le puse la palma de la mano en la cara y le alcé la cabeza para mirar por debajo a George Maile.

George Maile dijo:

—Una vez nos tuvo encerrados a su madre y a mí en un cuarto durante casi una semana.

Russell Mazas se inclinó, me levantó y cargó conmigo bajo el brazo. Se dirigió a la salida. George Maile se quedó sentado en el reservado junto a su bastón de madera mirando cómo me sacaba de allí. Alcé mi mano libre y le pregunté:

—¿Cómo ha dicho? ¡Repita! ¡Repita!

—Hester nos tuvo encerrados a su madre y a mí en un cuarto —dijo—, durante mucho tiempo. No permitas que Hester te destruya. —Ahora hablaba lo más rápido que podía porque Russell se acercaba a la puerta—. La quiero y no estoy hablando mal de ella. Pero no dejes que te destruya.

Russell abrió la puerta de cristal y lo último que vi fue a George Maile sentado ante la mesa de formica haciéndome un OK con el pulgar y el índice.

6

Mazas me llevó hasta la otra punta del parking y me arrojó al asiento trasero del Dodge. Pete se había quedado dormido frente al volante, justo donde le habíamos dejado, con su vieja gorra deslizada casi hasta la nariz. En cuanto me vi en disposición de poder hacerlo le solté a Mazas un montón de barbaridades y él, aun sabiendo que eran barbaridades, como si oyera llover, apenas se molestó en mirarme.

—Llévame a casa —le dijo a Pete.

Pete sonrió despacio pero no hizo el menor amago de arrancar.

—Sí señor, señor Mazas —le respondió.

—Y deja ya de llamarme así —dijo Russell comprimiendo el rostro como si estuviese a punto de echarse a llorar.

—De nada sirve luchar contra ello —dijo Pete—. De nada sirve luchar contra la verdad. —Puso el coche en marcha y se giró para mirarle una última vez—. Es lo que eres y punto, un mazas, a lo hecho pecho.

—La mierda que tengo que aguantar —dijo Russell Mazas.

En un intento de sentirme mejor seguí soltándole improperios a Mazas y también unos cuantos, ya puestos, a la nuca de Pete, pero nada lograba que me olvidase siquiera un segundo de Hester. ¡Encerrar a sus padres en un cuarto! ¿Durante toda una puta semana? Podía entender lo del aburrimiento. Con toda la mierda que me ha tocado en suerte puedo entender prácticamente cualquier cosa, la verdad, pero lo de encerrar a sus padres no sonaba para nada a aburrimiento. Sonaba más bien a comportamiento lunático. ¿Sería ese el motivo por el que su padre aprendió a comunicarse con golpes de bastón? Verte encerrado en un cuarto sin poder gritar, sin poder siquiera hablar a través de la puerta con quien te haya encerrado, eso puede llevar a un hombre a hacer cosas muy extrañas. La estampa de los tres, cada uno con su bastón, golpeando el suelo para comunicarse entre sí, no me pareció tan rara después de enterarme de que ella había tenido encerrados a sus padres en un cuarto. En el caso de que fuese cierto, claro. El señor Maile pudo haberme mentado. He aprendido a no fiarme mucho de lo que dice la gente.

Después de dejar a Mazas en su casa y atravesar de nuevo la ciudad eran casi las tres. El gimnasio estaba hasta arriba de fanáticos de las pesas y de boxeadores. Al estaba sentado en su jaula metálica.

—¿Dónde está Hester? —pregunté.

—¿Quieres comer algo ahora? —me preguntó Al.

—Hester me preparará cualquier cosa —dije yo.

—Pídeselo a Leroy o a Pete —dijo él.

—¿Y ella dónde anda?

—Está ocupada —dijo él—. Con un tipo.

—¿Ocupada con un tipo? —repetí.

—Masajes —me dijo—. Al cree que esa chica tiene unas manos prodigiosas.

—De eso no hay duda —dije yo.

Crucé la cocina y en la pared, junto a la nota que llevaba adherida cuando me abandonaron en las escaleras, estaba la fotografía de Al con la cabeza bajo la rueda del Hudson Hornet. Llevaba el mismo marco dorado cutre que mi nota. Leroy estaba lavando los platos en el fregadero. Me vio mirar la fotografía y dijo:

—Al no quería al principio. Ahora está encantado. —Dejó el paño de cocina y se aproximó hasta mí, que me había sentado en el suelo—. ¿Te encuentras bien? Tienes muy mala cara.

Siguió hablando cuando me alcé sobre mis manos y me alejé por el pasillo hacia la sala de masajes. Había tres mesas frente a un estante repleto de botes de linimento, esponjas y diferentes tipos de aceites. Hester se afanaba en la mesa de en medio y llevaba puesta una de las viejas batas blancas que utilizaba Al para dar masajes. Había un tipo sobre la mesa. Solo pude ver los pies desnudos que sobresalían por el borde.

Supe que ella estaba utilizando aceite Baby Rose Bud, porque la estancia olía a jardín.

Le estaba frotando los muslos y no se detuvo al verme en la puerta. Sonrió con auténtico placer de verme, al menos eso me pareció. Y me hizo sentir bien.

—¿Cómo te fue en el centro comercial? —me preguntó—. Yo he tenido una mañana increíble.

—Me alegro —dije—. He visto que has colgado la foto de Al en la pared.

—No fui yo —me respondió—. La puso él mismo.

—Me lo ha contado Leroy —dije—. Supongo que me equivoqué con lo de traerte al gimnasio. Te has integrado enseguida.

—He tenido una mañana increíble.

Los pies se movieron al borde de la mesa. Centelleaban bajo la luz que desprendía el aceite de rosas. Me pregunté si le habría cubierto las pelotas con una toalla. Pero no quise preguntar. Darle importancia a algo así me pareció mezquino y muy bajo.

Ella bajó la mirada hacia la mesa y dijo:

—Siéntate y saluda a Marvin Molar.

Como accionado por un resorte, el tipo se incorporó.

—Hola —dijo.

Era Aristóteles Parsus y sonreía como si le acabasen de contar el chiste más desternillante del mundo. Cuando se sentó me di cuenta de que no llevaba toalla. Aparté la mirada. Temí encontrarme con una erección. Me mareé y se me revolvieron un poco las tripas. Pero no estaba dispuesto a que se diese cuenta.

—Dándote un masajito, ¿eh, Ari? —le dije—. Coño, no te va a venir nada mal coger un poco de tono. —Le hice un guiño a Hester—. Cariño, estrújale bien. Yo tengo que meterme algo de proteína en el cuerpo.

Los dejé sonriente y salí al pasillo, pero en cuanto di la vuelta a la esquina, me

senté y me apoyé en la pared. Los ojos me ardían y me pregunté si iba a ponerme a llorar.

Fui a la mesa y dejé que Leroy me hiciese un filete. Rebanó unos tomates y me puso un trozo de requesón en el plato para acompañar. Corté la carne y la devoré. No la saboreé mucho. Fue como tragar piedras. Seguía pensando en sus fantásticas piernas y en el puto griego tumbado allí dentro.

Entró Al y se paró junto a la mesa.

—Al quiere agradecerte que hayas traído a Hester al Fireman's Gym —me dijo.

—Yo no la traje —le dije.

—Vino contigo —dijo él—, y Al quiere agradecértelo.

—Muy bien —dije yo—. Pero no quiero hablar de eso ahora.

—Es una chica lista —me dijo—. Nada tonta.

—No, nada tonta.

Al regresó al gimnasio y Leroy se sentó al otro lado de la mesa. Cogió un trozo de carne de mi plato con los dedos y se puso a masticarlo despacito y con calma, como si fuese algo que quisiera memorizar.

—¿Qué le pasa a la chica esa? —dijo. Desvió la mirada al pasillo que conducía a la sauna—. Nunca había visto una chica desnuda. Cuando se presentó así en la sauna delante de todos me dio la impresión de que me iba a estallar el corazón. —Me cogió un tomate y lo masticó con la misma parsimonia que la carne—. Es tu novia, ¿no? Lo que quisiera saber es qué sientes tú al verla andar por ahí tan desnuda. Y encima masajeando a tíos en pelotas.

El error que cometió no fue decirlo, sino sonreír al decirlo. Sentí que algo basculaba y se desplazaba en mi pecho. Estiró el brazo para quitarme otro trozo de carne y yo extendí el mío al mismo tiempo para agarrarle de la muñeca. Todo parecía estar moviéndose a cámara lenta. Vi venir su mano y vi cómo la mía le salía al encuentro, y por unos instantes fue como si nunca fuesen a tocarse, pero entonces se tocaron y mi mano se aferró a su muñeca y en ese mismo momento se le deformó la boca en lo que debió ser un grito espeluznante. Ya os hablé de las manos de Al, de lo grandes que eran. Las mías van más allá. No hay nada comparable. Utilizarlas a modo de pies es lo que tiene.

Contemplé mi mano. Me parecía irreal. Era consciente de que quizá le estaba fracturando los huesos de la muñeca, de que era Leroy y de que no era más que un niño que lo único que probablemente pretendía era bromear, pero fue como si estuviese viendo una película, y no sentí nada al ver cómo le brotaban aquellos lagrimones brillantes de los ojos, cómo se le deformaba la boca y se ponía tan rígido en la silla que ni podía moverse, el pobre no pudo hacer otra cosa que permanecer sentado y aullar como un perro.

Sentí en el suelo la percusión de unos pies pesados que se apresuraban y al momento entró Al por la puerta. Vino corriendo pero no me dio esa impresión, me pareció que se movía con la misma lentitud que todo lo demás. Se abalanzó sobre mí,

sus gruesas rodillas como pistones, su enorme puño acrecentándose hacia mis ojos hasta que finalmente desapareció de mi vista Leroy, la mesa y toda la habitación. Acto seguido me vi lanzado de la silla, en el suelo, mirándole a los ojos. La puerta se había llenado de fanáticos de las pesas y de boxeadores que también debían haber oído los gritos de Leroy y se apelotonaban tratando de asomarse a ver qué había pasado. Y fue como si hubiese estado inconsciente y despertase de pronto, preguntándome qué podría haber sucedido. Al tenía la cara pálida y rígida como una piedra salvo por los labios que le temblaban, casi amarillos. Me miraba desde arriba.

—Dios mío —dijo—. Dios mío, Al... Al no...

Entonces debió oír a los fanáticos de las pesas que se apretujaban en la puerta, se volvió, vi que se le enrojecía la nuca y supe que les estaba gritando, desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos. Leroy se aguantaba la muñeca, llorando en la mesa. Al volvió a situarse a mi lado.

—Está bien —dije.

—Marvin... ¿Qué? —Señaló a Leroy—. ¿Por qué?

—No lo sé —dije yo.

Al nunca en la vida me había pegado. Ni una sola vez. Le empezó a temblar todo el cuerpo. Podía verle la muñeca a Leroy. Se le había puesto casi negra y se le estaba hinchando. Veía las marcas que le habían dejado mis dedos.

—Dile que lo siento —dije.

—¡Al quiere saber por qué lo hiciste! —No hablaba con las manos, sino soltando a voz en grito cada palabra con aquella boca oscura de dientes mellados con la que doblaba clavos.

Leroy alzó la mirada. Tenía los ojos rojos y le corrían lágrimas por la cara.

—La chica —dijo—. La chica.

Y como por arte de magia apareció Hester en la puerta. Sonreía. Nos miró tomándose su tiempo, dejando que sus ojos se demorasen en la muñeca arruinada del chaval. Entonces dejó de sonreír. Pero seguía sonriendo, no sé si me entendéis. Era como si hubiese enterrado la sonrisa en el rostro, el modo en que le brillaban los ojos, el modo en que se tensó su boca, como si se lo estuviese pasando de puta madre.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Me ha roto el brazo —dijo Leroy.

—¿Quién? —preguntó ella.

—Él —le respondió Leroy.

—¿Es verdad eso? —me preguntó.

—Sí —le dije.

—Bueno —dijo ella—, bueno.

Aristóteles Parsus se había plantado detrás de ella, en la puerta. Se estaba abrochando el cinturón.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Marvin le ha roto el brazo al chaval —dijo Hester.

Aristóteles Parsus me miró.

—Deberías someterte a uno de esos masajes, Marvin, te calmarían esos nervios.

Al se acuclilló a mi lado. No me tocó pero me miró la parte del cuello donde había impactado su puño. Me costaba tragar. Tenía la sensación de que la garganta se me había hinchado hasta cerrarse.

Siguió mirándome, pero alzó la mano hacia atrás para dirigirse a Hester y a Aristóteles:

—Tenéis que marcharos. Asuntos de familia.

—Claro —dijo Hester—. Una familia tiene que arreglar las cosas en familia.

Cuando se fueron, Al dijo:

—Al lamenta haberte golpeado.

—No te quedó más remedio —le dije.

—Está mal —dijo—. Aun así, está mal.

Me dio la impresión de que quería tocarme, pero no lo hizo. Alzó la mano como para ponérmela en el cuello, pero luego como que se lo pensó mejor y se frotó los ojos.

—Será mejor que vayas a ponerte una cataplasma fría en ese cuello —dijo.

Se puso en pie y se acercó a Leroy, que seguía sentado con las lágrimas ya secas, aguantándose delicadamente el antebrazo herido con la otra mano. Al le tocó el brazo. A Leroy se le estremeció todo el cuerpo y por su boca vi que emitió una especie de sonido quejumbroso.

—¿Cómo está? —pregunté.

—Puede que roto —dijo Al—. Y puede que no. Lo mejor será que se haga una radiografía. Dile a Pete que traiga el coche.

Cuando pasé por delante de la mesa, me detuve. Leroy me miraba de una forma que nunca le había visto mirar a nadie, como miraría un hombre a su perro favorito después de que este le hubiese mordido sin motivo.

—Lo siento —le dije.

—¿Qué ha dicho? —le preguntó Leroy a Al.

—Que lo siente —dijo Al.

—Ha sido sin querer —dije.

Al se lo transmitió.

—¿Que ha sido sin querer? —dijo Leroy—. Joder, ¿sin querer? —Se sostuvo el brazo en alto delante de mis narices—. ¿Cómo has podido hacerle esto a mi brazo sin querer?

—Yo... yo... —No supe qué decirle—. Fue otra cosa —dije—. No fuiste tú, fue otra cosa.

Al se lo transmitió.

Leroy se inclinó por encima de la mesa para tener una buena perspectiva desde su altura. Apretó sus cejas rubias y el mentón se le puso casi azul de la tensión.

—Déjame que te diga lo que pienso, hijo de... hijo de... Creo que te has vuelto

loco. Creo que has perdido la puta cabeza. Alguien te quita un puñetero trocito de carne del plato y tú vas y le rompes el brazo. Eso solo tiene un nombre, locura. — Acompañó sus palabras con espumarajos de saliva. Se puso a llorar y a acunarse el brazo protegiéndoselo contra el pecho.

Yo dije:

—Dile a Leroy que...

—Al te dice que vayas a por el coche. Ya has dicho más que suficiente. Y nada que valga la pena. Nada. Busca a Pete y dile que acerque el coche a la puerta. Ahora.

Finalmente, viendo que no podía decir nada con un mínimo de sentido, salí al gimnasio donde todos los boxeadores y los tipos que estaban levantando pesas dejaron de hacer lo que estaban haciendo para mirarme, bajé las escaleras y me dirigí a la acera donde estaba Pete sentado en la caja vacía que siempre tenía por ahí. Se había bajado la gorra hasta los ojos y estaba tomando el sol. Le hice la señal que significaba traer el coche hasta la puerta, pero en cuanto le toqué se alzó la gorra y me miró fijamente con sus ojos amarillos.

—¿Hospital? —preguntó.

Asentí con la cabeza.

—¿Es verdad que has hecho lo que ha dicho la señorita Hester?

Me limité a sostenerle la mirada.

—Dijo que le hiciste daño a Leroy. Dijo que le espachurraste el brazo de mala manera.

Asentí con la cabeza y miré calle abajo hacia donde se suponía que tenía que estar aparcado el Volvo bajo la farola.

—Se largó —dijo Pete. Me miraba y sentí que me ardía la cara de humillación—. Así es —dijo—. Se largó con él. Dijo que iba a acercarle a su barco y que luego tenía que ir a ver a sus padres. Y que te dijese: asegúrate de decirle a Marvin Molar que volveré. Que nada va a impedirle volver. Pero que a última hora de la tarde.

Le señalé que fuese a por el coche y lo acercase a la puerta, pero se quedó sentado mirándome. Al momento se dibujó una lenta y suave sonrisa en su vieja boca de negro, y no lo maté allí mismo de milagro. La furia, afilada como un cuchillo, hizo vibrar mis nervios como cables de alta tensión. Me di la vuelta y me precipité escaleras arriba. Me senté en una silla junto a la ventana del lado del gimnasio que daba a la calle y vi cómo Al bajaba con Leroy a la acera donde Pete ya les estaba aguardando con el coche. Me pasé un buen rato ahí sentado, pero sentía que los tíos que estaban entrenando me miraban de reojo y al final no lo pude seguir soportando y me metí en la sauna, pero dentro había unos diez levantadores de pesas sentados codo con codo haciendo sudar sus enormes culos desnudos. Sus cabezas gigantescas se giraron al mismo tiempo entre los estratos humeantes de aire caliente bajo la luz amarilla, el agua les perló las pestañas cuando entrecerraron los ojos. Retrocedí y cerré la puerta al salir.

Saber que ella se había ido con Aristóteles Parsus no se me iba de la cabeza. Por

momentos era como si pudiese ver las palabras resplandeciendo en la parte posterior de mi cráneo: «Dijo que iba a acercarle a su barco».

Recorrí el pasillo hasta la cocina y salté a mi cama. Cogí un número al azar de la revista *Atlantic Monthly*. Pero fui incapaz de leer. En realidad, no quería leer. Lo que quería era seguir haciendo lo que le hice a Leroy en la mesa: golpear algo o a alguien. Me dolía la mandíbula de tanto apretar los dientes. Miraba la borrosa página de la revista. Ella dijo que le iba a llevar a su barco y luego dijo que tenía que ir a ver a sus padres.

Bueno, ¿y por qué no creerla? Pensé: ¿Por qué no confiar en su palabra, creer lo que ha dicho y dejar de estar ahí sentado reconcomiéndome el hígado y viendo cosas donde no las hay? Iba a pasarse por casa a visitar a sus ancianos y queridos padres a quienes había tenido encerrados en un cuarto durante una semana, ¿o no?

Pero eso era solo lo que su padre me había contado. Dijo que los encerró en un cuarto. Lo que no quiere decir que ocurriese. ¿Por qué iba a decir alguien una cosa así de su propia hija si no fuese cierto? ¿Quién cojones podía responder a eso? ¿Por qué la gente decía las cosas que decía?

Me quedé mucho tiempo tumbado en la cama pasando las páginas de un montón de revistas. Incluso me bajé mi libro favorito de la vida, un libro que ni sé la de veces que me he leído, *El poder y la gloria* de Graham Greene, y volví a intentarlo. Pero no lo conseguí. No quería leer. Me sentía violento y al mismo tiempo indefenso. Una violencia dirigida contra mí y contra todo, porque sentía que la autocompasión empezaba a escurrírseme desde detrás de los ojos. Y, joder, no hay nada que odie más que los gilipollas que andan por ahí lloriqueando por lo injusto que es el mundo. Ya os lo dije antes, lo justo no es algo que haya experimentado mucho en mi vida.

Así que me quedé en la cama y me trituré los dientes hasta que por fin me levanté, me embutí en un grueso chándal de felpa y salí al gimnasio. Casi todos los que estaban entrenando cuando le hice daño a Leroy ya se habían largado. Habían llegado otros culturistas, pero el gimnasio no estaba muy lleno. Entre los que habían llegado estaba Mazas. Entrenaba seis días a la semana. Lunes, miércoles y viernes: tren superior. Martes, jueves y sábado: tren inferior. Era un fanático, pero era un fanático de los grandes. Nunca me gustó quién era y nunca me llevé muy bien con él, pero me gustaba lo que era y le admiraba, no sé si me explico.

Salí a entrenar con mi ropa de faena para salir de mí mismo. Una de las cosas que he descubierto a lo largo de mi vida es que en un músculo torturado hay una especie de paz que no puede hallarse en ninguna otra parte. El agotamiento extingue el mundo. Tomé asiento junto a mi pila de ladrillos mirando a Mazas. Cuando entrenaba se ponía dos enormes sudaderas muy holgadas y unos pantalones de chándal sueltos. Se aislaba de todo y se ponía a trabajar un solo músculo durante mínimo una hora, a continuación volvía a aislarse y se ponía con el siguiente. No le quitaba ojo al músculo que estuviese trabajando. Él lo llamaba «espiarlo». Vi cómo se levantaba del banco de musculación donde había estado levantando sus buenos ciento ochenta kilos

y se dirigía a «espiarse» el pecho hinchado y palpitante. Había toda una pared del gimnasio cubierta de espejos porque todo fanático de las pesas que se precie es incapaz de entrenar sin espejos. Mazas no iba a ser menos. Flexionó los músculos y se tiró del cuello de la sudadera con sus rudas manos de dedos cuadrados para poder asomarse y concentrarse en el pecho. Luego, de repente, estiró el cuello hasta abajo del todo para exponer el pectoral ante el espejo y se quedó contemplando su reflejo, en flexión, inflado, completamente absorto. Al rato volvió a cubrirse el pectoral con la misma brusquedad que cuando lo sacó a la luz y se dirigió al banco para tumbarse de nuevo. Hizo una serie rápida de doce repeticiones, se levantó de un brinco y volvió a asomarse por el cuello de la sudadera momentos antes de volver a posar frente al espejo para descubrir el otro pectoral y poder concentrarse en él.

Yo no era el único del gimnasio que le miraba. Los otros culturistas, incluso algún boxeador, habían hecho un alto y se habían puesto a admirar en silencio cómo posaba y se contemplaba en el espejo uno de los cuerpos más grandiosos del país.

No sé los demás, pero a mí me ayudaba. Me animaba a entrenar, me metía un poco de fuego en la sangre, me hacía querer competir conmigo mismo, subir por la cuerda, enfrentarme a una buena dosis de dolor y ver hasta dónde podía aguantarlo. Porque, al final, en lo que consiste un entrenamiento serio es en saber que vas a enfrentarte al dolor y lo único que importa es si vas a ser capaz de aguantarlo.

A tomar por culo, me dije para mis adentros, me da igual que lo haya acercado a su barco. Para empezar, me da igual cómo llegó el hijoputa de Aristóteles hasta aquí. ¿No le dijo a Pete que me dijese en cuanto me viera que iba a volver? Con eso me basta. Me sobra.

Me puse a apilar ladrillos como un puto descerebrado, pilas de siete ladrillos que luego derribaba y volvía a alzar. Sabía que Russell Mazas me estaba observando desde la otra punta del gimnasio. Sin necesidad de mirar, sabía que se había quedado inmóvil, con el cuello de la sudadera estirado pero con la cabeza vuelta en mi dirección para ver cómo latían y se hinchaban mis cincuenta centímetros de brazo.

Veréis, lo mío con Mazas funcionaba en ambos sentidos. Como un sonido y su eco. Yo rebotaba en él y él rebotaba en mí. Joder, a veces se excitaba tanto al verme hacer mis ejercicios que luego casi se mataba a hacer pesas. Y cuando era yo quien le observaba a él, me inflamaba. Y allí estábamos aquella calurosa tarde de lunes, uno contra uno, en el tórrido gimnasio.

Al tiempo que mis bestiales brazos hinchados alzaban ladrillos, las palabras resonaban a gritos en mi cabeza: «Hester, zorra de mierda, ¿qué eres tú comparada con esto?».

Seguí apilando, hice el pino con una sola mano, el número del dedo, subí por la cuerda y al llegar arriba me puse cabeza abajo, me agarré a las anillas y adopté varias veces la postura de la cruz de hierro, subí y bajé las escaleras, volví a ponerme con los ladrillos. Me empezó a sonar un silbido agudo en la cabeza. No le presté atención.

¡Venga, silbido, hijo de puta, silba hasta que revientes!

El chándal de felpa estaba empapado y goteaba formando una enorme mancha irregular en el suelo justo debajo de donde yo colgaba de las anillas. Al otro extremo del gimnasio, Mazas se estaba machacando a conciencia: remo vertical, remo inclinado con barra, laterales con mancuernas, pull-overs, press militar y vuelta al banco. Al final se puso también con el tren inferior aunque ese día no le tocaba y acabó con un peso que combó la barra olímpica al sacarla de su soporte.

No sé cuánto tiempo duró. Gradualmente, a medida que los levantadores de pesas y los boxeadores se iban marchando, me fui dando cuenta de que cada vez había menos gente en el gimnasio. Pero Russell Mazas y yo no paramos, continuamos en una especie de contrapunto, uno a cada extremo del gimnasio, perdidos en nuestro irracional mundo de sudor en el que lo único que importaba era el siguiente ejercicio.

Recuerdo haber reparado en cierto momento en el regreso de Leroy, Pete y Al. Subieron las escaleras, dos rostros grises y uno negro, deteniéndose un momento a observarnos. Para mí no fueron más que un borrón al final de las escaleras (estaba haciendo equilibrio sobre dos dedos), pero vi que Leroy llevaba el brazo contra el pecho envuelto en una venda blanca. Verle así me catapultó a una última serie frenética de ejercicios que solo di por acabada cuando alcé la mirada desde mi impulso final en los ladrillos y me topé con la mano tendida de Mazas. Me senté en el suelo y extendí el brazo. Nos dimos la mano.

—Eso es entrenar —dijo. Su hermosa boca tragó aire como si fuese agua—. Nunca podrá existir otro como tú. —El pelo le caía por el cuello en oscuros bucles húmedos de sudor que temblaban al ritmo de su respiración.

Le miré a la cara. No podía decirle nada. No había manera de decirle nada. Pensé en ir a por Al para que me tradujese. ¿Pero para qué? ¿Qué iba a decirle? Dejé vencer la cabeza sobre el pecho y al volverla a alzar él ya se estaba alejando hacia los vestuarios.

Permanecí en el suelo deseando poder seguir con el entrenamiento, deseando que no acabase jamás. Pero tuve que parar. Estaba más tenso e hinchado que una garrapata y apenas podía levantar las manos para tocarme la cabeza.

El gimnasio se vació hacia las cinco y media de la tarde y siguió así hasta después de la cena, alrededor de las siete o las siete y media, cuando empezaron a llegar los culturistas y los boxeadores que solo podían entrenar por la noche. Solíamos cenar en ese momento, porque a Al no le gustaba comer cuando el gimnasio cerraba a las diez. Decía que era demasiado tarde.

En el gimnasio solo había dos jóvenes y un viejo con un pie deforme, los tres mirándose al espejo. Llegaba el olor de la cena desde la cocina. Yo no quería comer, pero tampoco quería romper la rutina. No quería pensar en el hecho de que ella llevase ya tres horas por ahí, de que se había largado con Aristóteles y aún no había regresado, y tampoco quería pensar en que había hecho daño a ese pobre idiota por culpa de ella.

Joder, la mierda que tiene que tragar uno hasta llegar al final de lo que sea.

Regresé a la sauna y me desnudé. Después del baño de vapor me metí bajo la ducha y puse el agua lo más caliente que pude soportar. Recorrí el pasillo hasta la cocina y me subí a mi cama. El chaval estaba sentado a la mesa, en el mismo sitio donde le destrocé el brazo, con la muñeca vendada presionada contra el pecho. Al estaba cocinando en el fogón. Pete entró y se sentó enfrente de Leroy. Por el modo en que Al sacudía los codos a ambos lados de su rígida espalda supe que estaba golpeando las ollas sobre los fogones causando un gran estruendo, probablemente murmurando y gruñendo para sus adentros. Cogí una revista del estante e hice como que estaba leyendo. Al rato, vino Al y me quitó la revista de las manos. A sus espaldas, Pete y Leroy, sentados a la mesa el uno frente al otro, me miraban. Entre ellos, cuencos humeantes.

—Ya está lista —dijo Al concentrándose en el punto sobre mi cabeza donde empezaba la primera repisa de libros.

—No tengo mucha hambre —dije yo.

—Con hambre o sin hambre —me dijo—, un equilibrista tiene que comer. Hay que alimentar esos brazos.

—Quizá luego —dije yo.

—Mira —dijo él.

Alcé la mirada y sus ojos se posaron directamente en los míos, fue como si me tocara, como si nos estuviésemos balanceando mutuamente sobre algo quebradizo y peligroso. Vi que sus ojos tenían pequeñas chispas doradas y que aquel dorado casi los hacía parecer ojos de niño. Permaneció un buen rato sin decir nada y me sentí muy próximo a él. Quise decirle algo bueno, algo que le hiciese feliz, pero no se me ocurrió nada.

—Lo que fuese, fue —dijo Al—. Tú no puedes decir lo que fue, Leroy no puede decir lo que fue. Nadie puede. Pero pasó. Al no tiene que entenderlo. Al puede seguir adelante sin entenderlo. —Me tocó el hombro—. Ven a comer.

En la mesa cada cual miraba su plato. Al había preparado verduras frescas y caballas a la plancha y había añadido una cuña de queso curado para acompañar con miel silvestre y pan de trigo. Pero yo no pude saborearlo. Si me dejaba llevar por mis pensamientos, mi silla daba la impresión de mecerse suavemente y en mi cabeza el agua lamía el muelle y se oía la risa de una chica.

Tres golpes rápidos se transmitieron por la madera de la mesa hasta mi plato. Sentí que ascendían por los dientes del tenedor. Alcé la mirada y al otro lado de la mesa Leroy volvió a golpear con su cuchillo. Se miró el brazo y luego me miró a mí.

—No importa, Marvin —dijo.

Miré a Al y dije:

—Lo siento.

Al se lo dijo a Leroy.

Leroy sonrió.

—Coño, si ni siquiera está roto —dijo—. Me hicieron una radiografía y ni

siquiera está roto. Magullado fuerte, eso sí. Un poco desgarrado. Lo que viene siendo una fractura. —Se tocó el vendaje con la mano buena—. Pero en menos que canta un gallo me quito esto y a volar.

—Me alegra saberlo —dije.

Leroy dijo:

—Una vez tuve un perro que te mordía si le quitabas algo de su plato. Es natural.

—No fue por la carne, Leroy —le interrumpí—, por amor de Dios...

Al dio un golpe en la mesa, no muy fuerte, simplemente dejó caer la mano abierta junto a su plato, pero bastó para que brincasen los cuencos.

—No podemos llegar al fondo de la cuestión —dijo Al—, así que no hablaremos más de ello. Al no quiere volver a oír hablar del tema.

—Sí señor —dijo Leroy, y bajó los ojos.

Al volvió a golpear la mesa, esta vez más fuerte, y los ojos de Leroy dieron un respingo.

—¡Coño ya! —dijo Al—, ¡ahora todo va a ser normal! ¡Igual que antes! Dejaos de gilipolleces. ¡Felicidad!

Fue una de las pocas veces que le oí maldecir y Leroy volvió a fijar la mirada en su plato, pero no antes de que me diese tiempo a ver que parecía a punto de echarse a llorar porque Al le había gritado.

—Sí señor —murmuró de nuevo y se acunó el brazo vendado.

Al parecía disgustado, como con ganas de escupir. Se levantó de la mesa y se largó con paso rígido a su cuarto. Pete, Leroy y yo terminamos de comer, o al menos permanecimos sentados un poco más antes de levantarnos. Pero no creo que nadie comiese mucho. Me fui a la cama y me tumbé. Esta vez no simulé leer. Simplemente me quedé tendido con las manos detrás de la cabeza mirando la ventana junto al fregadero que daba al edificio de al lado. Leroy había abandonado la mesa y Pete estaba lavando los platos. Podía sentir el retumbar de las pesas contra el suelo del gimnasio. Los levantadores estaban llegando. Alguien se había puesto a hacer dos tiempos en la barra olímpica.

Cogí un cuaderno y un lápiz de la estantería. Golpeé el suelo con el lomo del cuaderno. Pete me miró desde el fregadero por encima del hombro. Le hice un movimiento para que se acercase un momento a la cama. Me puse a escribir en el cuaderno. Se inclinó y me tocó el brazo.

—Dijo esta noche —me aseguró—. Me dijo que dijese que lo acercaría al barco, que luego tenía que ir a ver a sus padres y que volvería después, por la noche. —Me vio mirar la ventana que había junto al fregadero. El edificio de al lado comenzaba a ser invadido por las sombras—. Parece que tarda. —Y regresó al fregadero.

Al cruzó la cocina sin mirarme y salió al gimnasio. Seguí mirando la ventana hasta que dejé de distinguir el edificio de al lado. Me bajé de la cama y me dirigí a la jaula metálica donde estaba sentado en su taburete.

—Quiero salir un rato —le dije.

—Pues sal —me respondió.

—Quiero decir en el coche —dije.

—¿A dónde?

—A casa de Hester —le dije—. Y luego lo mismo a Tarpon Springs.

—¿A Tarpon Springs? —dijo él—. Es tarde.

—Ya sé qué hora es —le dije.

—Cuidadito con cómo le hablas a Al —me dijo.

—De acuerdo —dije—. Disculpa.

—A Al no le interesan tus disculpas —dijo—. Solo te digo que te andes con ojo.

—Descuida —dije—. Dile a Pete que primero me lleve a casa de Hester. Está en la esquina de la Tercera con el Bulevar Cincuenta y Tres. Luego dile que si se lo pido me lleve a los muelles esponjeros de Tarpon Springs.

—¿Qué se te ha perdido a ti en los muelles esponjeros? —me preguntó.

—Yo qué sé —le respondí.

Se quedó observándome un rato desde el otro lado de la jaula metálica y luego dijo:

—Al está cansado de verte hoy. Mejor vete.

Al se lo dijo todo a Pete y Pete fue a por el coche mientras yo le esperaba en la acera. No se volvió a mirarme ni una sola vez en todo el trayecto por la ciudad. Sentado con la gorra calada casi hasta el puente de su nariz aplastada, las luces amarillentas del salpicadero proyectaban sombras y hacían que su viejo rostro picado pareciese más accidentado aún. Cuando llegamos a la Tercera con el Bulevar Cincuenta y Tres, la casa estaba oscura.

—Parece que ni rastro del Volvo —dijo él.

Me entraron ganas de decirle que no hacía falta ser un puto halcón para verlo. Me miró por encima del hombro. Nos quedamos sentados, mirándonos el uno al otro. Yo tenía que esperar a que hablase y él me estaba castigando por lo de Leroy. Sin pensármelo, alcé la mano hacia el brazo que había apoyado en la parte posterior de su asiento.

—No estarás pensando en espachurrar también el brazo del viejo Pete, ¿verdad?
—Sonrió sin el menor rastro de temor en su rostro.

Negué con la cabeza y le devolví la sonrisa.

—Vas a portarte bien —dijo—. ¿Quieres ir ahora al Tarpon Springs ese?

Asentí, volvió a poner en marcha el viejo Dodge y recorrimos los treinta y seis kilómetros junto a la costa que nos separaban de Tarpon Springs. Había varios muelles esponjeros con más de cincuenta embarcaciones amarradas a sus respectivos atracaderos. La luna llena se había alzado del Atlántico al otro extremo de Florida y no habría podido estar más iluminado de haber sido de día. No tenía la menor idea de dónde estaba anclado el barco del griego, ni del aspecto que tenía. Pero me sabía el nombre. Se llamaba *Partenón*. Hester me lo había dicho un día. No recordaba cuándo, pero sí recordaba que me lo había dicho y que pensé que había que tener una

imaginación de mierda para llamar a un barco *Partenón*.

Pete aparcó, se caló la gorra y, al momento, se quedó frito. Salí del coche y me dirigí al primer muelle. Me llevó un buen rato dar con el barco. Había unos cuantos griegos mierdosos sentados por allí y cada vez que me acercaba a una de las embarcaciones veía que se levantaban y se me quedaban mirando. Les veía señalarme. Creo que uno me lanzó algo, puede que el tapón de una botella. De uno de los barcos descendió un joven y trató de hablar conmigo. Quiso saber qué era yo.

—¿Qué eres? —me dijo.

Seguí avanzando hasta el final del muelle. No tenía ni puta idea de lo que estaba haciendo. Me pregunté para qué demonios había ido hasta allí. Pero lo sabía. En mi interior lo sabía. Quería verlo con mis propios ojos. Quizá se pueda engañar al oído. Todo el mundo engaña a todo el mundo con la boca. Pero nadie puede engañar al ojo. El sentido supremo, el ojo. Lo leí en alguna parte. No dejé de pensar en eso mientras buscaba el barco.

El *Partenón* estaba al final del todo, en el tercer muelle. Vi el Volvo antes de ver el barco. Estaba aparcado al otro extremo del muelle. Al acercarme vi el nombre en el lateral del barco. Al principio pasé de largo, seguí andando hasta el final del muelle y me senté. Dejé pasar unos minutos, luego retrocedí y me metí en la angosta pasarela que unía el muelle con el barco. Había luz a bordo. Todas las escotillas estaban iluminadas. Las fui recorriendo y me paré ante cada una de ellas. Me sentaba, alzaba los brazos, me propulsaba hasta el borde metálico de la escotilla y me asomaba. En la primera solo vi un rollo de soga de cáñamo y unas cuantas redes tiradas por el suelo. En la siguiente algo parecido a una cafetera de metal y unos lavabos metálicos. Di la vuelta al barco asomándome a todas las escotillas, una por una, sin ver nada más que porquerías, la clase de cosas que uno se espera encontrar en el hogar de un puto griego o un hispano de mierda.

Entonces di con ellos. Un camarote pequeño, pero de lo más acogedor. Un sofá, una cama, una lámpara con pequeñas borlas amarillas en la pantalla y hasta una alfombra en el suelo. Estaban en el sofá. Desnudos. Lo único que pude pensar al verla fue lo hermosa que era. Tendida, larga y morena como un pan recién salido del horno, con su bikini de piel blanca marcándole los pechos y la zona inferior del vientre. Aristóteles estaba al otro extremo del sofá con las manos posadas en sus rodillas, y yo, colgado del borde metálico de la escotilla, vi cómo hundía el rostro entre sus piernas y la devoraba. Había una botella de vino abierta en el suelo y dos vasos. Ella estaba empapada. Un charquito plateado de sudor le cubría el ombligo. Vi cómo le temblaban las piernas, cómo se le arqueaba la espalda y se estiraba, los dientes blanquísimos en su boca abierta.

Me dejé caer de la escotilla y regresé al muelle.

En el coche, Pete no estaba dormido, pero hacía como que sí. Me senté, alcé la mano para abrir la puerta de atrás y me subí.

—¿Ya nos vamos?

Me miraba por encima del asiento. Yo ni asentí ni nada por el estilo. La imagen de ella en el sofá con él lamiéndole allí abajo me ardía en los ojos. Me quedé sentado mirando al vacío. No sé si Pete añadió algo, pero cuando volví a tomar conciencia de su voz ya nos encontrábamos junto a la acera en frente del Fireman's Gym y Pete había salido y me había abierto la puerta. Estaba de pie en la acera, mirándome.

—Marvin Molar —dijo—, escúchame, escucha a este anciano que ha visto todo lo que puede llegar a pasarte en la vida. Hay un montón de maneras de morir en este mundo, y la peor de todas es a causa de una mujer. No hay un solo hombre caminando sobre esta buena tierra de Dios que pueda librarse de morir un día a causa de una mujer. Todos podemos. Y algunos ya lo han hecho. Pero es una manera de irse de lo más ordinaria. ¿Entiendes?

Me sostuvo la puerta y bajé a la acera, luego subí las escaleras del gimnasio. Todo estaba oscuro, los levantadores de pesas se habían ido, la luna que entraba por las ventanas iluminaba las repisas, las cuerdas, los sacos y el ring de entrenamiento.

Tanteé hasta mi cama y me subí. No me desvestí, me tendí panza arriba viéndola aún detrás de mis párpados, su piel clara resplandeciente de sudor, y el griego estirándose para alcanzarla con la lengua, y pensé: el negro tiene razón. Todo lo que puede llegar a pasarte en la vida, ella se ha largado y yo estoy aquí, de vuelta en la casilla de partida, en el lugar al que pertenezco. Y puede que no sea mucho, pero algo es algo. Y me basta. Ha de ser así.

Pete entró en la cocina y se quedó parado un momento, tez púrpura a la escasa luz de la luna, mirándome antes de proseguir su camino y desaparecer en su cuartucho. Permanecí tumbado con las mandíbulas atenazadas hasta que empezó a dolerme, concentrado (igual que me concentro al hacer la flexión final, cuando los brazos proclaman que no pueden más, que es imposible), concentrado en borrarla a fuego del interior de mis párpados.

Puede que fuese porque estaba agotado, puede que por no haber podido comer, pero fuese por la razón que fuese, me quedé dormido y soñé que estaba con Al, Pete y Leroy en la playa, charlando y contemplando el océano, riéndonos y queriéndonos como nunca nos habíamos querido desde el día que nos conocimos. Yo podía hablar y les estaba contando todo lo que estaba loco por contarles, y se estaban riendo, y Al, que no tenía que traducir nada, estaba sentado en la arena y nos sonreía.

Entonces, de pronto, me desperté. Forcejeaba con la ropa que no me había quitado y forcejeaba para oír, porque seguía medio inmerso en aquel sueño en el que podía oír, y entonces me di cuenta de que estaba despierto y que no había nada que oír ni que decir. Rodé hacia la pared, luego hacia el otro lado, tratando de comprender dónde estaba y qué estaba sucediendo. Entonces la oí. La oí. Al principio el dulzor, luego el aceite con el que se frotaba cuando tomaba el sol, luego su pelo y el aroma medio dulce a corrupción que desprendía cuando me amaba en su apretada y reducida habitación, con su madre golpeteando mensajes desde el otro lado de la pared que daba a la cama.

Estaba de pie a mi lado. Sentí que me tocaba. Me cogió una mano y la presionó contra sus labios. Alcancé la linterna y le iluminé la boca.

—Siento haber tardado tanto —dijo.

Y después:

—¿Qué haces ahí tumbado con la ropa puesta?

Apagué la linterna. Contemplé su silueta oscura dejando caer la ropa junto a la cama. Luego sentí sus manos en mis piernas, desatándome, luego quitándome la ropa. Una vez desnudo se metió en la cama conmigo. Pero la imagen de ella despatarrada con el griego en el sofá llameó en mis ojos cuando me estrechó entre sus brazos y de mi garganta surgió un grito horrible, una especie de aullido que no cesó mientras permanecí allí tumbado, escuchando en la oscuridad.

7

Los siguientes días no los tengo muy claros, aunque los tengo bastante claros, no sé si me explico. Me refiero a que Hester estuvo todo el rato rondando por el gimnasio, y esa parte la recuerdo con bastante claridad. Se puso a entrenar y dio muestras de poseer un talento nato para el equilibrismo. Ese talento procedía de su espalda. Tenía una espalda extraordinaria, fuerte y flexible. Por supuesto, de ahí le venía también su ímpetu. No me cansaba de mirarla moverse por el gimnasio, aquellas piernas tremendas, la espalda que le proporcionaba aquel ímpetu. Dios, era estupenda.

Así que esa parte la recuerdo con claridad, pero hubo otra que fue como un sueño. Aristóteles Parsus. Él fue como un sueño. Lo de ellos dos juntos fue como un sueño, algo que yo debía haber soñado. Supongo que así es como quería que fuese. Sea como sea, Aristóteles no dio señales de vida. Y Hester no se marchó por las noches. Se metía en la cama. Conmigo. Cada noche retenido entre sus fantásticas piernas. Así que todo aquello tuvo que ser un sueño (Aristóteles intentando llegar a ella con la boca, lamiéndole esa tira de piel sin broncear, Hester estirada y sudorosa, yo mirando con el mentón posado en la escotilla), todo eso tuvo que ser un sueño.

Pero sabía que había sido real. No soy un puto idiota y sabía perfectamente que lo que me parecía un sueño era tan real como la vida misma. Pero era más fácil dejar que los días pasasen, dejar que todo pasase. Al fin y al cabo, ella estaba en el gimnasio conmigo. No importaba lo que hubiese hecho, no importaba con quién lo hubiese hecho, era a mí a quien retenía entre sus piernas todas las noches.

A veces, de noche, entre las sábanas, yo encendía la linterna y le mostraba mi mano: «Joder, estás aquí».

Ella me arrebató la linterna y se dirigía el haz de luz a la boca mientras yo le agarraba el culo con las dos manos y ella decía: «¿Dónde si no iba a estar? Me gusta esto. Este gimnasio es interesante, no hay nada más interesante».

No había la menor duda, ella le había cogido interés al gimnasio. Por ejemplo, el cuarto de atrás donde dormían Al, Pete y Leroy. Había colgado un póster de una corrida de toros en la pared y había puesto cortinas en las ventanas. Y eso provocó algo en Al y los demás. Nunca fueron lo que se dice unos cerdos desaliñados, pero tampoco es que fuesen un dechado de limpieza. El cuarto, por lo general, también olía. No una cosa terrible, a vestuario. Pero todo eso cambió. Un poco de abrillantador Lemon Pledge. Un poco de Lysol. Un poco de aire corriente entre aquellas cortinas nuevas. Y el viejo Al dejó de intentar darle más kilometraje de la cuenta a sus calzoncillos. Pete y Leroy comenzaron a colgar la ropa en lugar de apilarla al pie de la cama o en un rincón.

Las comidas siempre habían estado bien, pero mejoraron. Hester no cocinaba siempre, solo de vez en cuando. Pero planificaba lo que íbamos a comer, hacía una lista y mandaba a Leroy a hacer la compra con Pete en el Dodge. Antes lo hacía Al,

siempre se había encargado de eso, pero ahora se ocupaba ella. Todos la amaban. Leroy la seguía por todas partes como un perro y cuando Pete no estaba dormitando en algún rincón también la seguía con sus ojos amarillentos de negro, y os aseguro que, pese a haber sido él quien me llevó a los muelles esponjeros aquella noche, Hester le gustaba, le gustaba mucho. A veces le sorprendía en un rincón, veía su vieja boca cavernosa diciendo: «Una gran mujer. Suficiente cuerda en esa mujer para atar lo que uno quiera y bien fuerte. Ha de ser la justa verdad, una mujer de andar elegante y paso firme».

Y al igual que reorganizó las comidas, reorganizó todo lo demás. Se hizo con una agenda para apuntar las citas de la sala de masajes. Antes, siempre que alguien quería darse un masaje entraba y lo decía. Si Pete y Leroy estaban y no andaban ocupados con otra cosa, se ponían a ello. Y si a Al le daba por ahí, salía de su jaula y también se ponía a ello. A veces era yo el que se subía a la mesa y le hacía pasar un mal rato al guarro de turno. Lo hacíamos según nos diera y no nos preocupábamos de citar a la gente ni de quién estaba de servicio.

Hester cambió todo eso. Establecimos turnos, ella incluida, y todo se planificaba con antelación. Hay que decir que funcionó mejor y supuso un incremento en los ingresos de casi el doble. Al la amaba. Estaba tan puñeteramente encantado de tenerla en el gimnasio que ni sabía qué hacer.

Ella le encargó dos máquinas dispensadoras de toallas para que no tuviera que andar vendiéndoselas por diez centavos desde su pequeña jaula a los fanáticos de las pesas y a los boxeadores. Metías una moneda en la máquina y aparecía una toalla envuelta en celofán. Hizo lo mismo con los complementos alimentarios, los puso en máquinas de echar monedas.

Al contaba con mucho tiempo libre. En vez de pasarse todo el día sentado en su jaula como un fantasma empezó a darse paseos por el gimnasio con los pulgares enganchados en los bolsillos traseros, sacando pecho y sonriente.

Hester llevaba en el gimnasio probablemente diez días (me refiero a diez días desde que la encontré en el *Partenón* con Aristóteles) cuando llegué de hacer un pequeño bolo en una zapatería que estaba liquidando por cierre. Llevaba cinco años liquidando por cierre y yo actuaba cada año, y siempre se convocaba un buen público, un público entusiasta. Así que me sentía de lujo cuando subí al gimnasio con Pete, que me había llevado en el Dodge. Pero no íbamos ni por la mitad de las escaleras cuando supe que algo iba mal.

No se percibía sonido en la madera. En los escalones de madera gastada reinaba un silencio sepulcral. Tenía que haber sentido en las palmas de las manos el rápido repiqueteo de la pera de boxeo, o la vibración en los dientes de una barra olímpica al golpear el suelo. Pero ni rastro de sonido en la madera. Nada.

En cuanto coroné la escalera vi que todos los fanáticos de las pesas y los boxeadores se habían amontonado alrededor de la jaula de Al. Sus rostros solemnes como máscaras. Pete me alcanzó y se detuvo. Me tocó el culo. Alcé la mirada.

—¿Qué crees que pasa?

Tuve un escalofrío. Lo primero que pensé fue que a Al le había dado un ataque al corazón y estaba tendido allí dentro, gris y muerto. Me lancé por el suelo, balanceándome de una mano a la otra, abriéndome paso a empujones entre las piernas sudorosas hasta llegar a la puerta de la jaula. Al estaba sentado en su taburete. Tenía un clavo rielero envuelto en un trapo entre los dientes, y una mano a cada extremo, presionando hacia abajo. Sus viejos brazos fibrosos y ligeramente temblorosos. Las venas hinchadas en las muñecas y serpenteándole por los antebrazos. La arteria del cuello gruesa como un lápiz. Las aletas de la nariz ensanchadas, bombeando sobre el clavo envuelto. No había luz en la jaula (nunca la hubo) y Al temblaba en medio de las sombras, el rostro más gris que nunca, pero ahora con un horrible tono violáceo. Hester estaba detrás, inclinada muy cerca, susurrándole a la oreja, pero en aquella penumbra fui incapaz de distinguir lo que le decía. Le estaba frotando la nuca hinchada con movimientos lentos y circulares. Al conservaba casi todos sus dientes. Se le habían podrido algunos del fondo, pero lucía una dentadura casi completa. Es tan viejo que se le han ido oscureciendo y ahora tienen el mismo color de la mierda cuando llevas tres o cuatro días estreñido. Y no solo eso, los tiene picados y agrietados, pequeñas líneas retorcidas como las vetas de las rocas de cuarzo. Me quedé petrificado mirándole, cautivado ante su esfuerzo, y me dio la impresión de que se le iban a hacer añicos los dientes e iban a salir despedidos como trocitos de cristal.

Entonces, todo lo lento y suave que cabía esperar, el clavo comenzó a doblarse. Fue en ese momento cuando me di cuenta de que había estado conteniendo la respiración. Igual que todos los demás. Salvo Hester. Ella estaba tan campante, el rostro tan relajado como si estuviese en el zoo viendo a un mono despiojarse. Y una vez que Al comenzó a doblar el clavo, ya no cesó hasta que le dio la forma de una u invertida que le enmarcó el mentón. Había estado todo el tiempo con los ojos cerrados pero cuando se desprendió el clavo de entre los labios, abrió los párpados y alzó sus viejos ojos amarillentos hacia los fanáticos de las pesas y los boxeadores. El suelo retumbó bajo mis manos al ponerse todos a aplaudir, a gritar y a dar saltos. Todos menos Hester. Ella extendió lentamente el brazo y le quitó el clavo de la mano. Lo desenvolvió con una lentitud exasperante. Los demás seguían aplaudiendo y aporreando. Un par de culturistas se pusieron a golpear la pared con los antebrazos. Pero el rostro de Hester permaneció impassible. Como el de Al. Él la miraba. La miraba mirar el clavo desenvuelto. Ella le daba vueltas como si se tratase de un tumor que estuviese examinando. Alrededor de medio minuto más tarde, miró a Al y sonrió. Se quedó completamente inmóvil cuando ella se inclinó y presionó sus labios húmedos contra su vieja frente oxidada.

Leroy, que estaba detrás de Hester, se volvió ciegamente y se estrelló contra el lateral de la rejilla metálica de la jaula que se combó como una lámina de goma y le propulsó por la puerta hacia fuera. Se le quedaron las marcas cruzadas de la rejilla en

la cara y se puso a reír, balbuceando entre sus labios reventados: «¿Lo has visto? ¿Has visto a Al? ¿Has visto...?».

Sentí que Pete me tocaba. Alcé los ojos. Lucía su vieja sonrisa de encías azuladas pero transmitía una tristeza que te partía el corazón.

—Ahí lo tienes —dijo—. Ahí mismo lo tienes.

Y se largó.

Yo estaba cansado del bolo en la zapatería y ver a Al con el clavo en la boca me dejó aún más exhausto. Fui a la cocina y me subí a la cama. Entrelacé las manos por detrás de la cabeza y traté de relajarme. Pero incluso con los ojos cerrados seguía viendo a Al apretando los dientes como si le fuese la vida en ello. Hacía cerca de diez años que Al había dejado de hacer sus números: desgarrar pelotas de tenis, doblar monedas o descuartizar mazos de barajas; decía que era demasiado viejo para eso. A veces hablaba de ello con algún fanático de las pesas, y tenía sus fotografías para demostrar quién era y qué había hecho. No tenía la menor idea de por qué me había molestado tanto verle doblar el clavo. Joder, si le apetecía reventarse una vena haciendo de nuevo sus numeritos, ¿a mí qué?

Para intentar no pensar en eso y relajarme, me senté en la cama para alcanzar un libro de la estantería. Pero no llegué a hacerlo. Me detuve a mitad de camino con el brazo en el aire. No sé cómo no las vi al entrar, pero justo delante de mis ojos, en el mismo estante donde antes estaba la fotografía de Al posando en la cubierta del acorazado, había ahora otras tres fotos de Al que no había visto nunca. Las tres de distintos desastres, fotografías como la del Hudson Hornet pasándole por encima de la cabeza.

En una Al estaba en una jaula y tenía un oso sentado en la espalda hundiéndole los colmillos en las nalgas. Al estaba gritando.

En otra Al estaba en cuclillas bajo una viga de madera con cuatro hombres gordos sentados en cada extremo. Pero se le había dislocado la rodilla y se había vencido encima. Estaba gritando.

En la tercera pude imaginarme perfectamente lo que había pasado. Al se colgaba. Cogía una cuerda, se la ataba al cuello, se subía a una silla, la derribaba de una patada y se quedaba suspendido del cuello. Siempre se hacía atar las manos por detrás para que pareciera más peligroso, y así lo hizo y así de peligroso pareció. El caso es que luego alguien tenía que volverle a poner la silla bajo los pies. Y el caso es que, el día que se tomó aquella fotografía, nadie lo hizo. Al tenía los ojos cerrados, la cara negra y la lengua fuera. Y una expresión de absoluto y humillante terror grabada en las mejillas y en los pliegues de los ojos. No estaba gritando.

Me volví a dejar caer sobre la cama mirando al vacío. Poco después entró Hester. Agité la mano hacia las fotografías.

—Joder —dije—. Joder.

Hester sonrió.

—No siempre llueve a gusto de todos.

—Me lo vas a decir a mí —dije yo.

—Ya —dijo ella.

—¿De dónde has sacado eso? —pregunté—. Ni yo sabía que las tenía.

—Estaba segura de que tendría más por ahí, aparte de la del coche en la cabeza —me respondió—. Así que fui y se lo pregunté.

—Fuiste y se lo preguntaste y entonces él las sacó, ¿así?, ¿sin más?

—Bueno, más o menos —dijo ella. Señaló las fotografías—. Verás, en esa primera se suponía que Al tenía que luchar con ese oso y...

—¡Ya lo sé! ¡Ya lo sé, joder!

—¿No acabas de decir que no sabías ni que las tenía?

—Y no lo sabía, pero un puto desastre no deja de ser un puto desastre —dije yo—. No me tomes por imbécil.

—Oye, Marvin, relaja. Yo creo que son interesantes.

—Puede —dije—. Pero no veo por qué el viejo querría exponer sus fracasos en la pared.

—Yo tengo una teoría —dijo ella—. Los fracasos te hacen entrenar más fuerte. Para eso, son mejores que los triunfos.

—Los fracasos te hacen entrenar más fuerte —dije yo—. ¿Entrenar? ¿Has dicho entrenar? ¡Por amor de Dios!

—Exacto.

—¿Y desde cuándo está entrenando Al?

—Desde esta mañana —dijo ella.

—¿Entrenando para qué?

—Para el 4 de julio.

Me quedé tumbado boca arriba diciéndome que en algún momento debía haber tomado un giro equivocado, sin darme cuenta debía haberme perdido una transición y por eso había acabado en medio de esta especie de conversación delirante, pero enseguida concluiría y todo volvería a estar bien.

—Aún tenemos dos días de junio —dijo ella—, así que hay tiempo de sobra.

Al parecer no iba a concluir tan enseguida. Desesperado, me dije: «Esta locura va a seguir para siempre y a mí no me va a quedar otra que amoldarme».

—Tiempo de sobra —repetí. Ni siquiera se trataba de una pregunta. Lo repetí y ya está.

—Para entrenar —dijo ella.

—Para el 4 de julio —dije yo.

—Exacto —dijo ella—, en Clearwater Beach. Hay un certamen de belleza. Y fuegos artificiales. Lo de siempre. Solo que este año Al va a hacer una exhibición.

—Madre mía —dije yo—. ¿Y puede saberse cómo le has convencido?

—Yo no le he convencido de una puta mierda —dijo ella.

Sus labios se volvieron gélidos al decirlo; apenas se movieron. Pensé en la calidez que eran capaces de transmitir. En lo mucho que los echaría de menos si se

marchaban para siempre. Nada volvería a ser lo mismo. Sus piernas eran tremendas. Sí. Pero su boca, aparte, resultaba inspiradora.

—Vale —le dije—. Tú no le has convencido. De todas formas no quería decir eso. No te lo tomes a mal.

—Yo no voy por ahí convenciendo a la gente de nada. La gente hace lo que le da la gana.

—Exacto —dije—. De acuerdo.

Transcurrió un momento incómodo en el que ambos nos sostuvimos la mirada. Yo no sabía si debía intentar seguir hablando con ella del tema o no. Al final, esforzándome por que mis dedos parecieran de lo más espontáneos, dije:

—Oye, ¿y qué es lo que va a exhibir? ¿Qué puede doblar un clavo?

—No —dijo ella—. Eso es solo parte del entrenamiento.

—Bueno, entonces ¿qué?

—Aún no lo sabemos —dijo ella.

—El 4 de julio es dentro de nada —le dije.

—Hay un montón de cosas que puede hacer. En cualquier caso, es su decisión. Pero ya se nos ocurrirá algo.

—Hester, tiene setenta y dos años.

—¿Y?

—Y nada. Solo eso. Tiene setenta y dos.

—Te repito que yo no le he convencido de una puta mierda —dijo ella, sus labios de nuevo tensos y glaciares.

Al entró en la cocina desde el gimnasio. Su rostro aún oscurecido por el tono violáceo que había lucido en la jaula. Y cercándole la barbilla la marca roja con forma de u invertida del clavo doblado. Lo bastante como para partirte el puto corazón, pero lo que a mí me dieron ganas fue de partirle el cuello al viejo bastardo. Setenta y dos tacos y dando exhibiciones en certámenes de belleza. Lo mismo se le estaba yendo un poco la cabeza.

—¿Viste lo que hizo Al? —me preguntó.

—Vi lo que hizo —le respondí.

De haber pensado que le haría algún bien, le habría dicho que estaba como una puta regadera, pero llevaba conviviendo con Al lo bastante para saber que cualquier cosa que le dijese en aquel momento le entraría por un oído y le saldría por el otro. Además, se le veía tan encantado, tan feliz. Nunca sonreía, pero ahora estaba sonriendo. Nunca hablaba, pero ahora hablaba. Y me miraba directamente a los ojos, no de manera intermitente, sino con una fijeza mortal.

—El primer clavo que dobla Al en muchísimo tiempo —dijo.

—Lo sé —dije.

—Al ha vuelto a entrenar —dijo él.

—Ya me lo ha contado Hester.

Llevaba el clavo doblado en la mano y le vi alzar el brazo para metérselo entre los

dientes como si fuese la brida de un caballo. Se quedó inmóvil mirándome desde su altura con esa cosa en la boca.

—Tenías una pinta estupenda ahí fuera, Al —le dije.

Dijo algo con la boca pero no lo entendí porque seguía con el clavo entre los dientes.

—Muy bien —dije.

Se lo quitó de la boca y dijo:

—Al sabía que te gustaría.

—¿Y puede saberse qué número vas a hacer en el certamen de belleza? —le pregunté.

—Algo grandioso —dijo Al.

Después de sacarse el clavo de la boca se lo entregó a Hester. No dejaba de sonreír, su rostro como un faro.

—¿Doblar un clavo? —pregunté.

—Joder, no.

—Eso ya se lo he dicho yo —dijo Hester.

—Al va a hacer algo grandioso.

—¿Qué?

—Tiene que ser una sorpresa —dijo—. Ya verás.

—Pero ¿tú ya sabes lo que es? —dije.

Se disponía a decirme algo cuando Hester le tocó el brazo.

—Tenemos que darle vueltas —dijo ella—. Ya pensaremos en algo.

Al dejó de mirarla para volver a mirarme a mí.

—Ya pensaremos en algo —repitió y me guiñó un ojo.

Me volví de cara a la pared y gruñí. Permanecí así un buen rato pensando que todo se estaba yendo a la mierda y que, con toda probabilidad, las cosas iban a ponerse aún peor. Pero no pensaba hacer nada por impedirlo. Si algo tenía que cambiar (me refiero a que si había que echar a Hester o controlarla de alguna otra manera), iba a tener que ser otro el encargado de hacerlo, no yo.

Alguien me posó la mano en la espalda. Me giré para ver quién era. Era Hester. Sonreía. Era tan bella y tenía un aire tan afable que me avergoncé en el acto de mis pensamientos.

—Te toca.

—¿Me toca?

—Masaje —dijo ella.

—Estoy muy cansado, Hester —le dije, y era la pura verdad. El bolo de aquella mañana y luego el numerito de Al me habían dejado sin fuelle.

—Pidieron cita —dijo ella—, y te toca.

—Díselo a Leroy —dije.

—Acabo de mandarle a hacer la compra. Con Pete.

—Joder, ¿y no puedes ocuparte tú o...?

—Al y yo estamos entrenando —dijo ella.

Y antes de salir de la habitación añadió por encima del hombro:

—El tipo ya está preparado en la mesa, esperando.

Iba a decir que no pensaba hacerlo y que iba a quedarme donde estaba, pero Al era muy especialito con las citas. Era muy especialito con cualquier cosa que se dijese que iba a hacerse y luego no se hacía. Supongo que porque él mismo era así. A quienes venían al gimnasio, a diferencia de todos esos cabrones impostores de los gimnasios de palo que tanto abundan por ahí, nunca les decía que iban a perder diez centímetros de grasa de la cintura en menos de tres meses, ni que si se ponían a hacer pesas iban a ponerse como toros y a follar como descosidos. Jamás prometía algo que no pudiese cumplir. Y jamás prometía algo que no acabase cumpliendo.

Si me hubiese negado a dar el masaje, no habría pasado nada. Al no era de esos. Pero le habría dolido. En serio, Al sí era de esos. Se habría sentido dolido. Era de esa clase de hombres. Así que rodé fuera de la cama y me dirigí por el pasillo a la sala de masajes.

En efecto, ya había alguien en la mesa. Los pies le sobresalían por el extremo, con los dedos hacia abajo. Sentí que me atravesaba un ligero chispazo, como si me hubiesen metido un cable eléctrico por el culo hasta la boca y acabasen de enchufarlo. Conocía esos pies. Pero no podía creérmelo. Me acerqué sobre las manos hasta la silla donde estaba el libro de citas abierto. Alargué el brazo y lo bajé. Allí estaba, en la tercera línea: *Parsus, A.* Cuando me di la vuelta vi que se había sentado. No sonreía. Estaba serio y muy tranquilo, como si aquello fuese la cosa más natural del mundo. Pero yo sabía que la sonrisa estaba allí dentro. Todo su cuerpo estaba sonriendo. Una sonrisa despectiva y condescendiente de griego grasiento.

—Quiero Baby Rose Bud —dijo.

Me había quedado tan atónito que respondí sin pensar, sin entenderle:

—¿Perdón?

—Que quiero aceite Baby Rose Bud —dijo—. Hester dice que es el que deja la piel más suave.

Y ahí me tenía bien pillado. Me tenía pillado pero no me tenía pillado. No sé si me explico. Pude haberle mandado a tomar por culo. O haberme callado y largarme. Pero de haber hecho cualquiera de esas cosas, él hubiera sabido que no era ni por lo sucedido en el Ocean ni por lo del partido de voleibol, sino por Hester, porque, aun después de dejar que se mudase a vivir conmigo, él se la había vuelto a llevar al barco esponjero y se la había follado hasta sacarle los ojos. Sería admitir que yo lo sabía y que aun así la permitía seguir quedándose conmigo. Por supuesto él lo sabía. Y yo sabía que él lo sabía. Lo que hacía que darle ese masaje fuese igual de malo que no dárselo. Me refiero a que iba a masajear al tipo que me había puesto los cuernos. Así que me tenía pillado por todas partes.

Pero en realidad era peor que eso. Volví a bajar los ojos hacia el libro de citas. El nombre *Parsus, A.* estaba escrito con la letra apretada y cuadriculada de Hester. Lo

había dispuesto todo ella misma.

—¿Así que quieres Baby Rose Bud? —dije—, pues que sea Baby Rose Bud.

Fue entonces cuando me sonrió. Y ese fue su segundo error. El primero fue dejarse convencer por Hester para esto. En mi cabeza no albergaba la menor duda de que Hester lo había ideado y se lo había sugerido, probablemente echándole un polvazo de infarto para que accediese. Me acerqué al estante que quedaba a tan solo unos centímetros del suelo para coger el Baby Rose Bud. Atrapé el bote por el tapón con los dientes (un bote de plástico con un tapón de plástico) y regresé a la mesa. La mesa se había utilizado antes en la sala de operaciones de un hospital y Al la había conseguido de segunda mano Dios sabe dónde, pero era de acero, resistente y muy alta.

Golpeé la pata de la mesa con el bote de plástico de Baby Rose Bud. Aristóteles Parsus se asomó al borde para mirarme. Yo ya no iba sobre mis manos, me había sentado en mi culo.

—Vas a tener que ayudarme —dije.

—¿Ayudarte? —dijo.

—A subir a la mesa —dije.

Se veía que no lo tenía tan bien pensado.

Alzó la cabeza y se puso a mirar a su alrededor por toda la habitación.

—¿No tenéis un banco o algo así para acercarlo a la mesa?

En ese momento supe con total certeza que no lo tenía tan bien pensado en absoluto. Todo había sido idea de Hester.

—Un banco no me serviría de nada —dije.

Alcé mis manos gruesas y callosas y vi cómo la idea se iba abriendo paso por la gruesa cabeza del griego. Si caminaba sobre las manos y masajeara con las manos, no podría moverme por el banco y masajearle al mismo tiempo.

—Coño —dijo—, ¿tienes que subirte a la mesa conmigo?

—Así es —le dije.

Le vi mover la cabeza para medir las dimensiones de la mesa.

—Oh, es un poco estrecha —le dije—. Pero una vez que te acostumbras no hay problema.

Hizo pasar las piernas por el borde de la mesa. Tenía unas piernas sensacionales, el muy hijo de puta. Estaba en pelotas y se quedó mirándome como si hubiese dado la vuelta a una esquina y se hubiese topado con un marciano sentado en medio de la acera. Era evidente que no sabía por dónde agarrarme.

—Por los sobacos —le dije.

—¿Perdón?

—Que me cojas por los sobacos —dije—. Solo peso cuarenta kilos. Puedes hacerlo.

Tendió los brazos y me agarró. Yo era lo bastante pesado como para que no le quedase más remedio que estrecharme contra su cuerpo al subirme a la mesa. Se puso

colorado y sentí que se estremecía. Hay un montón de gente que se piensa que Aristóteles no le hace ascos a nada. Pero no es así. Aristóteles jamás chuparía una polla. Y tampoco es que sea un experto en la puerta de atrás. Lo suyo son los coños, y tener que abrazarme de aquella manera superó un poco sus expectativas. Joder, a mí no me importó. Ya estaba más que habituado. Me había revolcado sobre aquella mesa de operaciones con la mitad de pervertidos de Clearwater. Me depositó en la mesa y se quedó mirándome. Le hice un gesto para que se tumbara.

—Manos a la obra —dije, ofreciéndole la sonrisa más malvada de mi repertorio—. Marchando un Baby Rose Bud especial.

Se tendió boca abajo. Yo me senté en la curva de su espalda, lo cual no era en absoluto necesario. En la mesa había espacio más que de sobra para deslizarse junto a quien me dispusiera a restregar. Pero boté en su espalda con todas mis fuerzas. Giró el cuello para clavarme los ojos. Yo ya sabía para entonces que el pobre diablo no estaba muy seguro de dónde se había metido. Le derramé casi la mitad del bote de Baby Rose Bud entre los hombros. Dejé el bote en la mesa y le dije que se relajase. Él siguió forzando la postura para mirarme por encima del hombro. Tenía el rostro colorado por mi peso en su espalda.

—Oye —dijo—, mira, yo...

Le mandé callar con un gesto de la mano y le dije:

—Relájate, no nos llevará más de un minuto.

Volvió la cabeza y posó la mejilla en la sábana. Medí con cuidado y le golpeé con todas mis fuerzas en la base del cráneo. No lo maté de milagro, aunque después del impacto pensé por un segundo que lo había hecho. No fue mi intención golpearle tan fuerte, aunque sí que lo fue, no sé si me explico.

Él seguía respirando, pero se quedó más frío que un bacalao. Alcé la mano y le metí un mamporrazo entre los omóplatos. Salpiqué de pequeñas gotas aceitosas toda la pared de enfrente. Se le quedó impresa la marca roja de mi mano, perfectamente visible. Acto seguido, le di otro manotazo en el hombro. Y le dejé otra marca. Luego me cebé en las costillas antes de darle la vuelta y propinarle otra buena serie de guantazos por delante. Puede que le acabase dejando cerca de veinte marcas al bueno de Aristóteles Parsus. Luego lo tiré de la mesa.

Me quedé mirándolo alrededor de un minuto sintiendo un hormigueo en las manos, sintiéndome de puta madre. Luego tanteé por debajo de la mesa, agarré la escoba y me puse a aporrear la pared con el mango. No llevaba más de cinco o seis golpes cuando Hester entró corriendo. Se detuvo en la puerta y sus ojos volaron de Aristóteles, que no se había movido y que, en apariencia, no respiraba, a mí, sentado en la mesa tan campante.

—Se ha caído —dije.

Lo que, desde luego, era cierto.

Tercera parte

8

Ella sabía tan bien como yo que Aristóteles no se había caído de la mesa, o mejor dicho, que se había caído de la mesa (al fin y al cabo estaba ahí abajo tirado), pero no sin ayuda. Me encantó la expresión de su rostro. No podía creerme. Aunque nadie lo ha hecho, nunca. ¿Quién, por ejemplo, ha visto a un hombre sostenerse en equilibrio sobre un solo dedo? ¿Y luego ponerse a dar vueltas? Puede que uno o dos chinorris de la China de Mao. Pero esos no cuentan, porque todos sabemos lo que es capaz de hacerle Mao a un chinorri si no se sostiene sobre un dedo y luego se pone a girar. Pero un puto estadounidense acostumbrado a las cenas congeladas, a la Coca-Cola y a tumbarse a la bartola en su dúplex esperando la jubilación, no necesita disciplina ni dificultades porque el presidente y sus B-52 ya cuentan con toda la disciplina que precise el país o cualquiera de sus habitantes y él mismo se ocupará personalmente, echando mano de ellos, de cualquier dificultad que pueda surgir.

Vale. De acuerdo. No pretendo ponerme en plan político. Que conste, nada más lejos de mi intención. Paso de política. Me la suda bastante, tanto los de un lado como los del otro, y soy muy consciente de que a casi nadie más le importa una mierda, pero solo estoy tratando de explicar cómo ocurrió lo que ocurrió. No es que vaya a cambiar las cosas. Ya lo sé.

—¿Qué le has hecho, capullo? —me preguntó por fin.

—Se cayó de la mesa —respondí.

—Eso lo dirás tú.

—No cabíamos —dije—. Le estaba poniendo el Baby Rose Bud, que es lo que me dijo que quería, y se cayó.

Ella retrocedió y vi que gritaba algo hacia el pasillo. Aristóteles estaba empezando a sacudirse por debajo de la mesa. Ella se acercó y se arrodilló junto a él en el suelo. Al (supongo que fue a él a quién había llamado a gritos) entró.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Un Baby Rose Bud especial —dije—, y se cayó.

Me había tumbado boca abajo y miraba cómo se afanaban sobre Aristóteles Parsus. Sus piernas se sacudían con pequeños espasmos, me recordaron a las piernas de Ingemar Johansson cuando Floyd Patterson le encajó aquel mítico derechazo.

Aristóteles había abierto los ojos. Tenía las pupilas dilatadas, del tamaño de las gomas de un lápiz. Movía la boca como un pez. Boqueaba y boqueaba. Al cubrió discretamente su pequeña polla griega con una toalla. Aristóteles estaba tendido de espaldas y se apretaba la mano derecha al pecho. Se le movía débilmente, una especie de aleteo en los dedos. Trataba de decir algo. Hester intentaba descifrarlo. Entonces los tres lo entendimos al mismo tiempo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó—. ¿Qué me ha pasado?

Dejé caer la mano por el borde de la mesa y la moví delante de sus narices.

—Fue el Rose Bud especial —dije.

Al me miró desde abajo.

—A Al no le gusta que te cachondees. El muchacho se ha hecho daño.

—Joder, le ha dado una paliza de muerte —dijo Hester. Se lo dijo a Al y se lo dijo hablando, pero vi el sobrecogimiento en su rostro y también debió transmitirse en su voz. Levantó los ojos para mirarme—. Le has dado una paliza de muerte.

Las marcas de las manos no se le habían ido. Se veían tan claras y tan bien perfiladas en su piel blanca que casi parecían pintadas. Le di más fuerte, supongo, de lo que pretendía. Lo hice todo más fuerte de lo que pretendía. Tenía la piel ampollada.

Hester había encontrado el bulto en la base del cráneo. Lo recorrió con sus dedos. Se le abrió ligeramente la boca mientras lo palpaba con ternura. Tomó la mano enorme de Al y la introdujo por debajo de la cabeza del griego para que también pudiese palparlo. Al giró el mentón de Aristóteles y se agachó un poco más para poder ver con los ojos lo que sentían sus dedos. A continuación, se puso en pie.

—¿Por qué? —me preguntó.

Yo no le respondí. Entenderéis que no tenía manera de explicarme. ¿Por dónde habría podido empezar? Además, todo lo que sabía lo sabía porque lo sabía, no porque pudiese probarlo. Pero Al tenía cara de pocos amigos. Estaba enfurecido, genuina y realmente enfurecido. No me avergüenza decir que me acojoné.

—Al quiere una respuesta —dijo.

Pude oler la ira que brotaba de su vieja piel acre. Impregnaba el aire y me acojonó. Porque yo tenía toda la razón, pero al mismo tiempo no la tenía en absoluto, no sé si me explico. Aristóteles se merecía lo que le cayó encima, pero lo único que Al veía era un cliente que había entrado en su gimnasio a darse un masaje y había acabado en el suelo con un chichón del tamaño de un limón en el cráneo y veinticinco marcas de manos en la piel ampollada.

—Al dice...

Hester le tocó el brazo.

—Vamos a subirlo a la mesa.

Me dejé caer al suelo. Veréis, antes, cuando le dije a Aristóteles que me tenía que ayudar a subir, le mentí. Podía haberme subido yo solito sin problema. Pero quería que el muy cabrón me alzase para luego darle un buen mamporrazo en la nuca. Una cuestión de justicia.

Al lo agarró por los hombros y Hester por los pies. Al levantarlo colgó de sus manos como un saco de mierda. Ella se dirigió al lavamanos que había junto a la puerta, humedeció una toalla y volvió. Le cacheteó la cara con ella, yo creo que con más fuerza de la necesaria.

Al comenzó a decirme otra cosa, pero Hester le hizo callar.

—Pudo haberse caído de la mesa —dijo ella. Al seguía sin estar convencido—. Es una mesa muy alta.

Volvió a cachetear a Aristóteles con la toalla. Este se incorporó balbuceante en la mesa, atragantándose, y deslizó los pies por el borde. Se quedó sentado, balanceando la cabeza de un lado a otro.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Al—. Cuénteles a Al lo que ha pasado, señor Parsus.

Yo estaba sentado en el suelo detrás de Al, mirando. Cuando Aristóteles me vio, se quedó pálido como un cadáver. Parecía que iba a desmayarse. Me señaló, trató de aspirar por la boca, se atragantó y volvió a dejar caer la mano sobre la mesa.

—No me acuerdo —dijo—. Recuerdo... recuerdo...

—¿Qué? —preguntó Al.

—En la mesa —dijo—, boca abajo. Yo estaba... y entonces todo se... —Me señaló—. Él...

Hester le dio otro par de azotes en la cara con la toalla empapada, lo bastante fuerte para que volviese la cabeza.

—Sigue grogui —dijo ella—. Ni siquiera sabe dónde está.

Me deslicé arrastrando el culo por el suelo hasta situarme entre Hester y Al.

—Normal, si te caes de una mesa —dije yo.

Al bajó la mirada hacia mí.

—Al no quiere volver a oír eso —dijo—. Al ni siquiera quiere verte. Sal de aquí. Ponte a entrenar un rato.

Le hice un guiño a Aristóteles, que seguía sentado. Se había quedado más aturdido, creo yo, por los bofetones de Hester con la toalla húmeda que por mi puñetazo en el cráneo. En cualquier caso, no pude evitar guiñarle un ojo. No creo que lo viese, pero eso no me impidió sentirme pletórico. Me dirigí a mi cama y me tumbé. Esa mañana me había perdido la sesión de entrenamiento por lo del bolo tempranero en la zapatería, pero me sentía demasiado distendido para ponerme a entrenar, me sentía demasiado bien. Siempre tiene que haber un poco de tensión, un poco de insatisfacción, para que el entrenamiento se dé bien. Pero en aquel momento me sentía logrado. Me sentía muy por encima de todas las cosas. Me habían jodido, pero yo le había dado la vuelta a la tortilla. Me la jugaron, pero yo se la jugué de vuelta al hijoputa que participó en la jugarreta.

Doblé la almohada para posar la cabeza, cogí la novela de Greene, *El poder y la gloria*, y pasé las páginas hasta el pasaje en que el cura borracho se topa con su Judas. Me acomodé para leer y llevaba hirviéndome cerca de media hora en la jungla mexicana con el cura a lomos de su pequeña mula, seguido por aquel Judas sonriente, más feo que el pecado y persistente como la muerte, cuando Leroy entró cargando con dos bolsas de provisiones y Pete detrás, arrastrando los pies, hablando consigo mismo y lanzando puñetazos al aire.

Pete acababa de dejar las provisiones en la mesa cuando aparecieron Al y Hester al otro lado de la estancia con Aristóteles en medio. Aristóteles se había recompuesto, tenía la mirada clara y le había vuelto el color a la cara, pero seguía habiendo algo

extraño en él, porque miraba fijamente al frente, como si se le hubiesen fundido los huesos del cuello, y sus ojos, aunque claros, manifestaban una especie de estrabismo. Pete dejó de lanzar puñetazos al aire. Se quedó mirándoles, enmarcados en la puerta, sobre todo a Aristóteles, que tenía puestos los pantalones y los zapatos, pero llevaba la camisa en la mano derecha e iba arrastrándola por el suelo. Marcas rojas de manos irradiando hermosamente por todo su pecho, por los hombros y la espalda.

—¿Qué tiene? —dijo Pete.

—Trae el coche —dijo Al—. Al quiere que lleves al señor Parsus a su casa.

—Enseguida —dijo Pete—. El señor Parsus no parece encontrarse muy bien.

Mantuve el libro ante mis ojos, pero no perdí detalle. Uno aprende a ver bien cuando no puede oír, se aprende a recurrir al rabillo del ojo, se aprende a captar todo lo que se puede y a rellenar luego lo que falta. De vez en cuando uno se equivoca, en ocasiones se cometen errores garrafales, pero en último término os sorprendería la de veces que uno da en el clavo. Yo estaba mirando a Pete por el rabillo del ojo, pero pillé todo lo que dijo. Estaba mirando a Al, aunque en realidad me lo decía a mí. Y dijo bastante más de lo que dijo. Vio a Hester marcharse aquella tarde con Aristóteles. Me llevó a Tarpon Springs. Me vio subir a bordo de aquel barco esponjero. Me vio regresar y meterme en el coche. Y ahora se topaba con Aristóteles allí, en la cocina, cubierto de manotazos, y con esa expresión chamuscada en la cara. Pete no sabía qué había pasado pero lo sabía muy bien, no sé si me explico. A Pete, pese a ser un negro sonado, no se le escapaba casi nada.

Ni Al ni Hester se dignaron a mirarme cuando sacaron a Aristóteles de la habitación. Y yo me vi de nuevo inmerso en la jungla con el cura antes incluso de que salieran por la puerta. Sin dedicarle ni un segundo a pensarlo, di por hecho que ella se iría con Aristóteles. Y ni siquiera me importó. Bueno, me importó pero no me importó, no sé si me explico. Si ella tenía que ir y follarse a Aristóteles, bueno, podía vivir con eso. No me gustaría, pero podría vivir con eso si ella regresaba a mi lado al acabar y —y esto era lo más importante de todo— siempre que lo hiciese con un poco de estilo, con un poco de clase o, dicho de otra manera, con un poco de decencia. Eso es lo que yo hice ahí atrás, en la sala de masajes, intenté enseñar a Aristóteles un poco de estilo, un poco de decencia. Tenía que aprender a apartar su culo de mi camino. Los dos, él y Hester, tenían que aprender a no joderme más de la cuenta. A joderme un poco, vale. Un tipo que ha tenido que pasar por lo que yo he pasado siempre espera que le jodan un poco. Pero no más de la cuenta.

Pero ella no se fue con él. A los diez minutos volvió a la cocina. Se plantó en medio y me miró. Yo seguía con el libro tapándome la cara, pero sentí que ella se había plantado allí en medio, que sus pasos se habían detenido sobre la madera. Luego se largó. Al cabo de un rato, Pete regresó y se sentó al borde de mi cama. Yo no podía hablar con él, así que mantuve el libro en alto. Pero estaba leyendo con muy poco entusiasmo. Me había saltado bastante de *El poder y la gloria* (me lo he leído tantas veces que puedo abrirlo por donde sea) y andaba por las páginas finales,

cuando el teniente está a punto de caer sobre el cura, y sabía perfectamente cómo iba a acabar la cosa: con una bala en la cabeza del cura. Nunca me había gustado esa parte, aun cuando no quedase otra salida. El teniente siempre daba con el cura. Pero eso no tenía por qué gustarme. Así que leía sin entusiasmo y cuando los viejos dedos de uñas azules de Pete se posaron en la parte superior del libro, dejé que lo apartara hacia abajo.

—Podías haberlo matado —dijo Pete.

Me encogí de hombros.

—Sí, eso es lo que hace esa gente cuando la encierran, levantan así los hombros. ¿Y sabes por qué? Porque no hay nada más. Podías haber matado a ese muchacho. Toqué con mis dedos el sitio donde le golpeaste ahí atrás. No me he pasado veinte años subido a un ring para no saber con qué pueden matarte. ¿Y para qué? ¿Para qué, Marvin Molar?

Dirigí la mirada hacia el techo en un intento de hacerle entender que no quería escucharle.

—Muy bien —dijo—. Solo una cosa. Se lo dejaste muy claro a ese muchacho. Muy bien. Perfecto. Pero, hijo, esa guerra no puedes ganarla. Te lo digo yo. No vas a ganarla. —Se levantó—. Ahora voy a ir al gimnasio a ver a Al. ¿Sabes lo que está haciendo ahí fuera? Pues para que lo sepas, ella le está obligando a aguantar cincuenta kilos haciendo el puente. ¡En el pecho! ¿Y por qué? ¿Tú qué crees? Una cosa sí te aseguro, antes me enfrento yo a Bo Jack^[2] ciego de los dos ojos y con una pierna rota que a la Hester esa. No te miento.

Salió arrastrando los pies y lancé el libro a su estante. Me pasé allí el resto de la tarde, al principio sin sentir nada en particular, ni bien ni mal, a verlas venir, mirando cómo se alargaba el sol contra los ladrillos del edificio de enfrente y escuchando el sonido de la madera con la mano apoyada en la pared, percibiendo el aleteo sostenido de la pera de boxeo y el estrépito estremecedor de la barra olímpica cada vez que uno de los fanáticos de las pesas desistía de un alzamiento. A medida que fue oscureciendo me fui sintiendo mejor. No sé realmente cuándo empezó, pero sí sé por qué. Fue por Hester. En algún momento, cuando los levantadores de pesas y los boxeadores comenzaron a abandonar el gimnasio y la madera junto a mi cama empezó a sosegar, me di cuenta de que Hester estaba al acecho. Me estaba acechando. No se me ocurre mejor manera de decirlo. En cierto momento apareció en la puerta, casi completamente oculta en la penumbra, entonces fue cuando me di cuenta de que me acechaba. Más tarde alcé la vista y estaba junto a la mesa de la cocina, cortando zanahorias, solo que no se movía. Tenía una zanahoria en una mano, rosada con el último rayo de sol moteado de polvo que entraba por la ventana, y el cuchillo en la otra, mirándome como paralizada. Y tenía una pequeña deformación en la boca, una expresión extraña que jamás, —y digo bien: jamás—, le había visto. Parecía tan desamparada, tan agotada, tan derrotada, era como si me estuviese pidiendo que hiciese algo, que dijese algo, que me convirtiese en algo capaz de

arreglarlo todo. Claro que eso era solo lo que parecía. Y siempre he sabido que uno no puede fiarse de las apariencias. Es lo que siempre digo: pon apariencias en una mano y mierda en la otra, y ya verás cuál se llena antes. Pero aun así ella tenía esa expresión en la cara y no dejaba de merodear alrededor de mi cama, de un lado a otro de la cocina, sin quitarme ojo de encima.

Cuando llegó la hora de la cena, di por sentado que la tenía completamente a mis pies. Aunque habría que esperar a ver si se largaba del gimnasio después de comer.

No se fue. Se pasó toda la cena sentada con la mirada perdida en su plato, pasando el pan o lo que fuera si alguien lo pedía, respondiendo cuando alguien se dirigía a ella, siempre despegando los ojos del plato para mirarme antes con timidez.

Me provocó una erección tremenda. Verla así de doblegada me la puso dura. Aproveché que Al estaba mirando hacia otro lado para levantar la mano y decirle:

—Tengo la polla como una piedra.

Os juro por Dios que creo que se ruborizó. Puede que no, puede que fuese la luz, pero a mí me lo pareció. Apretó los labios, se le enrojeció mucho la piel alrededor de los ojos y cuando Al se inclinó para llevarse otro enorme bocado a la boca, ella dijo:

—¿Qué has dicho?

—Que me has puesto la polla como una piedra —dije—. No puedo más.

Eché la cabeza hacia atrás, su hermosa garganta se arqueó a la luz, abrió su gruesa boca y pude sentir la vibración de su risa en la mesa. Cuando volvió a mirarme, su boca estaba más húmeda y más voluptuosa que nunca, sus ojos negros y brillantes como aceitunas empapadas.

—No puedo más.

—No te preocupes —dijo ella—. Yo sí que puedo. —Entonces hizo una cosa con su lengua puntiaguda—. Yo puedo con toda. Enterita.

Estuve a punto de no poder evitar darme un cabezazo contra la mesa. Pete fue el único que vio el movimiento de nuestros dedos cuando hablamos. No podía entenderlo, pero me consta que miró. Frunció los labios y se mordió los carrillos de un modo lento y vacilante, como esa gente que a veces se pone a chupetear una cerilla. Luego se levantó y abandonó la mesa.

—¿Qué mosca le ha picado? —dijo Leroy.

Al izó la mirada.

—¿Qué?

—Pete. ¿Qué le pasa?

—¿Y Al cómo va a saberlo? ¿Por qué no va a ser lo mismo que le pasa a él? Es lo que nos pasa a todos los que estamos aquí.

Era a mí a quien miraba. Hice rodar unos guisantes por el plato y actué como si no me diese cuenta. Hester se estiró, le puso la mano en el brazo y juro por Dios que dijo lo siguiente:

—Pobrecito mío, hoy mi bebé ha entrenado demasiado duro.

Al exhibió hasta el último de sus viejos dientes cascados. Un bebé de setenta y

dos años que había entrenado demasiado duro. Hay que reconocérselo a Hester. Lo tenía en su poder y él estaba encantado.

—Mañana hay que tomárselo con más calma —dijo ella.

—De acuerdo —dijo Al.

—Te estás poniendo en forma —dijo ella.

—¿De verdad crees eso de Al? —dijo él.

—Claro —dijo ella.

Ahí le dio. Al no ha hecho otra cosa en toda su vida que entrenar. Ha entrenado a más tipos que pelos tiene Hester en el coño. Pero he ahí la trampa. Ese coño. Al, a pesar de ser tan viejo, aún conservaba el olfato y podía olerlo incluso cuando ni sabía que lo estaba oliendo. Lamentaba verle actuar como un idiota, pero aquello parecía hacerle feliz y me imaginé que estaba viviendo una segunda infancia.

—Mañana nada de puentes —dijo ella.

—No... —Al contó con la mano—. No falta mucho para el 4 de julio.

—Ni lo pienses —dijo ella—. Vas bien.

—¿Pero nada de puentes? —dijo Al.

—No —dijo ella—. Nada de puentes.

Supongo que sabréis a lo que me refiero cuando hablo de puentes, ¿verdad? ¿Puente de espalda? ¿Lucha? ¿Cuando te tumbas boca arriba, acercas los talones al trasero y arqueas el cuerpo en el aire de tal manera que al final lo único que toque el suelo sea la parte superior de tu cabeza y los pies? Los luchadores lo hacen, obviamente, para evitar que les inmovilicen contra el suelo, para que los hombros no toquen la lona. Bueno, es probable que Al solo hubiese hecho unos cuantos millones de puentes a lo largo de su vida. Incluso a su edad tenía un cuello que rondaba entre los cuarenta y ocho y los cincuenta centímetros de circunferencia. Tenía costurones, en algunas zonas le colgaba la piel, pero seguía siendo algo impresionante sobre lo que depositar una cabeza. Más o menos había la misma probabilidad de que él pudiese volver a hacer uso de uno de esos puentes como yo de un par de zapatos nuevos. Esa noche en la cama, saqué el tema.

—¿Por qué le obligas a hacer todos esos puentes?

Ella dirigió la luz de la linterna de mi mano a su boca.

—Yo no le obligo a hacer nada.

Yo dije:

—Hace lo que tú le dices que haga. Un poco de juicio tengo, créeme. No soy un puto idiota.

La boca se le suavizó bajo la luz.

—Él quiere hacer algo —dijo ella—. Ya ha hecho puentes antes. Se le da bien, no puede hacerse daño. Pero pararé si tú me lo pides.

Había sido una de esas noches. Ella cediendo en todo, estrechándose contra mí de una forma tan desamparada y succionante que no dejaba de provocarme erecciones capaces de derribar paredes. Pensé en Aristóteles tumbado ahí fuera en su puto barco

esponjero, curándose las impresiones de mis manos en su piel ampollada, puede que con una bolsa de hielo en la parte posterior del cráneo, donde le di el mamporrazo.

Hester y Aristóteles me habían llevado deliberadamente hasta el límite para ver quién tenía más pelotas, y yo lo había dejado bastante claro. Él ahora estaba tumbado en una cama de esponjas apestosas y yo estaba tumbado junto a las fragantes piernas de Hester. O puede que en realidad no exactamente tumbado junto a ellas, sino controlándolas, poniéndolas en funcionamiento. Desde el momento en que nos metimos en la cama me cebé con ella de mala manera, a lo bestia, como nunca lo había hecho antes, y ella estuvo todo el rato soltando pequeños jadeos cantarines de puro placer. Le agarré la garganta con la mano para poder sentir la vibración de la carne con el placer que le estaba dando. Tenéis que entender que cuando digo que me cebé con ella a lo bestia solo me refiero a que la amé como Dios manda. Hice que fuese bestial, vil y delicioso, pero jamás lo habría hecho de no haber sentido en mi mano el placer que vibraba en su garganta.

—No creo que deba seguir haciendo puentes —dije.

—Si eso es lo que quieres —dijo ella.

—Sí, es lo que quiero.

En la oscuridad el haz de luz de la linterna no dejaba de ir de mi mano a su boca y vuelta atrás.

—No sé qué va a hacer en la playa —dijo ella.

—Lo mismo se le pasa la tontería —dije yo.

—No creo —dijo ella.

—Va a acabar haciendo el ridículo. Es muy viejo.

Le puse la luz en la boca pero ella no quiso añadir nada. Tenía los labios hinchados y ligeramente descoloridos. Esa noche se los había machacado de lo lindo.

—Sea como sea —dije—, se acabaron los entrenamientos con Al.

—Vale —dijo ella—. Pero si sigue, te juro que no será por mí.

—Te creo —dije.

—Lo mejor sería que alguien decidiese qué va a hacer en el certamen de belleza, suponiendo que vaya a hacer algo, quiero decir, porque si yo no lo decido por él, ni tú, es capaz de hacer algo que le pase factura.

—No, no lo hará. Es un vejestorio, pero sabe muy bien qué puede hacer y qué no.

Ella dijo:

—Lo que tú digas.

Mantuve la luz de la linterna en su boca, pero no volvió a moverse. Nos quedamos tumbados un buen rato sin decir nada. Al cabo de un momento me asaltó algo en lo que no había pensado hasta entonces. Me iluminé la mano con la linterna.

—¿Hablas? —le pregunté.

—¿Cómo?

—Cuando me hablas así a oscuras en la cama, ¿haces los sonidos?

Supe la respuesta antes de que me contestara. En cuanto lo pregunté me di cuenta

de que nunca había sentido sus palabras.

—No —dijo ella—. Las palabras están solo en mis labios. No hace falta el sonido. Aunque solo fuesen susurros, podríamos despertar a Al si nos pasamos mucho rato hablando.

—No —dije yo.

—Sí que podrían.

—Desde ahora, cuando me hables, haz el sonido.

—Vale —dijo ella.

Entonces, tras una pequeña pausa en la que se acarició los labios con la lengua, dijo:

—Has hecho daño a Aristóteles.

—Sí.

—Pudiste haberlo matado —dijo ella.

Y yo:

—Supongo que se me fue la cabeza.

—Puede pasarle a cualquiera —dijo ella—. Yo me siento así constantemente.

—¿Así cómo?

—Como que tendría que perder la cabeza. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—No.

—Las cosas se vuelven tan... tan... —se movió en la cama, casi parecía que forcejeaba—... tan muertas. Todo se muere, y entonces siento que tengo que hacer algo.

—Creo que no estamos hablando de lo mismo.

—Me temo que no —dijo ella. Se apretujó contra mí presionándome la parte baja de la espalda. Se estremeció. Me apretó tanto con sus dedos que me dolió—. Solo quiero que entiendas esto. Mi única intención es seguir viva. Cuando todo empieza a morirse, no puedo evitar que me entre una soledad espantosa. No, es muchísimo peor que la soledad. Es como si no hubiese nadie más en el mundo. Como si todo lo demás fuese un desierto. La gente se agota y se muere. La comida no sabe a nada. Los árboles pierden su color, todo pierde color. El mañana jamás va a llegar. Y de nada sirve recordar el pasado. O quizá puedas recordarlo, pero te preguntarás cómo demonios has sido capaz de vivirlo y de llegar hasta aquí. —Sus labios dejaron de moverse, pero yo mantuve el foco de la linterna en su boca. Me temblaba la mano. Más que las palabras, era la expresión de su rostro. De sus ojos. La expresión de alguien que está teniendo una pesadilla y no puede escapar de ella—. Y es entonces cuando..., bueno, cuando tengo que cambiar las cosas. No puedo evitarlo. Lo que de verdad quiera hacer da lo mismo. Tengo que dar la vuelta a las cosas y hacer que todo vuelva a ser interesante.

—Madre mía —dije yo.

—Así que sé muy bien por qué le pasó lo que le pasó a Aristóteles Parsus —dijo ella.

—No es exactamente lo mismo —dije yo—. No creo que fuese así.

—Te estabas defendiendo —dijo ella. Sus ojos parecían volverse más opacos e impenetrables, alejarse de la luz—. Esperaba que lo hicieras —añadió—. Siempre lo he esperado.

La besé. Y luego le dije:

—Señorita, llevo toda la vida defendiéndome.

Ella me dedicó su sonrisa grave, lenta y suave.

—Lo haces bien. Es lo que te hace interesante —me dijo—. Marvin Molar, eres una persona interesante.

Nos fuimos a dormir exhaustos, pero yo me desperté en mitad de la noche. Abrí los ojos ante la fachada vacía y ahogada por la luna del edificio de ladrillos del otro lado del callejón. Me quedé mirándolo un buen rato antes de darme cuenta de que Hester nunca había llegado a pronunciar las palabras, ni una sola vez había hecho lo que yo le había pedido. Hice de nuevo el amor con ella antes de volver a dormirme y logré que su garganta traquetease y se agitase de placer, sentí que el placer se transmitía a mi mano y se precipitaba por mi riego sanguíneo. Pero no sentí ni una sola palabra. Lo mismo ella ignoraba que yo podía sentir el ruido de las cosas. Ella no era sordomuda, solo sus padres. Lo mismo ignoraba cómo funcionaba yo. Contemplé su rostro y su cabello oscuro sobre la almohada, y me dispuse a dormirme de nuevo pensando que probablemente había un montón de cosas que ella no sabía de mí.

9

Al siguió entrenando. Peor que nunca. Pero no hizo más puentes. En su mayor parte, lo de siempre: destrozando pelotas de tenis (tuvo que comenzar con pelotas gastadas y lisas, mandaba a Leroy a buscarlas a las canchas públicas donde se las pedía a los jugadores) y rasgar mazos de cartas (ya no podía dividirlos en cuatro pero podía partir un mazo en dos con la misma suavidad y precisión que un cuchillo). A última hora de la tarde se ponía con lo serio: medias sentadillas con cien kilos; levantamiento de peso muerto con bloqueo intermedio y nunca menos de ciento veinticinco kilos; press militar con el cinturón ancho de levantador para aguantarle la espalda. Se movía por el gimnasio con una expresión de profunda amargura en la cara. Le vi decirle a Leroy que era su cara de competición. Salvo cuando Hester andaba cerca, claro. Entonces se pavoneaba con cierta rigidez y sonreía mucho. Ingería tabletas de sal como si fuesen caramelos M&M y se daba saunas de dos horas al día. Su piel grisácea y vieja acababa rosada como la de un bebé cuando dejaba de entrenar al final de la tarde. Pero lo único que conseguía era causar la impresión de que le iba a dar un ataque al corazón en cualquier momento.

—Al, estás yendo demasiado rápido —le dije.

Se detuvo con las manos ya posicionadas en la barra olímpica, a punto de alzarla del soporte.

—¿Le estás diciendo a Al cómo lo tiene que hacer?

—¿Se puede saber qué pasa contigo? —dije.

—¿Qué pasa contigo? —dijo él—. Al tiene una actuación importante en Clearwater Beach. Fuegos artificiales. Chicas bonitas. El alcalde. Y Al. Al no ha acabado aún. Así que quítate de en medio.

—Ya te dije que no podría dejarlo —dijo Hester, que estaba apoyada en la pared, mirándonos.

—Sé muy bien lo que me dijiste.

Hester se había mantenido fiel a su palabra. No la había vuelto a ver hablar con Al del entrenamiento ni de la celebración del 4 de julio en Clearwater Beach. No es que a Al le afectase demasiado. Siguió como si nada. Si acaso, pareció enloquecer un poco más. Pero yo estaba tratando por todos los medios de no implicarme. Todo parecía ir bien, al menos tan bien como siempre habían ido las cosas entre nosotros en el Fireman's Gym.

Hester se quedaba a pasar la noche. No había vuelto a saber nada de Aristóteles Parsus y me imaginé que estaría en su barco con el resto de los griegos engañando a las turistas de mediana edad de Kansas, o lo que quiera que hicieran en Tarpon Springs ahora que las industrias Dupont habían dejado obsoletos a los griegos y las esponjas.

Al dejó caer la barra de sus hombros en mitad de una media sentadilla cuando

empezó a escapársele de las manos y los discos se estrellaron contra la plataforma de elevación. Olas de sonido corrieron hasta mis manos desde el suelo haciendo que me temblasen los huesos de la cadera. Al se quedó mirando furiosamente la barra. Russell Mazas llegó desde la otra punta del gimnasio, donde había estado haciendo flexiones en las barras paralelas. Se interpuso entre Al y la barra, resopló una vez por la nariz, hizo una sentadilla con la espalda recta y se llevó la barra a los hombros como si pesase un kilo en vez de cien. La volvió a colocar en su soporte y se dispuso a regresar a las barras paralelas. Al agarró a Mazas de la sudadera y le hizo darse la vuelta.

—¿Qué haces? —preguntó Al, con la vena del cuello pronunciada y palpitante.

Mazas no se movió. Apenas abrió un poco la boca.

—Al quiere saber qué cojones intentas hacer.

Mazas me miró. Volvió a mirar a Al. Siguió sin decir nada. Sin duda, el único tío más reservado que Al que he conocido en mi vida es Russell Mazas. Su idea de una gran conversación es: «Hola».

—Entrenar —soltó al final, y por el modo en que lo dijo nadie habría podido saber si se refería a lo que él estaba tratando de hacer o si se refería a lo que tendría que estar haciendo Al.

En cualquier caso, me interpose entre ellos. Russell admiraba a Al porque era un forzudo de la vieja escuela, pero no las tenía todas conmigo de que no acabase matándolo si le provocaba. Del mismo modo he de admitir que tampoco estaba muy seguro de que no fuese Al quien acabase matando a Russell. El viejo seguía siendo peligroso.

—Vamos, Al —dije.

—Al no va a ninguna parte —dijo, como un niño de diez años en unos columpios.

—Se te escapó la barra haciendo sentadillas —le dije—. Por amor de Dios, lo único que ha hecho Russell ha sido devolverla a su sitio. ¿Qué haces?

No sé qué sabréis vosotros de pesas, pero la cosa es así: un hombre puede hacer sentadillas con mucho más peso del que se puede llevar a los hombros, así que por lo general se coge el peso de un soporte. Pero, joder, él solo estaba entrenando con ciento veinte kilos y hasta Al podía con eso, así que todo aquel numerito era una gilipollez. Mazas lo vio, igual que yo, pero lo que no vimos, y creo que los dos lo entendimos más o menos al mismo tiempo, fue que la razón por la que Al se puso a la defensiva no fue por lo del pequeño accidente con la barra, sino porque Hester estaba mirando a cinco o seis metros. Russell me miró.

—Estás de broma —dijo Russell Mazas.

Sacudí la cabeza.

—Qué vergüenza —dijo Russell. Se dio media vuelta y se fue al vestuario, por lo visto le habíamos arruinado la sesión de entrenamiento, dejando a Al enfurecido y colorado.

—¿Qué ha querido decir? —dijo Al.

—Ni idea —dije yo.

—No puede hablarle así a Al.

Se dispuso a seguirle al vestuario pero antes de que le diese tiempo a salir de la plataforma de alzamiento, Hester le cortó el paso.

—No pasa nada —dijo ella.

—Al no lo tiene tan claro —dijo él.

—No creo que lo dijese con intención —dijo ella.

—Qué vergüenza, eso ha dicho.

—Bueno —dijo Hester—, ya sabes cómo es eso.

—Correcto —dijo Al. Volvió a dirigirse a las pesas. Yo estuve observando lo que se decían y no entendí nada. Pero Al se calmó de repente. Regresó a la barra y volvió a ponerse con sus medias sentadillas.

—No quise meterme en medio —dijo Hester.

—Vale —le respondí.

—Lo último que querría hacer es echarle leña al fuego —dijo ella.

¿Y qué podía decir yo? ¿Echarle leña al fuego? El pensamiento, las palabras me salieron de la punta de los dedos: ella te está tomando el pelo. Peor: y sabe que lo sabes. Nos quedamos mirando a Al, en tensión bajo la barra, con toda la pinta de ir a morir en cualquier momento, el rostro ceniciento, los ojos comprimidos, sus viejas piernas varicosas a punto de reventar. Yo estaba sentado al lado de ella al borde de la plataforma. Le toqué la pierna. Ella me miró.

—Sé lo que estás haciendo —le dije.

Me aguantó un buen rato la mirada. Su rostro completamente inexpresivo. Luego dijo:

—Genial, así no será una sorpresa, ¿verdad?

Y cómo si hubiese hecho una señal, se presentó la sorpresa: Aristóteles Parsus. Le acompañaba todo el equipo de voleibol. Con sus uniformes y sus zapatillas deportivas. Por un momento, al verles, me asaltó una especie de pánico. No había el menor motivo (fue algo que simplemente se apoderó de mí), pero me asusté. No, fue más que eso, me acojoné. Luego se me pasó tan rápido como me vino.

Aristóteles se detuvo con toda su tropa al final de la escalera para mirar a Al con las pesas. Los del equipo bromeaban y hablaban con mucho aleteo de manos. Pero Aristóteles permanecía completamente inmóvil e inexpresivo. Lo mismo fue eso lo que me acojonó. O lo mismo fue que Hester se mostrase tan indiferente a su aparición repentina. Lo miró desde el otro extremo del gimnasio como si no fuese más que un perro meando en una boca de incendios. Y él nos miró igual. Al seguía temblando y tenso bajo la barra. Cuando, por fin, dio un paso hacia atrás y depositó la barra en el soporte, Aristóteles se precipitó hacia nosotros. Ahora sonreía como un loco. Justo en el momento en que Al dejó la barra en su sitio, la sonrisa le brotó a Aristóteles en la cara como por arte de magia. De camino alzó el brazo y extendió la mano en mi dirección. Parecía un idiota.

Se detuvo ante mí.

—Venga esa mano —me dijo.

Yo me senté mirándole.

—Mira, escucha —dijo Aristóteles—. Como si no hubiese pasado nada. Olvidado queda. No te preocupes. Venga esa mano.

Al se dio la vuelta. Nos miró, el rostro completamente ceniciento. Un punto violáceo en cada mejilla, artificial y de aspecto falso, como si alguien se los hubiese pegado.

Aristóteles seguía con la mano tendida hacia mí. Alzó la mirada hacia Al, levantó la otra mano y dijo:

—Tiene muy buen aspecto, Al. Madre mía, se está poniendo en forma.

No sé si Al llegaría a ver siquiera lo que dijo Aristóteles. Me miraba a mí.

—Venga esa mano —dijo Al.

—Claro —dije yo, y le estreché la mano a Aristóteles.

—Te perdono —dijo Aristóteles—. Todo. Coño, ya sé que estas cosas pasan.

Yo apunté:

—De eso no me cabe duda.

La tarde había avanzado lo bastante como para que la mayoría de los levantadores de pesas y los boxeadores se hubiesen ido. Por lo común, nos habríamos ido ya a cenar, pero desde que Al empezó a entrenar cada vez cenábamos más tarde.

Los jugadores de Aristóteles daban vueltas por el gimnasio bajo la luz incierta que se filtraba por los altos ventanales, levantando mancuernas minúsculas, aporreando el saco de boxeo, intentando entre dos levantar una barra. Con sus camisetas a rayas y sus zapatillas aladas me parecieron peces nadando en una pecera. Me pregunté a qué habrían venido. ¿Les había hecho venir Aristóteles para presenciar aquel gesto, obviamente falso, de darme la mano? Pensé que más me valía estar preparado para lo que pudiese suceder, así que me alcé sobre las manos y fui a apoyarme a la pared, junto a la jaula de las sentadillas.

Había tres jugadores de voleibol al otro extremo del gimnasio. Se habían subido al ring. Uno alzó el brazo y tiró del cordón que encendía la única bombilla que colgaba del techo. De repente, el reflector de aluminio que estaba sobre la bombilla inundó el ring de una luz intensa. Los demás jugadores se aproximaron al cuadrilátero y se sentaron en la plataforma. Al, Hester y Aristóteles se juntaron al lado de la jaula de las sentadillas. Hablaban, pero ni intenté ver lo que decían.

Mazas salió del vestuario, el pelo rubio aplastado sobre la frente y oscurecido tras la ducha. Llevaba una toalla alrededor del cuello. Se detuvo nada más salir y se volvió para mirar hacia el vestuario. Se quedó absolutamente inmóvil, con sus enormes y hermosas manos alzadas sosteniendo cada extremo de la toalla. Leroy y Pete cruzaron la puerta y sentí que se me erizaba el pelo en la nuca. Los dos iban en pantalones cortos y con los guantes de boxeo. Guantes de ocho onzas. Lo mismo es que te peguen con el puño desnudo que con un guante de ocho onzas. Leroy llevaba

un protector de cabeza. Pete no. Leroy, nada más llegar al lado de Mazas, se puso a hacer sombra en torno a su vientre y su cabeza, una ráfaga de fintas y amagos, mientras Mazas lo miraba cómo si pensara que el chaval había perdido el juicio. Leroy sonrió a Mazas y vi que llevaba un protector bucal. Pete se encaminó directamente al ring y se subió entre las cuerdas. Sus viejas piernas lucían nudos de venas varicosas y oscuras por detrás de las rodillas y en los gemelos. Sobre el ring se movía siguiendo un ritmo que solo oía él, no se movía mucho, apenas, pero mantenía aquel ritmo con la cabeza, los pies y las manos. De cintura para arriba se mecía y zigzagueaba en contrapunto a aquel ritmo. Me sostuve sobre una sola mano y le pregunté a Al qué demonios estaba pasando. Pero él hizo como que no me veía. Él y Hester ya se encaminaban hacia el ring. Leroy se subió entre las cuerdas y se situó bajo la luz brillante junto a Pete. Mazas le siguió los pasos y se apoyó en el suelo del ring para observar. Aristóteles y sus jugadores brincaban alrededor del ring como niños, haciendo cabriolas contra las cuerdas, entrando y saliendo a saltos del cajón de la resina, boxeando entre sí. Pete y Leroy estaban frente a frente, muy serios.

—¿Qué cojones? —dije golpeando a Al en la pierna y señalando al ring—. ¿Qué cojones?

Se había sentado en una silla junto a la campana. Tenía un cronómetro en la mano.

—Hester dijo que Leroy necesitaba entrenar.

—Al, por lo que más quieras, ese chaval...

Al comenzó a hacer sonar la campana y no paró hasta que Aristóteles y sus jugadores se apartaron de las cuerdas y se bajaron de la tarima. Hester se subió a una esquina y Leroy se acercó para situarse junto a ella. Sus cabezas casi se tocaban. Hester me daba la espalda, pero supe que estaba hablando porque Leroy asentía con la cabeza y miraba al otro extremo del ring donde Pete seguía inmerso en su danza arrastradiza. Leroy no dejaba de mostrar su protector bucal de goma y resoplaba por la nariz. A Mazas ya se le había secado el pelo y se había sentado en una silla al otro lado del ring.

—Leroy no es un boxeador —le dije a Al.

—Pete sí —me respondió.

—Pete es un negro sonado de setenta años —dije yo.

Se me quedó mirando un buen rato.

—¿Por qué nos odias? —dijo.

—¿Cómo?

—¿Por qué nos odias? Al nunca te ha dado motivos. Pete y Leroy tampoco. Ni Al.

—Qué estupidez —dije yo—. ¿De dónde te sacas la idea de que...?

—Al no es ningún estúpido —dijo, y golpeó la campana con el pequeño martillo metálico con suficiente fuerza para abollarlo.

En cuanto sonó la campana, Leroy se apartó de Hester y se dirigió de improviso

al centro del ring donde se plantó cara a cara con Pete bajo la luz. Pero entonces vi que no iban a boxear. Ni siquiera iban a entrenar. Leroy comenzó a soltar ganchos y directos al aire, y Pete mantuvo una cantinela constante de instrucciones de entrenamiento, de vez en cuando detenía a Leroy para mostrarle cómo encadenar un derechazo con un directo de izquierda, o cómo utilizar el hombro para cubrirse el mentón. Me sentí un poco mejor. Me importaba una mierda si se mataban entre sí, pero claro que me importaba, no sé si me explico.

Odio ver a cualquiera ridiculizarse intentando hacer una cosa que no sale de sí mismo. Uno hace lo que puede hacer, se tiene el talento que se tiene y tratar de ir más allá es adentrarse de lleno en el territorio de la ridiculez más absoluta. Además, a juzgar por la gente que puebla el mundo, Leroy y Pete no eran malos tipos. ¿Idiotas? Desde luego, pero no malos, no sé si se me entiende.

Estuvieron así, dándole, durante lo que supongo que fueron tres minutos, al cabo de los cuales Al hizo sonar la campana. Leroy regresó a su esquina, frente a frente con Hester. Pete se dirigió al rincón opuesto, bailando todo el trayecto, como un niño ajado, varicoso y encogido. No pude evitar sentir pena por él al verle con aquellos pantalones cortos. Se te olvidaba lo pequeño que era y lo apergaminado que estaba cuando estaba vestido. Incluso en la sauna, no tenía tan mala pinta. Pero allí arriba, bajo la luz de aquel foco, tenía un aspecto de lo más lamentable.

—Al —dije—. No debí entrometerme. Si quieren entrenar es asunto suyo.

Al miraba furioso su cronómetro y se negaba a mirarme. Los dos puntos violáceos de las mejillas se le habían encendido. Hasta le había brotado un ligamento en el cuello. Volvió a golpear la campana.

Pete y Leroy salieron a por el siguiente asalto. Aristóteles y sus jugadores se habían alineado en el extremo opuesto del ring sin moverse ni hablar, con pinta de estar un poco decepcionados, puede que mosqueados. Mazas se dirigía a las escaleras cuando Pete y Leroy comenzaron el tercer asalto. Leroy llegó al centro del ring y le encajó a Pete un gancho de derecha que lo derribó como un saco vacío. Mazas regresó corriendo, saltó al cuadrilátero y comenzó a gritarle a Pete, que no se movía. Leroy se había apartado a un rincón neutral. Exhibió su protector dental blanco a Hester. Al estaba contando. Con cada segundo daba un manotazo al ring. Pete se incorporó a cuatro patas. Aristóteles y sus jugadores se pusieron a dar saltos y a aplaudir. Sin darme cuenta, conté al tiempo que Al golpeaba la lona, y aunque Mazas le gritaba a Pete que esperase al nueve, este se levantó al siete, tambaleante, y se sacudió la cabeza. Leroy cruzó corriendo el ring y le lanzó un gancho de izquierda tan desequilibrado que falló por casi treinta centímetros y estuvo a punto de acabar contra las cuerdas. Pete había vuelto a poner en marcha sus manos y sus viejos pies, oscilaba de arriba a abajo y se movía en zigzag. Sonreía. Estaba sonriendo. De verdad. Leroy volvió al ataque y falló cinco o seis veces más antes de lograr calzar a Pete un golpe bajo que lo volvió a derribar. Esta vez la campana le salvó de la lona.

Mazas lanzó un taburete al rincón, pasó por encima de las cuerdas y arrastró a

Pete hasta sentarlo. Le derramó el contenido del cubo de agua en la cabeza. Le alzó el viejo pecho flacucho para ayudarle a respirar. Arrodillado ante él, le abofeteó suavemente la cara.

Siguieron otros cinco asaltos y Leroy no fue capaz de noquearlo, algo que yo deseé que ocurriera en todo momento. Al contrario, Leroy castigó a Pete como si no hubiese Dios, y Pete estuvo todo el rato sonriendo, incluso cuando se puso a sangrar por la boca. Mazas le gritaba desde la esquina y le atendía entre asaltos. Aristóteles y sus jugadores se lo estaban pasando en grande, como perros en un camión de vísceras. En cuanto a Al, hacía sonar la campana y contaba los derribos (los cuatro que hubo). Bendito sea su viejo corazón, la cabeza del negro era como una roca, hueso sólido de oreja a oreja. Aun así fue un espectáculo bastante penoso.

Esa noche Hester se largó a su casa con Aristóteles. Cuando Pete y Leroy se fueron a las duchas, me dijo:

—Tengo que ir a ver a mis padres. Ari puede acercarme.

—Por supuesto que puedo —dijo Aristóteles.

Y entonces se fueron, directos a ese puto barco esponjero y a una maratón de polvos.

—El señor Mazas no lo hace nada mal de segundo —dijo Pete con la boca tan hinchada que apenas pude entenderle.

Estábamos sentados a la mesa. Al había cocinado unos filetes con patatas. A Pete le preparó un tazón de sopa. Pero nadie tenía hambre, salvo Leroy, que estaba cortando el filete sanguinolento con su cuchillo y se atiborraba de cucharones enormes de puré de patata.

—Me imagino que un mes más así y estaré listo para diez asaltos —dijo Leroy, resollando con la boca llena de carne.

—El señor Mazas no lo hace nada mal de segundo —dijo Pete.

Los ojos de Pete parecían pintados, los tenía apagados y aturdidos. No creo que supiese dónde estaba. Russell Mazas le había abrazado después del combate y le había dicho que, joder, lo había dado todo. Eso era lo único que le interesaba a Mazas, que se diese todo. Era un psicópata que el día menos pensado acabaría rebanándole las tetas a alguna mujer.

Leroy dijo:

—Ya lo creo. ¡Vaya, vaya! Otro mesecito así y...

Golpeé la mesa con una mano y con la otra dije:

—Otro mesecito así y Pete estará muerto.

Leroy miró a Al.

—¿Qué ha dicho?

—No importa —dijo Al.

Yo dije:

—¡Exacto! No importa. Me la sudáis completamente, pandilla de tarados.

Al estaba sentado con los codos en la mesa y al final dijo:

—¿Por qué nos odias?

Hay ocasiones en las que desearía poder gritar. Os juro que hay veces en las que desearía poder desgañitarme. Pero lo único que pude hacer entonces fue bajarme de la silla y subirme a mi cama. Agarré una novela, la abrí al azar y no pude leer una sola palabra. Se me juntaba todo del cabreo que tenía. Podía haber estado escrita en ruso.

Pensé que Hester volvería pronto, pero no. Me quedé tumbado en la cama mientras fueron llegando y marchándose los levantadores de pesas del turno de tarde, escuchando el estrépito de las barras olímpicas contra la plataforma al otro lado de la pared junto a mi cama. Luego contemplé las sombras que proyectaba la luna sobre la pared de ladrillo del edificio de enfrente.

En algún momento de la noche (no sé qué hora sería) cogí la linterna y entré en la habitación de Al. Pete y Leroy eran los dos bultos de las camas gemelas situadas a ambos lados de la cama grande en la que dormía Al. Se había apartado la manta del pecho y tenía la piel húmeda y del color del granito bajo la escasa luz que entraba por la ventana. Le golpeé con los nudillos en la cadera y dirigí el foco de la linterna a mi mano.

—Yo no te odio —dije, y luego dirigí la luz a su boca. Pestañeó ante la luz y me hizo un gesto para que la apartase. Pero la mantuve en su boca.

—Hester se lo explicó todo a Al —dijo.

—¿El qué? —dije yo—. Dime qué te dijo.

—Que podemos hacer cosas —dijo—. Todos nosotros podemos hacer cosas.

—¿Eso fue lo que dijo?

—Al no ha terminado aún —me dijo.

—Ya sé que no has terminado —le dije yo.

—Aparta la luz de los ojos de Al —dijo.

La aparté. La dirigí a mi mano.

—Yo no te odio —dije—, lo has entendido todo mal.

Regresé, me tumbé en la cama y esperé. La oí (la sentí) en las escaleras. La sentí cruzar el gimnasio. La sentí entrar en la cocina y vi su oscura silueta junto a la cama. Cogió la linterna. La encendió.

—¿Me quieres en tu cama?

—Hace un rato le he dicho a Al que había entendido todo mal —dije—. Y creo que tú también.

—Tenía que ir a ver a mis padres.

—Claro —dije.

Se estaba quitando la ropa. Al momento estuvo en la cama a mi lado. Su cuerpo largo y apabullante. Sus piernas. Dios, sus piernas, sus muslos, sus caderas.

—¿Cuánto tiempo vas a tener a Leroy machacando al negro? —pregunté.

—Yo no le dije que lo machacara.

—Es un anciano —dije—. Pete es un anciano y lo vas a matar.

—Yo no voy a matarle —dijo ella.

Empezó. Empezó y no pude pararla, no quise pararla. Se me fue todo de la cabeza. Nada importaba salvo lo que ella me estaba haciendo perder. Y yo estaba perdido, de verdad que sí, no sé si me entendéis. Lo mismo no. Lo mismo no podéis. Es jodido. Hay hombres que jamás lo sabrán. Pero quienes lo saben, lo saben, y saben que no puedo explicarlo.

Al día siguiente era 4 de julio y el gimnasio cerró, pero aun así Leroy machacó al negro. Pete cayó cuatro veces en seis asaltos. Aristóteles se situó en la esquina del negro porque, dado que era festivo, Mazas no se presentó. Aristóteles y sus jugadores llegaron al gimnasio tan temprano que Leroy tuvo que levantarse de la cama y bajar a abrirles la puerta. Íbamos a ir todos juntos a la celebración de Clearwater Beach.

—Siento haber llegado tan pronto —dijo Aristóteles—, pero es que estoy de los nervios.

Estábamos esperando junto al ring a que saliese Hester con el chaval. Pete ya estaba arrastrando los pies por el cuadrilátero.

—¿Tú no estás de los nervios? —me preguntó Aristóteles.

—No —dije yo.

—¿No quieres saber qué va a hacer Al?

—No.

Mentí. Me había pasado casi toda la noche pensando en el viejo bastardo.

—Se guarda algo en la manga —aseguró Aristóteles.

—Es un viejo idiota —dije yo.

—Bueno —dijo él—, a veces la gente pierde la cabeza.

Y me dedicó su sonrisa de valla de estacas.

Alcé los ojos para mirarle.

—Y a veces también pierden el culo —dije.

La sonrisa no vaciló ni por un segundo.

Hester salió con Leroy y todos miramos cómo machacaba de nuevo a Pete, que no dejó de instruirle en ningún momento. Unas veces se instruía a sí mismo. Otras a Leroy.

Cuando acabaron, mientras Aristóteles y sus jugadores aplicaban una bolsa de hielo al rostro curtido de Pete, yo me acerqué a donde estaba Hester hablando con el chaval. Le había echado el brazo sobre los hombros. Sus cabezas casi se rozaban. Al verme apartó el brazo.

—Pregúntale por qué hace esto —le dije.

—¿Qué ha dicho? —quiso saber Leroy.

—Deja en paz al chaval —me dijo ella.

—¿Se lo vas a preguntar o no? —dije.

Me miró impasible por un momento y luego se encogió de hombros.

—Claro —dijo—. Le preguntaré lo que quieras. —Miró a Leroy—. Quiere saber por qué haces esto.

—¿Hacer qué? —preguntó Leroy.

Ella me miró.

—¿Y bien?

—Machacar al negro —dije.

—Machacar al negro —le dijo a Leroy.

El chaval alzó las manos. Desvió la mirada de ella a mí para luego volver a posarla en ella.

—Joder, Marvin, porque estoy entrenando.

—No eres boxeador —dije.

—No eres boxeador —le dijo Hester.

—¡Por supuesto que soy boxeador! —dijo él. Se puso colorado—. ¿Qué coño le pasa, Hester?

—Honestamente, ni idea —dijo ella.

No tenía sentido insistir. Aristóteles se acercó con su descomunal rematadora y Pete en medio. Este fijó sus ojos pintados en Leroy y dijo:

—La izquierda nunca antes de la derecha. ¡Nunca antes de la derecha!

El chaval se dirigió a Pete, le rodeó con los brazos y le abrazó. Se miraron el uno al otro y sonrieron, los labios de Pete hinchados sobre sus encías azuladas.

—Gracias —dijo Leroy.

—Vas a estar bien —dijo Pete—. ¡Muy bien!

Se fueron juntos a las duchas, Leroy no lo sostuvo, pero, más o menos, le fue guiando. Siguieron hablando hasta desaparecer por la puerta, pero dudo mucho que Pete supiese dónde estaba. Era solo instinto. Le habían hecho pedazos por segunda vez en dos días. Aun teniendo hueso sólido de oreja a oreja, seguía siendo un anciano.

Estaba a punto de decirle algo a Hester cuando apareció Al por la puerta. Se había puesto un traje de baño ajustado de piel falsa de leopardo con una sola tira por el hombro izquierdo. Una cosa así no podía comprarse en ninguna parte. Seguro que se lo había hecho Hester. Con las piernas abiertas y los puños apretados contra las caderas. Sentí una vibración en el suelo y miré hacia atrás para ver a todo el equipo de voleibol, incluido Aristóteles, alineado, aplaudiendo, sonriendo y dando saltos.

Al permaneció unos segundos en esa postura y, a continuación, muy despacio, os aseguro que hizo una reverencia.

—Es la hora —gritó Hester, y se precipitó hacia las escaleras.

Fuimos todos juntos en coche a Clearwater Beach. Pete atrás con Al y Leroy (Al en medio), porque nadie se fió de que Pete se pusiera al volante. Seguía en pleno combate con un joven boxeador que respondía al nombre de Sugarstick Johnson. Por el modo en que fintaba y esquivaba en su asiento y por lo mentalizado que estaba para no flaquear ante Sugarstick y aguantar hasta el final, cualquiera diría que realmente había librado aquel combate en el pasado, en los viejos tiempos, cuando fue peso welter. Desde que salió con Leroy de las duchas, Pete había estado

enfascado en ese combate que acabaría convirtiéndole en el número dos de su categoría. Se lo estaba pasando de fábula con Sugarstick. Me di la vuelta desde el asiento del copiloto para mirar a Pete. Por la ventana trasera pude ver el minibús de Aristóteles con todo su equipo pisándonos los talones. Iban asomados a las ventanas y nos saludaban. Se estaban divirtiendo de lo lindo. Hester conducía el viejo Dodge a toda velocidad por el paso elevado que llevaba a la playa, iba sorteando el tráfico. Pero Aristóteles no se separaba de nuestro parachoques.

—Deberías hacer algo con Pete —dije.

No sé si Al me vio cuando hablé. Le corrían pequeñas gotas de sudor por la cara. Sin volver la cabeza, levantó un brazo hacia Pete y le puso la mano en el hombro, le dio un suave meneo y lo atrajo para darle un abrazo.

—Pete —dijo Al—. Pete.

Pete se tranquilizó como un conejillo, dejó caer los puños y dejó de hacer aspavientos. Pero el combate no cesó. No dejó de hablar en ningún momento.

—Sugarstick tiene un corte. Castígale el corte. Castígale el corte. No te precipites. Izquierda. Crochet. Gancho.

Detrás de Pete, Aristóteles intentaba juntar su parachoques al del Dodge al tiempo que Hester pasaba al carril de la izquierda para adelantar a un camión. Cuando salimos del paso elevado había mucho tráfico en las calles. No serían más de las once, pero las aceras estaban abarrotadas de niños con globos que comían palomitas, perritos calientes y algodón de azúcar, mientras sus padres sudaban y ondeaban banderitas estadounidenses en sus narices. Hester parecía saber exactamente a dónde iba. A unas dos manzanas del Ocean Club, en la playa, habían levantado una plataforma, alta y ancha como un escenario. Hester se metió en la arena. El minibús se deslizó detrás. Había coches aparcados por todas partes, hasta en las aceras.

Hester se volvió en el asiento y miró a Al.

—Ahí es donde se va a celebrar el certamen de belleza a la una.

Nos quedamos sentados mirando la plataforma.

—¿Y qué vamos a hacer hasta la una? —preguntó Leroy.

—Exhibiciones —dijo ella. Aristóteles y sus jugadores habían salido del minibús y ahora estaban apoyados en las ventanas del Dodge—. Hay un experto en kárate que va a partir un bloque con la cabeza.

—Hostia puta —dijo Leroy.

—Y un tragador de sables y un tragafuegos —dijo Hester.

—Mejor que un circo —dijo Leroy.

—¿Y qué va a hacer Al? —pregunté.

—¿Qué ha dicho Marvin? —dijo Leroy.

—Quiere saber qué va a hacer Al.

—¿Y qué va a hacer? —quiso saber Leroy.

—Es un secreto. Me temo que tendremos que esperar para verlo —dijo ella—. ¿Verdad, Al? —Ella le guiñó un ojo. Al ni la miró. Para mí que ni la oyó. Estaba

abrazando a Pete, que seguía hablando sin parar. Miraba al frente.

En cuanto salimos del Dodge se formó una multitud a nuestro alrededor. Yo estaba más que acostumbrado, aunque nunca acababa de acostumbrarme, no sé si me explico. Nos acercamos a la plataforma donde, como había prometido Hester, había un tipo metiéndose una espada por la garganta y otro rociándose la boca con gasolina y escupiendo fuego. Pete se puso a fintar y a amagar, esta vez le tocó ser sparring a un tal Battling Kid Félix, y Al tuvo que ponerle de nuevo la mano encima para que se calmase. Había un hombre vestido de Tío Sam dirigiéndose al público desde un micrófono instalado encima de un pequeño estrado a la derecha de donde Hester había dicho que tendría lugar el certamen de belleza. Me senté en la arena mientras Hester iba a hablar con el tipo disfrazado de Tío Sam. Se giró para señalarnos. El Tío Sam también nos señaló. Y al momento se puso a gritar al micrófono. Estábamos muy lejos, él gritaba y yo no podía distinguir bien lo que decía, pero supe que se trataba de algo relacionado con Al y empecé a encontrarme mal al verme sentado en la arena junto a las piernas tremendamente varicosas de Al, blancas y accidentadas como granito, mientras los jugadores de voleibol de Aristóteles correteaban como niños de un lado a otro. La multitud se apelotonaba cada vez más.

Lo que ocurrió a continuación sucedió con la misma celeridad que una ejecución. Así es como lo recuerdo. Como una ejecución. Al se introdujo en medio de la multitud y se tumbó en la arena. Dos chavales vinieron corriendo desde la parte posterior de la plataforma con unas planchas bastante gruesas. Se las pusieron a Al encima del pecho. Como si llevase toda la mañana ensayándolo, la multitud se apartó para dejar paso a un Ford Maverick rojo resplandeciente con neumáticos lisos que vino disparado hacia nosotros por la playa. Cuando estuvo a unos veinte metros, los neumáticos encallaron en la arena y el vehículo frenó hasta apenas moverse. El conductor llevaba gafas de espejo. Parecía muy joven. No lo dudó ni un segundo. Condujo su Ford por encima del pecho de Al. No pude moverme. Miraba la cara de Al. Tenía los ojos cerrados y no los abrió en ningún momento. Lo que sí se le abrió fue la boca, y se le salió la lengua unos ocho centímetros.

10

Al tardó tres días en morir. No fui a verle. Os lo puede decir Leroy. Pete (por si os interesa) probablemente os dirá lo mismo. Me resultaba intolerable la idea de ir a verle. Cerré el gimnasio y me quedé tumbado en la cama.

Leroy estuvo todo el rato en el hospital, salvo la vez que vino a casa a cambiarse de ropa (una enfermera se lo exigió porque empezaba a oler mal) y las dos veces que se acercó a comer algo. Siempre a punto de romper a llorar, o recién llorado. Intentaba hablar conmigo, pero era incapaz. Le entraba un tembleque en la boca y comenzaba a babear. Pete, por su parte, no lloraba. Sonreía mucho, hablaba solo y seguía al chaval, ida y vuelta al hospital.

Hester vino el primer día, pero no se quedó.

—No creerás que quise que pasara, ¿verdad? —me dijo.

—No. —Estaba tumbado mirando el techo. Me puso la mano en la cara.

—Los coches pesan más hoy que cuando comenzó a hacerlo —dijo.

—Comenzó a hacerlo hace mucho tiempo —dije yo.

—No fue idea mía.

—No quiero hablar del tema.

—Ni yo —dijo ella—. Los médicos dicen que no tiene la menor posibilidad de salir de esta.

—Ya me imagino.

—¿Vas a venir al hospital?

—No.

—¿Quieres que vuelva esta noche al gimnasio?

—Haz lo que quieras.

—Muy bien —dijo ella.

La sentí cruzar el gimnasio y bajar las escaleras. Me pasé los dos días siguientes deambulando por el gimnasio, tratando de pensar. Pero no podía. Ni entrené, ni me duché, y no recuerdo haber comido más de una vez en tres días.

En algún momento sonó el teléfono. Lo contemplé desde el otro lado de la habitación, lo sentí a través de la madera. Siguió sonando. No había nadie más en el gimnasio. Después de dejarlo sonar un buen rato, me deslicé de la cama, me acerqué a la mesa, lo cogí y descolgué. Me llevé el auricular al oído. Pude sentir la voz en mi piel. Lo arranqué de la pared y volví a dejarlo en la mesa. Pudo haber sido Mazas. Pudo haber sido cualquiera. Esa fue la primera vez que lloré. Me dio vergüenza.

Deseé poder gritar. Deseé poder hacer algo. Pero lo único que se podía hacer era tumbarse y esperar a que el pecho aplastado de Al acabase de matarlo. Y cuando finalmente lo hizo, Hester vino al gimnasio y se ofreció a llevarnos a todos al *Partenón*. Insistió en que Pete, Leroy y yo saliésemos al Golfo en el barco de Aristóteles. Dijo que era malsano quedarse tumbado en el gimnasio. La muerte, dijo,

era inevitable. Dijo que el sol y el aire salado nos recordaría que estábamos vivos. Es un bálsamo, dijo.

—Todos le queríamos —dijo Hester.

Yo no dije nada.

—Yo le quería —dijo Leroy.

—Un directo al corazón es un golpe de K.O. —dijo Pete—. De abajo a arriba. Un cruzado seguido de un derechazo al corazón.

—En cualquier caso, Aristóteles dice que podemos pasar un día de pesca en el *Partenón*. Dice que nos relajará —dijo Hester.

Aristóteles, que había venido con ella, estaba muy serio, lo que le hacía parecer aún más imbécil. Yo estaba entumecido y no sabía qué hacer. Lo mismo me daba una cosa que otra.

—Entonces, decidido —dijo Hester.

—Yo le quería —dijo Leroy.

—Sacude y aparta —dijo Pete—. Sacude y aparta.

Aristóteles y Hester vinieron a recogernos en el minibús al día siguiente, al amanecer. Hester había preparado el almuerzo. Me enseñó la cesta. Aristóteles trajo unas cuantas botellas de vino blanco y media caja de cervezas. Me enseñó la nevera.

Al había muerto el día antes, un poco después del mediodía. Leroy y Pete estuvieron presentes. Yo ni siquiera me acerqué a verle antes de que se deshicieran del cadáver. Todo estaba hecho y no había nada que quisiera ver.

Al dejó instrucciones por escrito para que le incinerasen y esparciesen sus restos. Incinerarle y esparcir sus restos. Nada de funeral. Nada de misa. Nada de exponer el cuerpo. Nada. Y así es como yo me sentía. No quedaba nada.

El barco esponjero medía unos diez metros de eslora. Era la primera vez que navegaba en un barco. Apestaba a griegos y al olor almizclado de las esponjas. En la cubierta había una pequeña caseta cerrada, como una especie de armario, desde donde se dirigía el rumbo. Aristóteles insistió en que fuese a echarle un vistazo antes de alejarnos del muelle y adentrarnos en el Golfo. Tomamos rumbo al sur, hacia Clearwater Beach. El barco era viejo y muy lento. Crujía mucho.

—Buena vista desde aquí arriba, ¿verdad? —dijo Aristóteles.

Yo me había sentado en la silla que había junto al timón. Me dio una palmada en el hombro en plan bonachón. Me volví para mirar por la ventana de atrás. Hester estaba apoyada en la barandilla de la parte posterior. Leroy y Pete iban sentados en sendas sillas de camping, con sus cañas y sus carretes. Hester había abierto una botella de vino blanco y bebía a morro.

—Te guías con el compás, ¿ves? —dijo Aristóteles, después de darme un toque en el hombro para que mirase. Señaló—. Nuestro rumbo es este, y si lo mantienes alineado con esto, no tiene más secreto.

No se me ocurría nada que decirle a Aristóteles, y no podía seguir soportando mirarle mientras me explicaba cosas de su barco griego, así que me bajé de la silla y

descendí a la cubierta por la escalera metálica. Hester estaba acabándose la botella cuando llegué a su lado. Metió la mano en la nevera y sacó otra. En el Golfo, plano y sin viento, el sol achicharraba. Su labio superior lucía una preciosa película de sudor.

Descorchó la botella y dijo:

—¿Quieres un trago?

—No bebo vino —le dije.

—Pues deberías —dijo ella.

—Ya.

Alargó el brazo y me tocó la mejilla.

—Pobrecito mío —dijo ella—. Estás triste.

Presioné la mejilla contra su mano. No pude evitarlo.

Pete volvió su cara hinchada hacia mí y dijo:

—¿Por qué no te pillas una caña?

—Dile que ahora no —le dije a Hester—. Dile que no quiero pescar.

Hester se lo transmitió y luego me dijo:

—Voy a llevarle un poco de vino a Ari.

—Claro —dije yo, y contemplé el tictac de sus fantásticas piernas sobre la cubierta, suave y seguro como el de las manecillas de un reloj. Al subir por la escalera puso el culo en pompa. Se le veía la raja del culo por encima de la parte inferior del bikini amarillo. Me tumbé en la cubierta y contemplé el vuelo de tres aves plateadas que planeaban en semicírculos siguiendo el rumbo del barco. El sol era un agujero blanco en mitad del cielo. Pete y Leroy se afanaban con sus carretes enredados y se echaban una mano con los peces escurridizos que utilizaban de cebo. Hacían gala de una concentración de niños pequeños, la lengua capturada entre los dientes, los rostros retorcidos. Me pregunté qué demonios iban a hacer ahora que Al había muerto.

Fuimos bordeando la costa durante cerca de dieciséis kilómetros y ya no nos encontrábamos muy lejos del Ocean Club en Clearwater Beach. Hester volvió. Creo que estaba un poco borracha. Le brillaban los ojos y sonreía.

—¿Quieres tomar el timón? —dijo.

—¿Qué?

—Ari dice que subas y te hagas cargo del timón.

—No —dije yo.

—Oh, vamos. Yo lo he hecho. Es una pasada. Ya verás qué divertido.

Se tambaleó un poco. No sé si fue por la inclinación del barco o por el vino. Creo que fue en ese mismo instante cuando supe lo que iba a suceder. De nada servía luchar contra ello. Ya no quedaba nada por lo que luchar, así que subí con ella a la caseta del timón. Aristóteles me sonrió con toda su dentadura y me volvió a explicar cómo dirigir el timón para mantener el rumbo con el compás. Había una silla atornillada al suelo delante del timón. Me subí a ella.

—Estaremos ahí atrás probando suerte con los peces —dijo Hester.

—Claro —dije yo.

Ella me miró desde la puerta.

—Tienes un aspecto estupendo ahí sentado —dijo—. Divino.

Señalé el timón y los instrumentos con un gesto de la mano.

—Todo esto es muy interesante —dije.

—Yo pienso igual —dijo ella—. La hostia de interesante.

Descendieron las escaleras. Allí arriba hacía más fresco y no presté atención al compás. Unas cuantas marsopas marchaban sobre las aguas azules y calmas a nuestra derecha. Por fin divisé el Ocean Club a la izquierda y viré hacia la orilla hasta que, por fin, pude divisar los postes donde colgábamos la red de voleibol y la torre del socorrista que utilizábamos para arbitrar. Miré por la ventanilla trasera. Pete y Leroy seguían sentados en silencio, contemplando el punto en el que sus sedales se hundían en el agua. A Hester y a Aristóteles no se les veía por ninguna parte. De todas formas, no esperaba verlos.

Los había estado sintiendo a través de la madera. El ruido se transmitió por el barco hasta alcanzar el timón y llegar a mis manos. Aunque no pude sentirlos en la madera, el caso es que los sentí. No pude pero pude. Hester a veces golpeaba con los talones en la pared al correrse. Y sentí sus talones con la misma claridad que si hubiese estado encima de ella.

Había un trozo de cuerda encima del banco que había junto a la silla en la que iba sentado. La cogí y até el timón. Tuve que hacer varios intentos antes de conseguir que el barco virase en un amplio círculo lento a unos cincuenta metros de la costa, directamente enfrente del Ocean Club. Entonces me dejé caer de la silla y bajé por la escalera.

Nada más subir a bordo me fijé en el hacha. Estaba prendida a la pared con un pequeño enganche de cuero. Supuse que se utilizaría para cortar sogas, peces o lo que fuera.

La descolgué. Ni siquiera miré por el ojo de buey para ver si lo que me constaba que era cierto era cierto.

Abrí la puerta y entré a un pequeño pasillo. Al abrir la siguiente puerta me los encontré desnudos.

Hester aporreaba la pared con los talones. Probablemente por eso no me oyeron hasta que toqué a Aristóteles en el hombro con un dedo. Su cabeza dio una sacudida y abrió la boca para gritar, pero se ve que no pudo, se apartó de ella, cayó al suelo y salió en desbandada, reculando a cuatro patas hasta un rincón. Me subí a la cama.

Hester me miró a los ojos y sonrió.

Le quité la sonrisa de un hachazo. Sentí como se quebraba el hueso a través de la madera del mango. No recuerdo nada más, solo que me vi de camino a la puerta. Estaba cubierto de sangre. El camarote entero estaba lleno de salpicaduras. Aristóteles estaba igual de ensangrentado que yo, aunque no llegué ni a rozarle con el hacha.

Subí a cubierta. Pete y Leroy seguían concentrados en sus sedales. Había otra escalera para subir al techo de la caseta del timón. Subí. En la parte más alta del barco me puse a hacer equilibrio sobre una sola mano. El barco siguió derivando en su lento círculo. Cuando pasó por el punto más próximo a la playa, me sostuve sobre dos dedos. En la arena se comenzó a convocar una multitud. Pude ver que la gente me señalaba. En el siguiente giro llevé a cabo mi especialidad imposible sobre un solo dedo y por el rabillo del ojo vi que todos rompían a aplaudir entusiasmados.

Un nadador vio que estaba cubierto de sangre. El barco seguía dando vueltas, Pete y Leroy seguían pescando y yo seguía en equilibrio sobre un dedo cuando llegaron los guardacostas.

El tipo de la oficina de abogados de oficio me hizo llegar un mensaje de su padre. El abogado pensó que quizá podríamos utilizarlo de algún modo en la defensa.

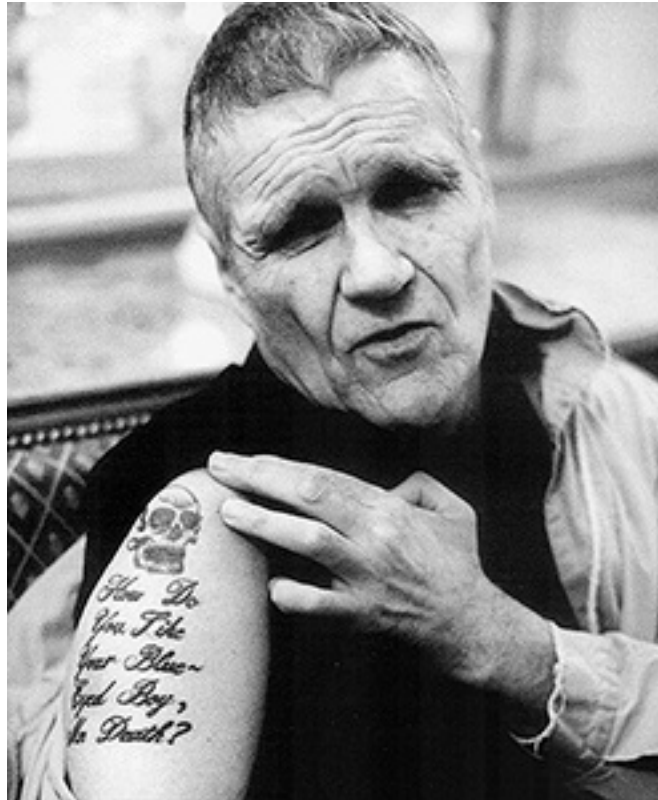
Su padre decía que no me guardaba rencor. Que no lo entendía, pero que no me guardaba ningún rencor. Decía que había rebuscado entre sus cosas. Y que había encontrado un diario con todo lo típico. Pero había anotado una cosa que pensó que yo tenía que saber. Hester había escrito, y cito textual: «Algún día encontraré a alguien que me amé tanto como para llegar a matarme. Y algún día encontraré a alguien a quien admire tanto como para lograr que lo haga».

El abogado pensó que podríamos utilizarlo en mi defensa. Le mandé a tomar por culo. ¿Defensa para qué? Además, es algo que podré llevarme cuando me vaya. Como esos nueve viejos han dictaminado que ya no se puede electrocutar a nadie, supongo que me caerá la perpetua.

He oído que tienen un buen gimnasio en la prisión de Raiford. Y os diré una cosa: apuesto a que no hay un solo cabrón en toda la prisión que se gaste cincuenta centímetros de brazo.

HARRY CREWS «Nací el 7 de junio de 1935 al final de un camino de tierra en el condado de Bacon, Georgia. Un camino muy largo. Mi padre murió cuando yo era un bebé y mi madre, sin otra cosa que simple coraje, tras toda una vida de desesperación y falta de alternativas, nos crió a mí y a mi hermano. Asistí a la Universidad de Florida. Tras dos años ahogándome entre la Verdad y la Belleza, dejé la Universidad por una moto Triumph. Me dirigí al oeste una clara mañana de primavera con siete dólares y cincuenta y cinco centavos en el bolsillo. Estuve en la cárcel de Glenrock, Wyoming; un indio blackfoot al que le faltaba una pierna me dio una paliza en una reserva de Montana; fregué platos en Reno; recolecté tomates en las afueras de San Francisco; un hombre que se creía Cristo me expulsó el demonio que llevaba dentro en Colorado Springs y en Chihuahua me hice amigo de un piloto obsesionado con las alforjas de motos... Volví cojeando a la Universidad de Florida, purificado y santificado, dispuesto a absorber todo lo que quedara de Verdad y Belleza. Y así están las cosas. Actualmente doy clases de inglés en Fort Lauderdale, Florida. Estoy casado con una chica muy guapa que sabe escribir a máquina. Hemos tenido dos hijos. El mayor se ahogó en 1964. El otro tiene cuatro años».

Desde entonces Harry Crews bebió mucho, se drogó bastante y publicó más de veinte libros. Murió el 28 de marzo de 2012, a los 76 años, por complicaciones de una neuropatía. En su última entrevista puso las cartas sobre la mesa: «Mira, si tu intención es escribir sobre la dulzura, la luz y toda esa mierda, consíguete un trabajo en Hallmark».



Harry Crews (1935-2012) sirvió como marine durante la guerra de Corea. Durante su primer año en el ejército fue campeón de los pesos ligeros en su regimiento y le rompieron la nariz al menos seis veces. Practicó karate durante 27 años. Su primer hijo murió ahogado en la piscina de un vecino. Entrenó halcones. Le gustaba la cetrería. Tenía un tatuaje en el brazo derecho con la frase «How do you like your blue eyed boy, Mr. Death» bajo una calavera. Es un verso de e. e. cummings. Bebió mucho y se drogó lo suficiente. Hasta los 47 no tuvo su primera resaca. Admitía no ser una persona divertida. La gente no se sentaba a su alrededor y se reía con sus ocurrencias. Él mismo se reía bastante poco. Todo su humor se encuentra en sus más de 20 libros. Murió en Florida, a los setenta y seis años, por complicaciones de una neuropatía.

Notas

[1] En español en el original (N. del T.) <<

[2] Sidney Walker, alias Beau Jack, uno de los más populares boxeadores en la categoría de peso ligero durante los años de la Segunda Guerra Mundial (N. de los E.)

<<